



## Poesías

Juan Arolas

---

### Índice

- [Poesías](#)
  - [Líricas](#)
    - [La Creación](#)

Himno al Supremo Ser
    - [El Ángel del Señor al hombre](#)

Después de su caída
    - [Himno religioso](#)
    - [Adán y su compañera](#)

Después de su caída
    - [Canto Hebreo](#)
    - [Al nacimiento del Redentor](#)
    - [Dios hombre](#)
    - [A la deseada paz](#)
    - [El encanto](#)
    - [Plegaria](#)
    - [A una bella](#)
    - [La cita](#)
    - [Las nueve](#)

## Leyenda alemana

### ○ Caballerescas

- Trovadores provenzales
- El cerco de Camora

## Romance histórico

- Don Alfonso y la hermosa Zaida
- Ceremonial caballeresco
- Leyenda del Cid
- A más moros, más ganancia
- Vencedor después de muerto
- Fernández Ruiz de Castro
- El abad Duncanio
- Blanca de Borbón
- Enrique III
- Las tranzaderas

## Romance

- Isaura
- Felipe II y el Confesor
- Felipe IV y el duque de Medina de las Torres
- María Calderona

### ○ Orientales

- Los amores de Semíramis
- La muerte de Alí
- La Sultana
- El infiel
- El harén
- La Odalisca
- 
- Fakma y Acmét
- La favorita del sultán
- Zora la tártara
- La hermosa Halewa
- Romance morisco
- El sueño dulce
- Zaide
- Oriental
- Jida y Kaled
- Leyenda tártara



## Índice alfabético

- A Burgos la de las torres
- A Madrid da diversión

- Ara tiene los miembros gigantes
- Armida la encantadora
- Contra todo ardid guerrero
- Con viento murmurador
- De este modo habla el Cid
- Del polvo que en la tumba está dormido
- ¿De qué sirve a mi belleza
- De tinieblas y sombras rodeada
- De todo bastecimiento
- «Dímelo todo, Fortún
- Él huye, mas se lleva su tesoro
- Ella al jardín, yo a su lado
- El nocturno centinela
- El prudente Almanzor, Emir glorioso
- Encanto es el suspiro de una hermosa
- En dos noches vi el mundo sepultado
- ¿Eres tú aquel Adán afortunado
- Huyamos de sus iras; mas ¿adónde?
- Las bodas de los hijos del desierto
- Las trenzas sin alheñar
- Marcha, despiadada y cruda
- Mientras el siglo trece concluía
- Muy metido en el embozo
- Muy ronco silbaba el viento
- Nazarena por la fe
- Ninguna como Rojana
- Plácenme historias pasadas
- Por esposas han pedido
- Porque nacieron libres son osados
- ¡Que el cielo te proteja, hermosa mía!
- ¡Quién fuera, sultana linda
- ¿Quién me ha de llamar rey? Librad mi pecho
- ¡Quién tendrá dichas mayores
- Rodeada de jardines
- Si cantáis himnos de flores
- Sobre pupila azul con sueño leve
- ¡Tanto exigió el humano desvarío!
- Teu-Man siempre halagado del destino
- Tiene el Darro arenas de oro
- Tribunal para el perdón
- Un himno más, ¡oh lira!
- Un lustro gozara el Cid
- Ven, dulce paz, como sereno día

*Poesías*

Juan Arolas

[Nota preliminar: edición digital a partir de *Poesías religiosas, caballerescas, amatorias y orientales. Edición que contiene las no publicadas hasta el día, y varias no impresas en otras colecciones*, Valencia, J. Mariana y Sanz 1860, y cotejada con la edición de José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1958.]

△▽

## Líricas

△▽

### La Creación

#### Himno al Supremo Ser

De tinieblas y sombras rodeada,  
Con un cetro de fúnebre tristura,  
Domina sobre el reino de la nada  
Una noche larguísima y oscura,

△▽

Sin ningún ser, color ni movimiento,  
Sin voz, sin ningún eco ni sonido,  
Sin un soplo de vida ni un aliento  
Por el estéril ámbito de olvido.

Es un caos de horrores y de espanto;  
Y sólo vagar puede en ese abismo  
Aquel tres veces justo y también santo,  
Que fue en la eternidad, y será el mismo.

Lanza sobre esa noche soñolienta  
Su mirada de plácidos amores  
Que toda la ilumina y trasparente,  
Convirtiendo en cristales sus vapores;

Y con velocidad la errante sombra,  
Pasmada de una ley desconocida,  
Se oprime al replegarse, como alfombra

Que en largo funeral se vio extendida.

Nace la virgen luz, reina brillante  
Que ocupa un éter límpido y sereno,  
Con cetro y con diadema de diamante,  
Y abrocha con un sol su casto seno.

Y ese sol es gigante de grandeza,  
Es un joyel de amor y de alegría  
Con que tu grande autor, naturaleza,  
Marca de creación el primer día.

No gastarán tu joya inestimable  
Los siglos con el roce de sus alas:  
Su eterna juventud infatigable  
Será el mejor adorno de tus galas.

Sólo cuando, tu término llegado,  
Quiera Dios que desmayes y sucumbas,  
Esqueleto de un sol todo eclipsado  
Te debe acompañar entre las tumbas.

Sobre tus vastos túmulos desiertos,  
Será final antorcha que, apagada,  
Dará un humo a tus sombras y a tus muertos.  
El humo primitivo de tu nada.

Reinan por el zafir de los espacios  
Mil globos y otros mil con un fin solo,  
Fanales de los célicos palacios,  
Que encienden doble llama en doble polo;

Y aquel que los adorna y los produce  
Les marca su distancia y armonía,  
Y a todos con el dedo los conduce  
Puestos en escuadrón, siéndoles guía.

Mas del gran luminar corriendo el coche,  
Los rayos va entibiándoles su dueño,  
Y en tus horas balsámicas, ¡oh noche!,  
Serán brillante auréola del sueño.

¡Oh luz pura, que has nacido  
Del fulgor de su mirada,  
Como virgen preparada  
Para espléndido festín;  
Que disipas de ese caos  
Las nieblas y horror profundo,  
Fijando la edad del mundo,  
Bendice al Señor sin fin!

¡Oh sol, cuna de diamantes,  
Rey de nítidos destellos,  
Sin rival entre astros bellos,  
Que apaga tu hermosa sien;  
Joyel del Omnipotente  
Sacado de su tesoro,  
Minero fecundo de oro,  
Bendice al Señor también!

¡Oh cielos, morada y templo  
Del Artífice que os ama,  
Cuyas obras son de llama,  
Coronadas de esplendor;  
Páginas donde su nombre  
Se halla escrito con estrellas  
Que son polvo de sus huellas,  
Benedicid al Criador!

Del sol de topacio  
La luz se dilata  
Por todo el espacio  
Con rayo de plata.

La bóveda toda  
Reviste su giro  
Con traje de boda,  
Color de zafiro.

Su seno que crece  
Revela la nube:  
La brisa la mece,

La brisa la sube;

O en tiendas flotantes  
De rojo amaranto,  
Con varios cambiantes,  
Divide su manto.

O al sol se evapora  
Su espuma delgada,  
Del astro que adora  
De amor abrasada.

O es leve cortina  
Que cubre la cuna  
Do un ángel reclina  
Su rostro de luna.

O es nave ligera  
Que altiva se ufana,  
Flotando en la esfera  
Con velas de grana.

De un astro pretende  
Saber otro luego  
Quién es el que enciende  
Sus piras de fuego;

Quién es causa eterna,  
Quién reina y en dónde,  
Quién rige y gobierna;  
Y el otro responde:

Que es Dios, que es la vida,  
Principio y autor,  
Virtud escogida,  
La gracia cumplida,  
Luz, dicha y amor.

Sentado sobre el trono de la aurora,  
Extiende por los ámbitos profundos  
El Eterno su vista criadora

De soles, y de cielos, y de mundos.

Y aparece la tierra, suspendida  
Como por atracción, de su mirada;  
De mares, como fajas, circuída,  
Y en sus polos muy bien anivelada.

Aparecen sus montes cual gigantes  
Que guardan sus recónditos mineros  
De precioso metal y de diamantes,  
En cárcel de peñascos altaneros.

Unos su pico elevan orgulloso,  
Y otros visten sus cumbres y su falda,  
Do bulle el arroyuelo sonoro,  
Del nítido color de la esmeralda.

Y algunos, cual tiranos inclementes  
Que han de burlar los soplos de huracanes,  
Muestran con arrogancia duras frentes  
Ceñidas con diadema de volcanes.

Tiende el valle su alfombra de verdura,  
La colina su término le sella  
Y, do nace una brisa que murmura,  
Nace una leve flor que es hija de ella.

El remanso que forma fuente fría  
Remeda sombras trémulas, vergeles;  
Miente nubes de hermosa pedrería  
Y sauces que desmayan en doseles;

Aves que se columpian en las ramas,  
Insectos que festejan a las rosas,  
De celajes de púrpura las llamas,  
Y ornatos de elegantes mariposas.

El espumoso mar ocupa un centro;  
Y, aunque amaga su furia turbulenta  
Con la tierra chocar en rudo encuentro,  
Sobre linde arenosa desalienta.



Y es como ardiente esclavo que, nacido  
Para lucha feroz y bramadora,  
Con un lazo de flores detenido,  
Besa el nevado pie de su señora.

Se duerme en las bahías y desmaya,  
Se despierta en los golfos peligrosos  
Y tumbos bullidores en la playa  
Levanta con mil juegos ingeniosos.

Lame risueños istmos y arenales,  
Y es rey que de mil islas se enamora  
Y les rinde tributos de corales  
Y de perlas y de ámbar que atesora.

Le pagan claros ríos homenaje,  
Y algunos tan subidos en orgullo,  
Que sienten el humilde vasallaje  
Y mueren con un hórrido murmullo.

Mil aves que se visten del tesoro  
Que tiene abierto Dios para sus galas,  
Émulos de la púrpura y el oro,  
Revelan los matices de sus alas;

Entonan dulces cantos a porfía,  
Y celebran del mundo el nacimiento  
Con el primer ensayo de armonía  
Que, por llegar a Dios, penetró el viento.

Bebiendo luz, el águila pasea  
Del éter el Océano extendido,  
Ocupada tal vez de altiva idea  
De morar en el sol y de hacer nido.

Se espacian los cuadrúpedos veloces,  
Ruge el fiero león de noble raza  
Y el mundo no distingue entre mil voces  
Otra de mayor brío y amenaza.

El río que dormía sosegado  
Llena el caimán de espuma vacilante,  
Y tiembla el árbol duro que ha tocado  
Con mole ponderosa el elefante.

Extendiendo el pavón sus plumas bellas.  
Copia con delicada miniatura  
Un cielo de simétricas estrellas,  
Único en elegancia y hermosura.

Son los cedros y palmas altaneras  
Colosos de las auras que los mecen;  
Los cipreses pirámides ligeras  
Que todas las distancias embellecen.

Y las plantas acuáticas, nacidas  
En medio de las fuentes y las olas,  
Enseñan con pudor, medio escondidas  
En urnas de cristales, sus corolas.

¡Oh tierra, de luz vestida,  
Con su aliento fecundada,  
Por su mano regalada  
Con un cielo y un edén;  
Que de vida y hermosura  
Tantos gérmenes contiene  
Y gozas de tantos bienes,  
Bendice al supremo bien!

¡Oh mar de onda fugitiva,  
Sonrosada, azul y verde  
Que en tu inmensidad se pierde  
Y otra toma su color;  
Que como a risueña virgen  
Que destinas a tu boda  
Abrazas la tierra toda,  
Bendice al supremo autor!

Circula y se eleva  
Por todo paraje  
La savia, que lleva

Frescura y ramaje;

Y el céfiro leve  
Que vaga y murmura  
Con alas de nieve  
Por toda espesura,

Derrama rocío,  
Que es llanto de aurora,  
Y hermoso atavío  
De rama sonora.

Con galas distintas  
Ostentan las flores  
Penachos y cintas  
De vivos colores;

Coronas radiantes  
Y gasas delgadas,  
Festones, turbantes  
Y tazas doradas;

Capullos cubiertos  
Con gran simetría,  
Y senos abiertos  
Al aura y al día.

Las unas se afanan  
Por ser solas ellas,  
Las otras hermanan  
Corimbos de estrellas;

Desmayan algunas,  
Las otras asoman,  
Y brillan las unas,  
Las otras aroman

Y en fin leve nube  
De esencias combinan,  
Que al cielo se sube,  
Que a Dios la encaminan.

En fuentes hermosas  
Que en lluvias de perlas  
Inundan las rosas  
Que nacen por verlas

Contempla el insecto,  
Zumbando en la rama,  
Su talle perfecto,  
Su cuerpo de llama;

Y el bosque y el prado,  
Vergel y montaña,  
Y arroyo cercado  
De verde espadaña,

Mar, ríos y suelo  
Con voz de alegría,  
Dan himnos al cielo,  
Formando armonía.

Y al ave que canta  
Preguntan las aves,  
Quién dio a su garganta  
Los trinos süaves;

Quién es causa eterna,  
Quién reina, y en dónde,  
Quién rige y gobierna;  
Y el ave responde

Que es Dios, que es la vida,  
Principio y autor,  
Virtud escogida,  
La gracia cumplida,  
Luz, dicha y amor.

A dominio tan vasto y halagüeño  
Con trono de magnífica grandeza,  
No quiso el Hacedor, el sumo dueño,  
Que faltase tu rey, Naturaleza.

Y el hombre, el soberano de tus seres,  
Compendio de ti misma y tu portento,  
En medio del edén de los placeres  
Fue criado por Dios, y de tu aliento.

Dióle un alma profunda, que midiera  
Toda la creación, que era reciente;  
Y para que su patria conociera,  
Al sol y a su cenit le alzó la frente:

Y habiendo puesto el mundo por santuario  
Do brillase la gloria de su nombre,  
Destinó para místico sagrario  
El corazón magnánimo del hombre.

Mas deja separar, hombre criado,  
Mis ojos del edén de ruseñores,  
No sea que tropiece en tu pecado,  
Que es un áspid oculto entre las flores;

Y el himno que dirijo al que te cría  
Se interrumpa con ayes de quebranto,  
Y venga a concluir en elegía  
Toda mi inspiración, todo mi canto.

△▽

### **El Ángel del Señor al hombre**

#### **Después de su caída**

¿Eres tú aquel Adán afortunado  
Que de recientes flores coronado

Dios puso en un jardín,  
Para que con tu vista entretenido,  
Al resplandor del sol recién nacido,  
Te amase el serafín?

△▽

¿Por quien el Hacedor lanzó al espacio  
Un globo do tuvieses tu palacio

Ceñido por el mar,  
Y que el mar, poderoso en esterminio,

Se plegase al confín de tu dominio  
Lamiendo el valladar?

¿Por quien hizo un edén del vasto suelo  
Y pintó el arrebol y doró el cielo  
Y al aura embalsamó,  
Y al prado su esmeralda y su rocío  
Y al ave su cantar, y al bosque frío  
Trémula sombra dio?

¿No te miró Satán nacer de arcilla  
Para ocupar su trono y alta silla  
De nácar y rubí?  
¿No dio bronco suspiro de su pecho  
Arrastrando cual sierpe por tu lecho  
De rosa y alelí?

¿Dónde está tu graciosa compañera,  
Estatua de jazmín, virgen de cera  
Con labios de clavel,  
En tu sueño feliz apetecida,  
Y al volver de tu sueño poseída  
Con ósculos de miel?

¡Héla ya que sus ojos no levanta!  
Suspira melancólica y encanta,  
Y es bella en su dolor  
Así como la luna soñolienta  
Si detrás de una nube trasparente  
Su mágico fulgor.

Yo que vi en el edén todas sus galas,  
Yo mismo cubriría con mis alas  
Su hermosa desnudez;  
Mas ¡ay!, entre los dos alzó el delito  
Muro de pedernal, bronce maldito,  
Gigante en altivez.

Recuerdo que la amé, porque eran bellos  
Tendidos sobre el seno sus cabellos,  
Y el seno era marfil;

Porque las frescas risas de sus labios  
Mataban, o de envidias o de agravios,  
Las flores del pensil.

Porque a su alrededor todos amaban;  
Los vientos que en las hojas susurraban  
Y el tierno ruiseñor;  
Alba y anochecer, plantas y ambiente,  
Sombras, ríos y luz, arroyo y fuente  
Vivían de su amor.

Tú viste que una lágrima imperiosa  
Rodaba por su faz de nieve y rosa  
Cual globo de cristal,  
Y a sofocarla el labio apresuraste,  
Y a dura esclavitud te condenaste  
Con aquel sí fatal.

¡Insensato de ti, que no veías  
Cuántas por sofocarla causarías  
A tu prole infeliz!  
Más que tiene tu patria flores bellas,  
Más que puede tener mi patria estrellas  
Y errores tu desliz.

Tantas, que si a tu lado, por tus males,  
Confundiesen sus líquidos cristales  
Que el tiempo no soltó,  
En un piélago de ondas plañideras  
Náufrago con tu amada perecieras  
Volando encima yo.

Tú gimes desterrado de tu cielo:  
¿Qué miras a tu amada por consuelo  
Si está enojado Dios,  
Si son para sentidas, no explicadas  
Por un cariño igual aniveladas  
Las penas de los dos?

¿No ves que cuando gimes y te nombra  
Oprime sus pupilas una sombra

Que, al salir del vergel  
Para pisar estériles abrojos,  
Sello de presa suya, entre sus ojos  
Puso la muerte infiel?

Cuando armado de espada llameante  
Yo te cerré las puertas de diamante,  
¿No viste, por tu mal,  
En la extensión del árido desierto  
Al borde de tus pies un hoyo abierto,  
La tumba funeral?

¡Adán! ¡Adán! El lodo fue animado  
Por un soplo de Aquel que ha fabricado  
El día y su arrebol,  
Y el lodo se ufanó: quiso elevarse  
Y ser igual a Dios, y Dios llamarse,  
Y lo ha secado el sol.

Y el viento soplará del mediodía,  
Y de la estatua débil y vacía  
El polvo aventará.  
¿Y qué será en tal época del hombre?  
Ni una sombra fugaz, un soplo, un nombre  
Ni un eco quedará.

Dijo el querub y remontó su vuelo  
A la eterna mansión del alto cielo  
Con pura brillantez;  
Y el hombre y su afligida compañera  
Cubrieron con las hojas de una higuera  
Su triste desnudez.

△▽

### **Himno religioso**

Un himno más, ¡oh lira!  
Tu cántico no pierdas  
Cuando propicio inspira  
Sonidos a tus cuerdas  
El santo de Sión.

△▽



Tal vez oye tu ruego  
Cubriéndolo de flores  
El ángel del sosiego,  
Que alivia los dolores  
Y ampara la oración.

Tal vez su amor cautiva  
Con vibración sonora  
La nota fugitiva,  
Que salta y se evapora  
Con vaga lentitud.  
¿Quién sabe si mañana  
Guardada en su memoria  
Con el primer Hosanna  
La cantará en la gloria  
De su eternal quietud?

Yo sé que no hay desvelo  
Ni voz, ni llanto pío  
Que no se suba al cielo,  
Bajando cual rocío  
Que da gotas de miel:  
Que el que a los astros bellos  
Dirige en varios giros  
Contó nuestros cabellos  
Y cuenta los suspiros  
Del corazón que es fiel.

Él sabe cuántas gotas  
Contiene el mar inquieto  
Cuando sus aguas rotas  
Se humillan con respeto  
A un débil valladar;  
Y fija en su guarismo  
Las fibras de las hojas,  
Los ayes del abismo,  
Del hombre las congojas,  
Su gusto y su pesar.

Las hebras del ovillo  
De lana fina y pura

Que deja el corderillo  
Entre la zarza dura  
Conoce el Hacedor;  
La pluma vieja y triste  
Que al viento el ave ofrece,  
La nueva que se viste  
Cuando rejuvenece  
Y ostenta más vigor.

Conoce el vuelo ardiente  
Del águila en la altura.  
Que alzando al sol su frente  
Contempla su hermosura  
Y bebe de su luz;  
Y el curso que despliega  
La sierpe por el lodo  
Cuando la noche llega,  
Cuando lo cubre todo  
Con fúnebre capuz.

Apenas se abandona  
La nave al mar incierto,  
Mientras hinchén su lona  
Los céfiros del puerto  
Con soplo matinal,  
Las olas ve y acecha  
Que han de azotar sus flancos,  
Y si en terribles bancos  
Ha de dejar deshecha  
Sus tablas por señal.

En el ramaje umbrío  
Del sauce desmayado  
Un nido hay fabricado  
Péndulo sobre el río;  
Se mece y da temor:  
No saltará la espuma  
Para mojar la cama  
Y la naciente pluma,  
Ni caerá la rama  
Que guarda el Hacedor.

No ha de negar su mano  
A la pequeña hormiga  
La provisión del grano  
De la dorada espiga  
Que busca con afán;  
Ni un lecho entre los troncos  
Más frío que las nieves  
A los insectos leves  
Que susurrando broncos  
Entre las flores van.

Alza tus ojos, hombre,  
A la celeste cumbre,  
Y en alabar su nombre  
Y en bendecir su lumbre  
Coloca tu afición;  
Que a ti por dueño nombra  
De tantas maravillas:  
Si su bondad te asombra  
Dóblale tus rodillas,  
Rey de la creación.

Que en el extenso prado  
Do el aura te halagase  
Te puso un rico estrado,  
Como si desplegase  
Un tapiz de Hispahan;  
Y puso en hebras finas  
El musgo entre las peñas,  
Por si cansado inclinas  
    Tu frente y glorias sueñas  
    Que sus querubes dan.

Yo no vi de su gloria los quilates  
    Como ese pueblo amado  
Que entre las arboledas del Eúfrates  
    Suspiró desterrado;

Yo no vi la columna rutilante  
    Que como un faro cierto

Marcaba con destellos de diamante  
Su paso en el desierto;

Ni brotar del peñasco más terrible  
Raudal que no cesase,  
Cual si el dedo de Dios, irresistible.  
Su seno taladrarse.

En un portal, como pastor, no he visto  
Nacer el suspirado  
Sumo legislador, la luz, el Cristo  
Y el Rey de lo criado.

Así que de Jessé la hermosa vara  
Tomó su lozanía,  
No pude oír la voz ni ver la cara  
Del Hijo de María;

Ni vi al pastor por la escabrosa falda  
Subiendo monte arriba  
Para encontrar, poniéndola en su espalda,  
La oveja fugitiva:

Enseñar el perdón de los agravios,  
La paz y la clemencia,  
La modestia de espíritu a los sabios  
Y a los rudos la ciencia;

Al rico la piedad y la justicia,  
Lágrimas al protervo,  
El arrepentimiento a la malicia,  
La libertad al siervo,

Y a todos el amor y la esperanza,  
Como un sueño que acalle  
El temor, el desvelo y la mudanza  
Que inundan este valle.

No le vi prodigando sus desvelos  
Al pobre y sus cariños,  
Prometiéndole la herencia de los cielos,

Ni bendecir los niños;

Ni abrasado del sol de mediodía  
Cuya luz engalana,  
Implorar una gota de agua fría  
De la Samaritana;

Ni medir el amor de Magdalena  
Mirándola propicio,  
Ni dar a sus amados en la cena  
Su cuerpo en sacrificio;

No le vi en el Tabor transfigurado  
Ni vendido en el huerto,  
Ni al Gólgota subir ensangrentado,  
De su sudor cubierto.

Del árbol en que exánime palpita  
No le vi la sombra cara,  
Del sepulcro en que vence y resucita  
Tampoco la luz clara,

Y aunque ventura tal no me ha cabido  
Llenando mi deseo,  
*¡Dichoso el que sin ver haya creído!*  
*Por eso adoro y creo.*

△▽

### **Adán y su compañera**

#### **Después de su caída**

Huyamos de sus iras; mas ¿adónde?  
Si no apaga su sol, ¿quién nos esconde  
Del ofendido Dios?  
Y si de noche oscura se presenta,  
¿No hará con su mirada, que caliente,  
Cenizas de los dos?

△▽

¿Nos esconderá el mar que ronco truena?  
¡El mar!... ¡el mar!... un escalón de arena  
Que, si lo salva el pie,

Detrás de onda benéfica que halaga  
Se estrella otra mortífera que traga,  
¡Y nada más se ve!

Y a los altivos montes ¿quién acude,  
Si, pasando su sombra, los sacude  
con hórrido temblor?  
¿Si encorvarán sus cimas de malezas,  
Oprimiendo tal vez nuestras cabezas,  
Malditas del Señor?

¿Sabes, di, algún lugar árido y triste,  
Que de abrojos y espinas se reviste,  
Sin flores por tapiz,  
Do estrechando los brazos criminales  
Cerremos en la noche de los males  
El párpado infeliz?

¿Y no llegue su enojo a tales climas,  
Reventando en volcanes por las cimas,  
Y removiendo el mar?  
¿Y podamos, por único consuelo,  
No contemplar la luz y ver el cielo,  
Tan sólo respirar?

¿Do no suene su voz que me acobarde?  
¿Do no vuele en las brisas de la tarde,  
Que él mismo embalsamó?  
¿Ni encienda esas estrellas que ama tanto,  
Crisólitos caídos de su manto,  
Que en torno sacudió?

¿Y será que se olvide de mi nombre  
Y nada le recuerde que hizo al hombre  
Que al lado tuyo ves?  
¿Y no cuente, al fulgor de sus destellos,  
Ninguno de mis días, ni cabellos,  
Ni huellas de mis pies?

Mas ¡ah!, que con su dedo omnipotente  
Sostiene todo mar y continente;

Y el dedo encogerá,  
Y, desquiciado entonces con asombro,  
Para vagar en átomos de escombros.  
El mundo caerá.

¡Oh amada realidad de sueños míos!  
Tú, nacida al frescor de cuatro ríos,  
En medio del Edén,  
Arrastrarás conmigo y con tus penas  
Por páramos de estériles arenas  
Tu maldición también.

¿Quién te igualó en riqueza y hermosura  
Antes de aquel instante sin ventura  
De amargo frenesí?  
¿Antes que aquella sombra te halagase  
Y aquel fruto de muerte mancillase  
Tus labios de rubí?

Las fuentes retrataban tu contento,  
Y de tu blanco seno el movimiento,  
Tu risa y tu mirar;  
Y tus ojos de llanto no sabían,  
Y tus hondas entrañas no mordían  
Las limas del pesar.

Las aves cariñosas te cantaban,  
Las brisas tu cabello acariciaban  
Con ósculos de amor,  
Y cuando la pisó tu pie de nieve,  
No perdió de amorosa ni de leve  
La más delgada flor.

Yo bebía en tus ojos dulce encanto,  
Y envidiaba mi dicha el ángel santo,  
Y el mismo serafín,  
Que, al eco de tu voz, dejaba el cielo,  
Por gozar tu mirada de consuelo,  
Volando en el jardín.

¡Oh cómo se acabaron tales días

Y se rasgó su tela de alegrías,  
Bordada de placer!  
¿Do estáis, auroras puras y brillantes?  
¿Volasteis a otros climas muy distantes,  
Para jamás volver?

Ya el sol con su luz clara no consuela;  
Siento mi desnudez que el frío hiela,  
Y encuentro sin calor  
Tus ósculos que libo y tu regazo,  
Y al buscar una dicha en un abrazo,  
Mi dicha es el dolor.

¿Y quién nos borrará de la memoria  
Nuestro pasado bien y nuestra gloria  
Y excelsa beatitud,  
Para que, sin tormentos, sin enojos,  
Cerremos breve instante nuestros ojos  
Con sueño de quietud?

¿Y quién ha de dormir, si está presente  
Del ofendido Dios omnipotente  
La eterna maldición?  
¿Si enluta nuestros pasos, nuestra vida,  
Y con llama feroz, desconocida,  
Nos quema el corazón?

¡Yo tiemblo de mirarme en su presencia!  
Resuena en mis oídos la sentencia  
Que nos dictó el gran Ser:  
«Por cuanto mis preceptos no cumplisteis,  
Al polvo volveréis de do salisteis,  
Por solo mi querer.»

Esto dijo a su triste compañera  
El hombre, en su desgracia lastimera,  
Maldito de su Dios;  
Y la fúnebre noche del pecado,  
Con un manto de sombras enlutado,  
Cayó sobre los dos.





## Canto Hebreo

Spiritus  
autem  
Domini  
recessit a  
Saul et  
exagitabat  
eum  
spiritus  
nequam, a  
Domino.

I

### SAÚL

¿Quién me ha de llamar rey? Librad mi pecho  
Del peso de la bélica armadura  
Que me oprime esta vez; volvedme al lecho  
O dejadme morder la tierra impura.



Registrad con cuidado mi loriga,  
Una sierpe infernal allí se aferra:  
Me picó el corazón furia enemiga  
Y me falta el valor para la guerra.

¿Dónde estoy? ¡Ved las tiendas orgullosas  
Del filisteo vil...! En sus furores  
Me persigue con lanzas ominosas...  
¿Y me quitáis las armas? Sois traidores.

Ved a Goliad de Geth con su coraza:  
Ya contempla el bastardo mi ruina;  
Álzase como un monte que amenaza,  
Como monte de hierro que camina.

Sonrisa amarga, de mi oprobio llena,  
En sus labios brilló. ¡Ven, inhumano!  
Ocultad mi baldón, callad mi pena  
Los que me llamáis rey, siendo un gusano.

Escuchad, escuchad su voz maldita:

«Los cuervos multiplican su graznido  
»Y aguzaron sus picos, israelita;  
»Tienen hambre y tus carnes me han pedido.

»Cuando alumbre el combate el sol naciente,  
»Día para vosotros de desvelos,  
»El tigre beberá sangre caliente  
»Y comerán del buitro los polluelos.»

¡Oh voz cruel...! ¿Por qué en su demasía  
Armas quiere fraguar el hombre ciego,  
Si hay palabras de muerte y agonía  
Que saltan de la boca y matan luego?

Se disipó cual humo su figura,  
Su enorme escudo y ponderosa lanza;  
Tres veces me maldijo en su locura  
Y rechinó en los dientes su venganza.

¿Quién me ha de llamar rey? Llamad hermoso  
Al féretro también, delicia al llanto,  
Al lento agonizar dulce reposo  
Y región del placer la del quebranto.

Llamad a los cuidados que devoran  
Mi triste corazón, grato embeleso:  
¡Insensatos! ¿Lo veis? Mis ojos lloran:  
Libradme de una vez del duro peso.

¡Ah! ¿Qué mano me hirió? Dardo terreno  
Deja un seno de sangre cuando hiere,  
Pica el áspid y vierte su veneno:  
Nadie dañó a Saúl, y Saúl muere.

El ángel de recuerdos deliciosos  
No halaga mi memoria cual solía:  
Huyó como mis sueños amorosos  
Y solo me dejó en la tumba fría.

Me atormenta Belial; su cetro impío  
Tocó mi frente impura y me avasalla;

Él su trono perdió y abrasa el mío...  
¿Dónde estará mi Dios? ¡Ah! Mi Dios calla.

¡Si la maga de Endor pudiera un tanto  
Aliviar este afán! ¡Habrà quien vea  
El origen cruel de mi quebranto  
Entre los adivinos de Caldea!

¡Abner! ¡tú también gimes! ¡te arrodillas  
Implorando el perdón del alto cielo...!  
¿Quién es el que ha besado mis mejillas?  
¿Es el ángel feliz de mi consuelo?

### JONATÁS

Es un hijo que os adora,  
Compartir quiere el dolor;  
Es un fruto del amor,  
Que si lloráis, también llora.

No juzguéis recto camino  
Que a Dios agradable sea,  
Consultar al de Caldea  
Por mago, por adivino.

Hay un joven betlemita  
Que con melodioso canto  
Darà fin a vuestro llanto  
Si el espíritu os agita.

Con himnos puros de Edén,  
Del arpa dorada al son,  
Huirà la maldición  
Que arrugara vuestra sien.

Porque aquel lucero mismo  
De la aurora rutilante,  
De su silla de diamante  
Arrojado al hondo abismo

Detesta el sagrado tono  
De la célica armonía

Que él también cantó algún día  
Antes de perder su trono.

Llamad, jefes de Judá,  
Al hijo fiel de Isaí:  
Su cítara suene aquí  
Con las glorias de Jehová.

## II

¡Vírgenes de Salem! pintadas flores  
Adornen el Thaled... ¿oís el coro?  
«Huyó Belial: el cántico de amores  
»Ha dado al rey Saúl un sueño de oro.

»El arco de Saúl lanza la muerte,  
»Silban sus dardos y retiembla el suelo;  
»El dolor asaltaba al hombre fuerte  
»Y el arpa de David bajó del Cielo.»

△▽

### **Al nacimiento del Redentor**

En dos noches vi el mundo sepultado,  
Y en dos sombras, tinieblas y pecado,  
Muy fúnebres las dos;  
Y sobre aquel olvido sin un ruego,  
Sobre el letargo aquel del mundo ciego  
Velaba solo Dios:

△▽

Vi un ángel de alas de oro y pedrería,  
Sublime en esplendor y gerarquía,  
Nacido de la luz,  
Que trazaba en los célicos espacios  
Con perlas, amatistas y topacios  
El signo de la cruz.

Y la luz que las sombras y vapores  
Vistió de fulgurantes esplendores,  
Tenía por blasón  
Espinas, y una lanza, y unos clavos,  
Con la letra: «*Yo doy a los esclavos*

*Salud y redención.»*

Luego el ministro al lado del Eterno  
Escuchaba bramidos del infierno  
Que airado resonó,  
Y alzando sus dorados aldabones,  
Las puertas del Olimpo y sus regiones  
De par en par abrió.

Puertas que se cerraron rechinantes  
Sobre gonces de nítidos diamantes,  
Cuando, engañado Adán,  
Seducido de lágrima hechicera,  
Trocó toda su gloria duradera  
Por muerte y por afán.

El Todopoderoso, el santo, el fuerte.  
Delante cuya faz marcha la muerte,  
Que sin origen es,  
Que disipa los pueblos y naciones,  
Y encorva las montañas y peñones  
Debajo de sus pies;

Que sobre nubes altas conducido  
Y de las tempestades precedido  
Domina el Aquilón,  
Sopla desolaciones plañideras  
Y sacude cual frágiles mimbreras  
Cipreses de Sión;

Serenó con un rayo de alegría  
Su ceño que el Olimpo estremecía,  
Y el éter dio fulgor,  
Y un misterio pasó sobre las nubes  
Velando con las alas de querubes,  
Misterio del amor.

Entre los astros fúlgidos y bellos  
El que más figuraba en sus destellos  
Iluminó a Belén.  
Y plateó los henos do yacía

Desnudo el que vistió de luz al día,  
Pobre y niño también.

Los ángeles que en coros se agrupaban,  
En la choza sus himnos entonaban,  
Y en amorosa unión  
Sus plumas tan simétricas ponían,  
Que encima de la cuna suspendían  
Un santo pabellón.

Veían el candor y la hermosura  
De una Virgen y madre siempre pura,  
Sagrario de bondad.  
Y por un cielo solo que dejaban  
Dos cielos en sus ojos contemplaban  
De eterna claridad.

Toda llena de gracia: fiel paloma  
Y lirio de los valles del aroma,  
Que al aura embalsamó:  
Hacecillo de mirra del amado,  
Fuente de la salud, huerto cerrado.  
Rosal de Jericó.

Escogida cual sol, mar de bonanza,  
Madre de dilección y de esperanza,  
Consuelo celestial,  
Bendita porque arranca nuestro luto,  
Y bendita mil veces por el fruto  
Del seno virginal.

El sueño sacudid, tristes mortales,  
Veréis llegado el fin a vuestros males  
Y término al dolor,  
Pues hecho criatura y en pobreza  
Yace el que te formó, Naturaleza,  
Vistiéndote de flor,

La alegría del cielo gime y llora,  
Y el Todopoderoso auxilio implora  
Con un triste gemir,

Y sufre con el frío dura escarcha  
Aquel eterno sol, que alegre marcha  
Por cielo de zafir.

¡Oh lágrimas que al suelo vais aprisa!  
Las precursoras sois de nuestra risa,  
Del suspirado bien:  
Maná que nos recrea y nos convida,  
Nos da la redención, y abre la vida  
Del venturoso edén:

Benedicid, ¡oh mortales!, ese lloro,  
Y de los serafines almo coro  
Seguid y acompañad:  
*«Gloria demos a Dios que habita el cielo  
Y la paz a los hombres en el suelo  
De buena voluntad.»*

△▽

### **Dios hombre**

¡Tanto exigió el humano desvarío!  
¡Niño llora en la cuna: el Dios del cielo  
Que es víctima de amor!  
Ved al eterno sol temblar de frío  
Para ablandar el corazón de hielo  
Del hombre pecador.

△▽

Ven, suspirado, ven, que cuando lloras  
Y en tu vagido exhalas triste ruego,  
Me pongo a contemplar  
Que tú pintaste el cielo y las auroras,  
Tú diste al serafín alas de fuego,  
Tú lindes a la mar;

Tú al águila altanera que retrata  
Su sombra en el peñasco más erguido,  
Las fuerzas y el ardor;  
Tú al colibrí las plumas de oro y plata  
Mientras ebrio de aroma se ha dormido  
Colgado de una flor.

¡Yaces en desnudez y amarga pena,  
Tú, que a los mismos ángeles encantas,  
    Delicia de Israel!  
¡Tú, que has vestido el campo de azucena;  
Tú, que has puesto una alfombra a nuestras plantas  
    De rosa y de clavel!

¡Estrella de Jacob!... Tu luz bendita,  
Que saluda la iglesia enamorada  
    Con arpas de Sión,  
De la prole de Adán, prole proscrita,  
Borró en la inicua frente señalada  
    Divina maldición.

Aquel ángel que al hombre inobediente  
Y a la mujer bañada en largo lloro  
    Sacó del sacro Edén,  
Envainada la espada refulgente  
Segunda vez abrió las puertas de oro  
    Que guardan todo bien.

Las aves desplegaron voces puras  
Cantando un himno de alabanza al cielo  
    Con grata suavidad:  
*Demos a Dios la gloria en las alturas,  
Y la paz a los hombres en el suelo  
    De buena voluntad.*

Los árboles vistieron frescas flores,  
Y enfrenado con hórridas cadenas,  
    Rasgado el pecho infiel,  
Bajó del orco impuro a los horrores  
Para sufrir el colmo de las penas  
    El pérfido Luzbel.

Desde el principio existe tu hermosura  
Siempre inmutable, eterna y escogida;  
    Hoy has venido a nos  
Nacido de una Virgen bella y pura,  
Verdad, amor y vida de la vida,



Luz de luz, Dios de Dios.

△▽

### **A la deseada paz**

Ven, dulce paz, como sereno día  
Tras niebla oscura de dolor aciago,  
    Como sueño infantil;  
Como soplo feliz del aura fría  
Al regalar el cefirillo vago  
    Los cálices de abril;

△▽

O ven como el rocío de la noche  
Que pende de una rosa no tocada,  
    Cual lágrima de amor,  
Y destilado en su purpúreo broche  
Nutre toda su pompa regalada  
    Con cristalino humor.

O ven como el sonido de la lira  
Que antes que se ilumine la mañana  
    Resuena en la quietud:  
Ven cual paloma cándida que gira,  
Puesto en el pico de encendida grana  
    El ramo de salud.

¡Asaz de luto! Palidece y llora  
Tímida virgen, su orfandad temiendo,  
    Al eco del clarín;  
Gime el niño y derrama la que adora  
Del ronco parche al sonoro estruendo  
    Sus lágrimas sin fin.

Vimos las galas del festín de amores  
Trasformadas en pompa lastimera  
    De luto funeral;  
En la tumba, del tálamo las flores  
Y convertido en troba plañidera  
    El cántico nupcial.

Y no fue el coro voluptuoso entonces

El que del ocio en el placer inerte  
    Sonó del arpa al son;  
Fue horrísono estampido de los bronce,  
Fue el himno del soldado, el de la muerte  
    La trompa y el cañón.

Vencimos: el esclavo fratricida  
Avezado al delito, ya no alienta;  
    Jamás ciñó el laurel;  
Do alzó su rebelión aborrecida,  
Allí en el polvo vil mordió su afrenta;  
    Allí venció Isabel.

Mas cumplen ya los cielos la esperanza:  
Escucha la plegaria cariñosa  
    ¡O deseada paz!  
¡Ah! muéstranos el iris de bonanza  
Y purísima luz ¡o casta diosa!  
    De tu benigna faz.

Ven con el primer rayo de la aurora  
Cuando deja el reposo de su lecho,  
    Con la primera flor,  
Con el primer suspiro del que adora,  
Tan dulce y grata a mi sensible pecho  
    Como el primer amor.

Llega como la cita cariñosa  
Que en oculto jardín está esperando  
    Intrépido doncel,  
Como tierna caricia de una hermosa  
Que imprime dulcemente un beso blando  
    Con labios de clavel.

Como luz bonancible que asegura  
Aura feliz y sosegado cielo  
    Al duro cazador;  
Como silencio de la noche obscura  
Que ha de cubrir con misterioso velo  
    Las dichas del amor.

Llega y entonces el virgíneo coro,  
Reprimidas las furias de la guerra,  
Tus himnos cantará;  
Alegres tornarán las arpas de oro  
Y en ocio blando la cansada tierra  
Su sueño dormirá.

△▽

### **El encanto**

Encanto es el suspiro de una hermosa  
Que reprimido abulta el casto seno,  
Mas si se exhala, el corazón reposa  
Y deja de su aroma el aire lleno,  
Cual cáliz de una rosa.

△▽

Es beso de una niña que no sabe,  
Por tierna edad, la fuerza del deseo.  
Que sólo busca por placer suave,  
No conociendo amor ni devaneo,  
La flor, la cinta, el ave.

Es caricia de un niño que, inocente,  
Ríe y llora a la vez, juega en su lecho,  
Se muestra con las fajas impaciente  
Y descompone del materno pecho  
La gasa transparente.

Es el sonido del laúd del Tasso,  
Es una virgen del pintor de Urbino,  
El día moribundo en el ocaso,  
La voz de Osián, un verso peregrino  
Del joven Garcilaso.

Es un grato recuerdo de fineza  
Cedida al lloro, celestial agrado  
Que le costó un suspiro a la belleza;  
Un nombre dulce, con buril grabado  
Del sauce en la corteza.

Es la vista del mar, que en las arenas

Estalla sordo y duerme el Océano;  
Es la flexible lona en las antenas,  
Mientras surca el cristal bajel lejano,  
Sin advertirse apenas.

Es ruiseñor que en soledad se queja,  
Insecto de alas de oro que se mece  
En inclinado junco y que se aleja,  
Rumor de arroyo que entre lirios crece,  
Susurro de una abeja.

Mas no... buscad el delicioso encanto  
En la tierna mirada de Celmira;  
Nada en el Universo hechiza tanto...  
Ora escuchad, que la beldad me inspira,  
Mas puro será el canto.

Se retrata en sus mágicos luceros  
El delirio de amor; miren errantes  
O en su calma se fijen hechiceros  
Son dulce perdición de mil amantes  
Que lloran prisioneros.

Doncel que no resiste el grato empeño  
De disfrutar de luz tan deliciosa,  
Los verá retratados en su sueño,  
Y de su libertad, que es tan preciosa,  
Jamás será ya dueño.

Ellos serán su gloria de contino,  
Su presente ilusión, su amado cielo,  
Su esperanza, su mágico destino,  
Su plegaria en las lágrimas del suelo,  
Su canto matutino.

Hijo del genio, si al honor aspira,  
Si fuere al entusiasmo destinado,  
Para cantar las glorias de Celmira  
Del verde ramo del laurel sagrado  
Descolgará la lira.

Y sonará su voz: la virgen pura,  
Escuchando el sonido melodioso,  
Anhela que cante su hermosura,  
Esperando en silencio religioso  
Tan plácida ventura.

Cantor, es tu destino: el genio guía  
A celebrar la cándida belleza;  
Álzate en medio de la patria mía  
Escondiendo en las nubes tu cabeza,  
Gigante en la armonía.

En medio de las sombras del espanto  
Que rodean la vida, en sus abrojos,  
Dos dichas nos concede el cielo santo:  
La lira y la mirada de unos ojos  
Que son todo mi encanto.

△▽

### **Plegaria**

¡Que el cielo te proteja, hermosa mía!  
¡Que te defienda un ángel inmortal,  
Y las flores de amor y poesía  
Te brinden con su aroma celestial!

△▽

¡Que un tropel de esperanzas deliciosas  
Ocupe sin cesar tu corazón!  
¡Que tus días deslicen entre rosas!  
¡Que tus sueños los dore la ilusión!

¡Que suelta a su placer la crencha blonda  
Vagues por odorífero pensil,  
Y luciendo diamantes de Golconda  
Tengas palacios de oro y de marfil!

¡Que no pruebes la hiel de los enojos  
Ni escuches un gemido de dolor!  
¡Que no sepan de lágrimas tus ojos  
Ni de celos mortíferos tu amor!

¡Que enamores cual fada mi sentido  
Con fresca tez, con seno virginal,  
Escarchado de aljófar el vestido,  
Con la fimbria de adornos de coral!

¡Que te sirvan donceles y meninas  
En la inocencia de tu edad de flor!  
¡Que corran de tu lecho las cortinas  
Y viertan a tus pies pomos de olor!

¡Que al brillar tus auroras de ventura  
Canten el tierno amor de la mujer;  
Cuando dejes tu sueño, tu hermosura,  
Por la tarde los himnos del placer!

¡Que tus horas se enlacen de jazmines!  
¡Que halaguen tu brillante juventud!  
¡Que corran entre danzas y festines  
Y sonidos del cóncavo laúd!

Tras un sueño de amores en el suelo  
Recorriendo las arpas de Sión,  
Que te suban los ángeles al cielo,  
Que allí tienes tu patria y tu mansión.

De luz te vestirás, hermosa mía,  
Y ocuparás tu asiento de rubí,  
Beberás los raudales de ambrosía:  
Si entonces vivo soy, ruega por mí.

Adiós... Sigo en el mundo peregrino;  
Yo cruzo mi desierto de dolor;  
Te guardaré dos flores del camino:  
Una la regó el llanto, y es de amor.

Otra la vio brotar la infancia mía;  
La tengo por tesoro y talismán,  
Que es delicada flor de poesía  
Que endulza al corazón todo su afán.

△▽

## A una bella

△▽

Sobre pupila azul con sueño leve  
Tu párpado cayendo amortecido,  
Se parece a la pura y blanca nieve  
Que sobre las violetas reposó;  
Yo el sueño del placer nunca he dormido:  
Sé más feliz que yo.

Se asemeja tu voz en la plegaria  
Al canto del zorzal de indiano suelo,  
Que sobre la pagoda solitaria  
Los himnos de la tarde suspiró;  
Yo sólo esta oración dirijo al cielo:  
«Sé más feliz que yo.»

Es tu aliento la esencia más fragante  
De los lirios del Arno caudaloso,  
Que brotan sobre un junco vacilante  
Cuando el céfiro blando los meció.  
Yo no gozo su aroma delicioso:  
Sé más feliz que yo.

El amor, que es espíritu de fuego  
Que de callada noche se aconseja  
Y se nutre con lágrimas y ruego  
En tus purpúreos labios se escondió;  
Él te guarde el placer y a mí la queja:  
Sé más feliz que yo.

Bella es tu juventud en sus albores  
Como un campo de rosas del Oriente;  
Al ángel del recuerdo pedí flores  
Para adornar tu sien, y me las dio.  
Yo decía al ponerlas en tu frente:  
«Sé más feliz que yo.»

Tu mirada vivaz es de paloma:  
Como la adormidera del desierto

Causa dulce embriaguez, hurí de aroma  
Que el cielo de topacio abandonó;  
Mi suerte es dura, mi destino incierto:  
Sé más feliz que yo.

△▽

### **La cita**

Ella al jardín, yo a su lado;  
Es tímida, yo discreto;  
Guarda la noche el secreto;  
Ninguno nos ha escuchado.  
¿Qué falta a la dicha mía?  
Que la noche eterna fuera.  
¿Es verdad, Nise hechicera?  
¡Malhaya la luz del día!

△▽

No duerma quien tenga amor,  
Si ha de gozar sus consuelos;  
Si se rinde, tome celos,  
Que son buen despertador.  
-Mi bien, me tienes aquí  
Postrado a tus bellos pies...  
¡Cuánto te adoro!... ¿Lo ves?  
¿Soy correspondido? -Sí.

Desde que la luz miré,  
Jamás le debí un favor  
En obsequio de mi ardor,  
Por eso la luz no amé.  
La noche sí que amo yo,  
Vivan sus sombras, mi dueño.  
Es muy tarde... ¿tienes sueño?  
¿Quieres que me vaya? -No.

Eres, ¡oh virgen cándida!, más pura  
Que la brisa que halaga los laureles,  
Y con fiebre de amor que no se cura  
Me abararon tus labios de claveles.

¡Qué hermosas son tus pomas!



Parecen dos palomas  
De venturosa cría  
Nacidas en un día.

Corónate de flores, que ninguna  
De las hijas de los reyes orgullosos  
Hizo brillar en la dorada cuna  
Unos ojos más tiernos, más hermosos.

Corónate, bien mío,  
Ahora que el rocío  
En las abiertas flores  
Engendra los amores.

Cubran tus trenzas mi desnudo pecho,  
Gocen las almas dulcemente unidas,  
Formen al pie del mirto nuestro lecho  
Las rosas a los cálices prendidas.

Y si el pesar viniere.  
Con su aguijón que hiere,  
Un ósculo adorado  
Lo deje desarmado.

¡Ay hermosa y feliz!, obra dichosa  
Del Señor, que te amó desde los cielos,  
Jamás me des la copa ponzoñosa  
De sospecha fatal y amargos celos.

Porque infernal tortura  
Prefiero a la amargura  
De la poción impía  
Que el corazón enfría.

La aurora empieza a lucir.  
Oigo pasos muy cercanos;  
Démonos, mi amor, las manos.  
-Marcha, que pueden venir.  
-Adiós, pues, hermosa mía,  
Orgullo de mi pasión,  
Gloria de mi corazón.

-¡Malhaya la luz del día!

△

## **Las nueve** **Leyenda alemana**

El nocturno centinela  
De una torre que confina  
Con la morada de Sélner,  
El maestro de capilla,

△▽

Con voz triste y compasada  
«Son las nueve», repetía.  
Y el eco vagaba entonces  
Por el bosque y la campiña.

«Las nueve», dijo Adelaida:  
«Las nueve», Sélner decía:  
Y él dejó la flauta de oro  
Y ella el arpa marfilina.

«Las nueve», exclamaba Sélner,  
»Hora de la primer cita  
»Víspera de amargo duelo,  
»Víspera de mi partida.

»Para la imperial Viena,  
»Do a buscar fortuna y dichas  
»Para los dos, me llevaron  
»El amor y la osadía.»

«Las nueve», dijo Adelaida:  
»Sábete que es la hora misma  
»Que de mi padre a los pies  
»Nos vio puestos de rodillas

»Implorando su piedad;  
»Y su voz dulce y bendita  
»Quiso unir dos corazones  
»Que Naturaleza unía.»

-«¿Te acuerdas», repuso Sélner.

»De las notas expresivas  
»Del concierto que a la vez  
»Conmigo tocar solías?»

-«Me acuerdo, porque es tan grato

»Que los ángeles lo inspiran;  
»Del secreto de dos almas  
»Se formó su melodía.»

Y los dos, sin consultarse,  
Con una magia instintiva,  
La flauta y el arpa toman  
Y modulan y suspiran.

Tonos de recuerdos dulces  
Que se mezclan y combinan  
Como en el celeste Edén  
Angélica salmodia.

Algunas auroras vuelan  
Con sus luces fugitivas,  
Y la salud de Adelaida  
Visiblemente declina.

Las tristezas la consumen,  
Y la palidez marchita  
Los claveles de sus labios,  
Las rosas de sus mejillas.

¡Fue tan feliz! ¡Ah! No pueden  
Durar nuestras alegrías,  
Que son flores y las roen  
Insectos que las codician.

Tocaba al ocaso el sol,  
Era la tarde sombría,  
Y aliviada se vio un tanto  
De sus dolorosas cuitas.

-«Sélner», dijo la hermosura

Con su celestial sonrisa,  
»Toquemos aquel concierto  
»Que mi sinsabor disipa.»

Sélner vio brillar un rayo  
De esperanzas ya perdidas...  
*De la fresca primavera*  
*El aura aromosa y tibia*

*Por las ventanas entraba:*  
*La más regalada brisa*  
*De los árboles erguidos*  
*Verdes ramas conmovía,*

*Y la estancia se vio llena*  
*De aquella esencia exquisita*  
*Que exhalan las frescas rosas*  
*En los aromosos climas.*

Mientras acordaba el arpa  
Dijo Adelaida, expresiva:  
-«Dulce amigo, si yo muero  
»Verás cómo el alma mía

»Vuelve a bajar a la tierra  
»Para hacerse tu cautiva,  
»Que sin la tuya en el cielo  
»No quiere tener cabida.»

Luego acompañó a la flauta  
Con tan docta maestría  
Cual jamás oyó el Amor  
En los jardines de Armida.

Y al fin de una vibración  
De las concertadas fibras  
Ocultó en el seno hermoso  
Su faz, sin vigor ni vida.

El alma se subió al cielo  
De aromas y de delicias,

Del armónico instrumento  
Con los sonos confundida,

Y el nocturno centinela  
De la torre allí vecina,  
Con voz lúgubre y pausada,  
«Son las nueve», repetía.

## II

Sélner no quiere vivir,  
Maldice la luz que brilla,  
Deja su hogar, pero vuelve,  
Que anhelando está la vista.

Del sitio donde Adelaida,  
Como luna que se eclipsa,  
Le negó sus resplandores  
Entre las sombras perdida.

Se ha cerrado en su aposento,  
No recibe las visitas,  
No es visto de sus alumnos  
Y de su flauta se olvida.

De la estancia de Adelaida  
Nada mudó: el arpa misma  
Colocada ante el sofá,  
Triste y sola enmudecía.

Un año se pasó así,  
Sin que penas homicidas  
Libre al músico dejaran  
De sus ponzoñosas viras.

Visitaba con frecuencia  
De su amor la tumba fría,  
Coronándola de flores  
Matizadas con mil tintas;

Y en sus cálices de aroma,  
Do miel las abejas liban,

El aliento de Adelaida  
Respirar le parecía.

Por una tarde de mayo  
Cogió rosas purpurinas,  
Y en la estancia funeraria  
Las derramó sin medida.

Luego se sentó en el sitio  
Que ocupó en mejores días,  
Cuando el sol de sus placeres  
A su claro cenit iba.

*De la fresca primavera  
El aura aromosa y tibia  
En los árboles erguidos  
Verdes ramas conmovía,  
Y la estancia se vio llena  
De aquella esencia exquisita  
Que exhalan las frescas rosas  
En los deliciosos climas.*

Los más fúnebres recuerdos  
Tienen su fuerza atractiva,  
Tienen tan fatal encanto  
Que se adosan y lastiman.

Sélner se deja llevar  
De recuerdos de ruinas,  
Desesperación y muerte  
Que su triste pecho agitan.

Toma la olvidada flauta,  
Quiere ensayar la armonía,  
La sublime inspiración,  
De Adelaida favorita;

Pero apenas comenzó  
Cuando el arpa le seguía  
Con profundas vibraciones  
De la más justa medida.

Hiélase su sangre toda  
Y sus cabellos se erizan...  
Mas luego, al callar la flauta,  
Queda el arpa enmudecida.

Volvió al tono, volvió al canto  
Y el arpa a su voz antigua,  
Y el nocturno centinela  
«Son las nueve», repetía.

Cuando la risueña aurora  
Reflejaba en las colinas  
Le hallaron sin movimiento,  
Casi en tristes agonías.

Por la tarde volvió en sí,  
Cogió rosas encendidas  
Y las colocó en la estancia  
Con hermosa simetría.

Tocó la flauta, y al punto  
Conmovió el arpa sus fibras,  
Hasta que el nocturno guarda  
«Son las nueve», repetía.

La fiebre devoradora  
Le va postrando, le humilla,  
Y en delirio abrasador  
Con voz moribunda grita:

-«Tú no engañas, Adelaida,  
»Tú estás en mi compañía:  
»Los dos juntos marcharemos  
»Al Edén de las delicias.»

Su mal se aumentaba siempre,  
Sin admitir medicina...  
Cuando sonaban las nueve  
Se encerraba y escondía.

Para llorar sus quebrantos,  
Pálido que daba grima,  
Con cuerpo desfallecido,  
Pie débil y turbia vista.

Quiso el médico espiar  
Sus tristezas y manías,  
Y en la cámara una tarde  
Se escondió tras las cortinas.

Cargado le vio venir  
De rosas recién cogidas,  
Ponerlas en ricos vasos  
Y sentarse en una silla.

*De la fresca primavera  
El aura aromosa y tibia  
En los árboles erguidos  
Verdes ramas conmovía,*

*Y la estancia se vio llena  
De aquella esencia exquisita  
Que exhalan las frescas rosas  
En los deliciosos climas.*

-«Adelaida», dijo Sélner,  
»Nuestras dos almas unidas:  
»¿Cuándo volarán al cielo  
»Cual ligeras avecillas?

»¿No ves que yo estoy llorando?  
»¿Que el dolor me martiriza?  
»¿Que suspiro verme libre  
»De los lazos que me ligan?»

Un viento fresco que entró  
Puso esencias fugitivas  
En los labios abrasados  
Del maestro de capilla:

«¡Cuán dulce», dijo, «es tu beso,



»Mi Adelaida!... Solicita  
»Pasar el alma a mis labios  
»Para que tú la recibas.»

Tomó su flauta y tocó;  
Vibró el arpa estremecida,  
Y al maestro acompañaba  
Con cadencias peregrinas.

Salió el médico azorado,  
Mas Sélner lo detenía  
Junto al sitio donde estaba  
Con su furia convulsiva.

Flauta y arpa comenzaron:  
Tocó un aire de alegría,  
De glorias y de triunfo,  
Voz de placer nunca oída:

Aire puro y celestial,  
Son de angelicales liras,  
De un alma que vuela al cielo  
Única y fiel despedida.

En fuerza, en intensidad,  
Los instrumentos cedían  
Y a una final vibración  
Cayó el músico sin vida.

Todas las cuerdas del arpa  
Se rompieron desunidas,  
Y el nocturno centinela  
«Son las nueve», repetía.

△▽

## **Caballerescas**

△▽

## Trovadores provenzales



Plácenme historias pasadas  
De andante caballería  
Y en ser las noches llegadas  
Olvidar penas del día  
Con los cuentos de las hadas

Y luego en lecho de flores,  
Si las hadas me dejaron,  
Ir soñando los amores  
Que tuvieron y cantaron  
Los antiguos trovadores.

Ver a Arnaldo y su querida  
Siempre a sus finezas dura  
Mientras él nunca la olvida,  
Mientras canta su ternura  
Con su letra muy sentida:

Y a Rambaldo generoso  
Que manifiesta a su dama,  
Por tímido y receloso,  
Lo violento de su llama  
Con un ardid ingenioso.

Ver las gracias y embeleso  
De la esposa de Imberal  
Y aquel amoroso exceso  
De aquel Pedro de Vidal  
Que dormida le dio un beso;

Que luego fue desterrado,  
Mas por ser su suerte rara,  
De la hermosa perdonado  
Vino a recibir de grado  
Lo que a fuerza se tomara.

¡Cómo es triste de escuchar  
Aquella canción de amor  
Que muerte vino a causar  
Poco después de cantar

A su mismo trovador!

«Aquel dulce pensamiento  
»Que de vos amor me envía  
»Díctame cada momento  
»Versos que me dan contento,  
»Señora del alma mía.»

¡Ah, Guillermo...!, tu canción  
No la oyera, por los cielos,  
Con bárbara indignación  
Y ardiendo en rabiosos celos  
Raimundo de Rosellón

Que el corazón te arrancó  
Con el pérfido puñal  
Y en un festín lo alargó  
Sobre un plato de metal  
A su esposa que te amó.

Que ella y tú fueseis yuntados  
Bajo losas funerarias  
Quisieron después los hados  
Y que los enamorados  
Os dijese sus plegarias.

¡Cuán bellos mis sueños son...!  
¡Con cuán mágicas pinturas  
Me presenta la ilusión  
Tus amores y aventuras,  
Guillermo de Balaón...!

Que con extraño placer  
Aparentabas reñir  
Y a tu dama aborrecer  
Por el gusto de volver  
Las voluntades a unir.

Mas no anduviste advertido  
Cual fue razón anduvieras  
Por no verte aborrecido,

Cuando tu desdén fingido  
Te valió un desdén de veras.

Y para darte el perdón  
Mandó tu cruel señora  
Que una uña de raigón  
Te arrancases en mal hora  
Del dedo del corazón.

También es bello soñar  
Al que sin ver a su dama,  
Llegándose a enamorar  
Por las nuevas de la fama,  
Quiso verla y surcó el mar.

Y en traje de peregrino  
Tan dulce cántico hacía,  
Que en medio la mar bravía  
Lamentando su destino  
Los delfines atraía.

«Amor de tierra lejana,  
»Por ti mi carne mezquina  
»Toda está enferma y se afana  
»Sin encontrar medicina  
»Que la pueda poner sana.»

Lejos de nativa playa  
La muerte fuiste a buscar,  
Mísero Rudel de Blaya,  
Tan delicado en amar,  
Tan docto en la ciencia gaya.

Muy hermoso es recordar  
A don Pedro de Aragón,  
A Failit de Belostar  
y Hugo, que por afición  
Fue trovador y juglar;

Y aquellas dulces tenses  
Llenas de amorosas sales,

Serventesios y canciones  
Y aquellos juegos florales  
Con premios y distinciones.

Las damas que presidían  
Las cuestiones ingeniosas  
Que a los vates proponían  
Y las letras y las glosas  
Que cantaban y leían...

Plácenme historias pasadas  
De andante caballería  
Y en ser las noches llegadas  
Olvidar penas del día  
Con los cuentos de las hadas

Y luego en lecho de flores,  
Si las hadas me dejaron,  
Ir soñando los amores  
Que tuvieron y cantaron  
Los antiguos trovadores.

△▽

## **El cerco de Camora** **Romance histórico**

### I

Contra todo ardid guerrero  
Zamora está bien sentada:  
De un cabo la corre Duero,  
Del otro Peña Tajada.

△▽

La ciñen a la redonda  
Unas torres muy espesas,  
Muro fuerte y cava fonda  
Con sus barbicanas gruesas.

Y al verla con tal muralla  
No hay cristiano ni agareno  
Que la quiera dar batalla

Ni embestirla en su terreno.

De su padre en rico don  
Doña Urraca la tuviera  
En aquella partición  
Que de sus reinos hiciera;

Mas don Sancho de Castilla,  
Que anhela mayor estado,  
Siempre tuvo por mancilla  
Ver su imperio desmembrado;

Ver saltar del cetro de oro  
Joyas que de estima son:  
Galicia, Zamora, Toro,  
Con Asturias y León,

Y que, siendo el heredero  
De sitios fuertes y llanos,  
Pierda de su haber y fuero  
Por la pro de sus hermanos.

Traspasar la jura quiso  
Que hiciera no de buen grado:  
Puesto en armas de improviso  
Sus huestes llamó a su lado

Y lidió con tal fortuna  
Que en hierros puso a García  
En el castillo de Luna  
Y a don Alfonso en Mongía.

Era Sancho tan garzón  
Que las barbas le apuntaban;  
Pero en bravo corazón  
Pocos hombres le igualaban.

Al Duero va sin demora,  
De Safagún fuerzas saca,  
Pues suspira por Zamora  
Que conserva doña Urraca

Y pasa ya las orillas  
Del murmurador raudal  
Que besa flores sencillas  
Con los labios de cristal.

Al instante cabalgara  
Con el Cid campeador  
Y Diego Ordóñez de Lara  
De Zamora en derredor.

Luce galas muy ufanas  
El de Vibar, buen jinete,  
Con espuelas italianas  
Doradas y de rodete

Y a los rayos encendidos  
Del sol brillan los metales  
De los arneses febridos  
De sus piernas y brazales.

Penacho de blanca pluma  
Sobre el yelmo se desmaya  
Como la nevada espuma  
Sobre la tendida playa

Y revelan las labores  
Del follaje en su gorguera  
Las manos y los amores  
De la hermosa que venera.

Su trotón es alazán,  
Nariz ancha, vela enhiesta,  
Con ímpetus de volcán  
Cuando a reventar se apresta.

El Rey, sobre su armadura  
Rica veste desplegando,  
Cabalga con apostura  
Siempre a la ciudad mirando.

Su cuadrúpedo violento,  
Que frenos de plata muerde,  
Lleva fino paramento  
De damasco azul y verde.

Con cortapisa preciosa  
De unas martas cebellinas:  
Es negro, cerviz hermosa;  
Por crin tiene sedas finas.

Cubierto de limpio acero  
El de Lara lozanea  
Dando riendas a un overo  
Que el viento beber desea.

Los tres miran larga pieza,  
Como de común intento,  
La ciudad, su fortaleza,  
Las murallas y su asiento.

Sus puertas están cerradas  
A enemigos tan cercanos  
Y sus torres coronadas  
De valientes zamoranos

Que fieles a sus pendones  
Forman las segundas vallas  
Con pechos y corazones  
Encima de las murallas.

Al volver para sus tiendas  
Tuvieron tal razonar,  
Deteniendo ambos las riendas,  
Don Sancho y el de Vibar:

«-Vedes, Cid, cómo es muy fuerte  
Contra toda hostil hazaña;  
Si la hubiese por mi suerte  
Sería señor de España.

»Conmigo deudos habedes,



Pues mi padre os dio crianza  
Y os acrezco las mercedes  
Cuanto mi poder alcanza.

»Vos di más que un gran condado  
Por vuestro merecimiento  
Y el mayor sois a mi lado  
De mi casa e valimiento.

»Vos quiero rogar agora  
Cabalgéis de buena gana,  
Que vayades a Zamora  
A doña Urraca mi hermana;

»Digades que he de servilla  
Con mi hacienda y mi poder;  
Pero que me dé la villa  
O por cambio o por haber;

»Que he de darla en este trueco,  
Como cumple a mi largueza,  
A Medina de Rioseco  
Con Tiedra que es fortaleza;

»E si no quiere otorgarla  
Tengo huestes aguerridas  
Y por fuerza he de tomarla  
Con ingenios e bastidas.»

-«Señor, con ese mandado  
Que vaya otro mensajero  
Ca de Urraca fui criado  
Y a mi honor no es cumplidero.»

-«Si no la recabáis vos,  
Que no conocéis segundo,  
No la espero, vive Dios,  
De ningún home del mundo.

»Catad que de honor no es ley  
Ni caballerosa fama

Con desaguisado al rey  
Complacer a alguna dama.»

-«¡Harto ingrato fui a su amor  
Con desaire y con desdén!  
¡Fuérale tal vez mejor  
Amar a quien ama bien!

»Que ella me calzó la espuela  
Y adornando mi persona,  
Diome el casco y la rodela  
Y ciñóme mi tizona.

»Si las lides me llamaban  
Las lágrimas le salían  
Y del corazón manaban,  
Que la faz le escandecían.

»Puesta la rodilla en tierra  
Pedía gimiendo a Dios  
Que si yo finaba en guerra  
Que finásemos los dos.

»Y hacía su oración  
Con suspiros y con lloros  
Guardando mi corazón  
De las lanzas de los moros.

»No esperaba tanta pena  
Ni mereció por castigo  
Que los brazos de Jimena  
Le robasen a Rodrigo.»

-«Non curedes vos del duelo  
Que hagan melindrosas dueñas;  
Curad de allanar el suelo  
Que no acata mis enseñas.

»Curad que vuesa loriga,  
Que nunca pudo bollar  
Flecha ni lanza enemiga

En combate singular,

»De su temple tan seguro  
No venga a desmerecer  
De Zamora bajo el muro  
Por lágrimas de mujer.»

-«Vos sabréis que no falsea  
Los temples de mi armadura  
Ni el bote de la pelea  
Ni el ruego de la hermosura.

»Me es ingrata tal misión,  
Pero tanto me afincáis  
Que, infiel a mi corazón,  
Cumpliré lo que mandáis.»

Calló el Cid que reprimía  
Con suspiros el afán,  
Pues al rostro le salía  
Todo el interior volcán.

Veloz como el pensamiento  
Para Zamora partió  
Y cuando al altivo asiento  
De sus murallas llegó

De su corcel los ardores  
Enfrenó y la furia inquieta  
Rogando a los defensores  
No tirasen de saeta;

Que venía de embajada,  
No de guerra ni de engaño,  
Y entonces se le dio entrada  
Sin que recibiera daño.

## II

Por la muerte tan sentida  
De su padre don Fernando  
De negro monjil vestida,

Negro estrado está ocupando

Doña Urraca, cuyos ojos  
Son dos piras de dolor  
A los fúnebres despojos  
De su Rey y su señor.

A su lado con respeto  
Arias Gonzalo se ve,  
Caballero muy discreto,  
Sin par en virtud y fe,

Previsor y derecho,  
De sano consejo y brío,  
Que a nadie quebranta fuero  
Ni traspasa señorío.

Al estrado se adelanta  
El de Vibar con medida  
Y apenas lo ve la Infanta  
Cuando a limpiar se apresura

Con un finísimo holán  
Las lágrimas indiscretas  
Que por sus mejillas van  
A decir cosas secretas.

Dala el Cid salutación  
Y a don Arias juntamente  
Y expone su comisión  
Añadiendo reverente:

-«Porque yo a mi Rey venero,  
Vine con mensaje tal;  
Las cartas y el mandadero  
Libres son de sufrir mal.»

Atenta escuchó la Infanta  
Y la voz casi añudada  
Desató de su garganta  
Respondiendo a la embajada:

-«Mezquina de mí... ¿qué haré  
Si al rigor de tantos males  
En mi sangre no hallo fe  
Ni piedad en los mortales?

»¡Rey don Sancho! ¿Qué decoro  
Te has podido prometer  
De dejar en paz al moro  
Por dar guerra a una mujer?

»¡Rey don Sancho! ¿Qué laureles  
Busca tu furor insano?  
¿Que escarnezcan los infieles  
Los dolores del cristiano?

»¿Que en Toledo Alimaymón  
Tenga zambras y festines  
Porque nuestra destrucción  
Le conserva los confines?

»Parar mientes te cumplía  
Que en negra ambición no hay prez,  
Que usurpar es tiranía,  
Que Dios ha de ser tu juez.

»Padeciendo mil destierros  
Alfonso entre infieles mora  
Y a García pones hierro  
Y me pides a Zamora.

»¡Cuitada de mí! ¿qué haré?  
¿Quién me salva, quién me abona,  
Si Rodrigo, a quien amé,  
Me desprecia y abandona?

»No esperaba yo tal pago  
De la vuestra cortesía  
Cuando sin dolor aciago  
Gocé vuestra compañía.

»Yo vuestro dormir guardaba,  
Vuestro amor fue mi contento,  
La vida que respiraba  
Recibí de vuestro aliento;

»Vuestro tálamo quería,  
Feliz me juzgué entre todas  
Y era un cielo de alegría  
La esperanza de mis bodas.

»Mas caí del grato Edén  
De tanto favor y gloria  
En infierno del desdén  
Con mi engaño en la memoria.»

-«Señora, respondió el Cid,  
Como bueno sirvo al Rey  
En las paces y en la lid,  
Que ésta siempre fue mi ley.

»La respuesta me dictad  
Cual os aplazca mejor  
Y a otros tiempos reservad  
Querellas de vuestro amor.»

Don Arias alzóse entonces  
Al ver de la Infanta el duelo  
Que ablandaba duros bronces  
Y contestó en su consuelo:

-«La triste experiencia enseña  
Sin misterio y sin arcano  
Que aquel que nos cerca en peña  
no nos quiere dar lo llano.

»Le diréis al que os mandó  
Que hay valientes en Zamora  
Que responden con un no  
Defendiendo a su señora,

»Y que anhelan la ocasión

De dar de su fe probanza  
Con sangre del corazón  
Uno a uno lanza a lanza;

»Que si piensa intimidarlos  
Con un cerco grave y lento  
Tienen mulos y caballos  
Que les sirvan de alimento

»Y antes que entregar los muros  
Con mengua de sus deberes  
Contra sus entrañas duros  
Comerán a sus mujeres;

»Que doña Urraca desdeña  
Todo cambio con su hermano,  
Que aquel que la cerca en peña  
Mal querrá darla lo llano.»

Mal pagado y satisfecho  
Despidióse el Campeador  
Partiendo a contar el fecho  
A don Sancho su señor.

Sañudo el Rey le escuchaba  
Cuando el caso refería;  
De corazón le pesaba  
Tan triste mensajería

Y exclamó: «Mal me pagasteis,  
Que vos amáis a mi hermana  
Pues con ella vos criasteis  
Y a lo que queréis se allana.

»Vos la aconsejasteis mal;  
Debo castigaros, Cid;  
Yo no puedo facer al;  
De mi reino vos salid.»

El Campo dejó Rodrigo  
Respirando enojos fieros

Y al partir llevó consigo  
Mi doscientos caballeros

Que tenía por vasallos  
Y eran siempre los mejores  
Por sus lanzas y caballos,  
Ardidos y lidiadores.

Al campo nunca volviera  
Si don Sancho, arrepentido  
Por el daño que temiera  
De aquel león ofendido,

Su amistad y compañía  
con sus cartas no pidiese  
Haciendo la pleitesía  
Que más al Cid le pluguiese.

### III

En la hueste sitiadora  
Pregónase que aguisados  
Para dar contra Zamora  
Estén todos los soldados.

Lo combaten reciamente  
Por tres noches y tres días;  
No hay ardid que no se invente,  
Se renuevan las porfías.

Las cavas ya quedan llanas,  
De cadáveres cubiertas,  
Desplomán las barbancas,  
Tiemblan las ferradas puertas

Y doblando crudamente  
Sus intrépidos ardores  
Se fieren a manteniendo  
Sitiados y sitiadores.

Tintas de sangre a fondón  
Corren las aguas del Duero,



Que no hay golpe sin lesión  
Ni amago sin golpe fiero.

Viendo el Rey la lid osada  
Y pérdida lastimera  
De su gente maltratada,  
Mandó se quitase afuera.

A Zamora en derredor  
puso cerco, pues creía  
Que si no cedió al valor  
Por hambre la ganaría.

#### IV

De la ciudad sale huyendo  
Un hombre traidor y malo  
Y le vienen persiguiendo  
Los hijos de don Gonzalo;

Que su padre denostó  
Mancillando su lealtad  
Que al sol que la iluminó  
Disputa su claridad.

Vellido Dolfos se llama  
Y al Rey se acoge por fin,  
Sus manos besa y exclama  
Como falsario y malsín:

-»Señor, yo dije al concejo  
Que os diese la fortaleza:  
Don Arias, astuto viejo,  
Se me opuso con fiereza

»Y sus hijos me mataran,  
Que tras mí vinieron dos,  
Si en la fuga me alcanzaran  
Antes de acogerme a vos.

»Recibid si anheláis prez  
Al que protección implora,

Que yo os mostraré tal vez  
Cómo hayades a Zamora.»

El Rey se le mostró grato  
colmándole de bondades  
Y fabló con él gran rato  
De todas sus poridades.

Solos los dos cabalgaron  
Al lucir la nueva aurora  
Y sus cavas registraron  
Y dieron vuelta a Zamora.

Con disfraz de buen amigo  
El mayor de los villanos  
Mostró a don Sancho el postigo  
Que llaman de los Cambranos.

Dijo que al llegar la noche,  
Con algunos caballeros  
Muy fieles y sin reproche  
Armados con sus aceros

Por aquel postigo estrecho  
Que abierto siempre dejaban  
Entraría satisfecho,  
Pues los que de guardia estaban

De hambre y laceria morían  
Y al choque sin hacer frente  
Las puertas les cederían  
Para recibir la gente.

Por la ribera del Duero  
Don Sancho se asolazaba,  
Bajó del corcel ligero  
Y un venablo que llevaba

A Dolfos lo quiso dar,  
Pues se apartó por facer  
Lo que no puede excusar

Ningún hombre ni mujer.

Y Vellido, que lo vio  
Sin defensa en guisa tal,  
El venablo le arrojó  
Con furia tan infernal

Que las espaldas llagando  
Con honda y cruel herida  
Pasó el tronco y fue buscando  
Por los pechos la salida.

El traidor riendas volvió  
Con las atrevidas manos  
Y al postigo cabalgó  
Que llaman de los Cambranos.

Viéndolo escapar el Cid  
Sospechó su alevosía:  
Temió algún infausto ardid  
Contra el Rey a quien servía

Y su caballo pidió,  
Pidió lanza y se la dan;  
Mas la espuela no calzó  
Con la prisa y el afán.

Alongósele el traidor  
Aguijando su corcel  
Y exclamó el Campeador  
Con ansia y dolor crüel:

«Este día es el primero  
Que dejé de estar en vela;  
¡Maldito es el caballero  
Que cabalga sin espuela!»

V

¡Río Duero! Tú murmuras,  
Tus aguas van acrecidas,  
Tus flores bellas y puras

Están mustias y caídas.

Ya mezclaste en tu raudal  
Sangre que vertió el valor  
Y hoy recibe tu cristal  
Las lágrimas del dolor.

Hoy lloran los castellanos  
De su Rey la infausta suerte  
Culpando a los zamoranos  
De tan alevosa muerte.

Tus aguas turbias se ven:  
Das murmullo lastimero,  
Que tal vez lloras también,  
Río Duero, río Duero.

De Zamora al pie del muro  
Don Diego Ordóñez de Lara  
Después que pidió seguro  
Adargándose la cara

Dijo a Gonzalo y sus hijos  
Que en las almenas estaban  
Y que con los ojos fijos  
Muy atentos le observaban:

-«Los de Castilla han perdido  
A su Rey y su señor:  
Matóle Dolfos Vellido,  
Matóle como traidor

»Y en la villa le acogisteis  
Y a Dios pongo por testigo  
Que traidores también fuisteis  
Y por ende vos lo digo;

»Que de traición sabéis  
Y traición consentís  
Y al traidor que conocéis  
En los muertos encubrés.

»Por tan gran maldad y tuerto  
Yo riepto a los de Zamora  
Tanto al vivo como al muerto  
Y al que ha de nacer agora.

»Riepto a cuantos ahí fueren  
De toda edad y destino,  
Riepto el agua que bebieren,  
Riéptoles el pan y el vino.

»Y si alguno se opusiere  
Negando mi razonar  
Cómo y cuando le pluguere  
Se lo tengo de lidiar.»

Don Arias le respondió:  
-«No hubiera de ser nacido  
Si cual tú dices soy yo;  
Mas no rieptas de entendido,

»Pues no han culpa los pequeños  
De lo que los grandes hacen  
Ni los muertos en sus sueños  
Ni aquellos que agora nacen.

»Que mientes yo te lo digo  
Y miente quien te apoyare  
Y yo lidiaré contigo  
O te daré quien lidiare.»

Esto dijo el buen anciano  
Y a la lid se preparaba,  
Que aunque su cabello cano  
Su cabeza plateaba,

De molesta senectud  
Non curó las graves penas  
Y el fuego de juventud  
Se encendió en heladas venas.

△▽

## **Don Alfonso y la hermosa Zaida**

△▽

Con viento murmurador  
La noche obscura cerraba  
Cuando en busca de su amor  
Don Alfonso cabalgaba  
Con el Cid campeador.

Monta el rey un alazán  
Cuyas crines prolongadas  
Parece que a besar van  
Las estriberas doradas  
Do los regios pies están.

Lleva en la cuja la lanza  
Y el escudo en el arzón  
Y a medio galope avanza,  
Que inquietan su corazón  
El amor y la esperanza.

Gobierna un caballo el Cid  
Tan veloz como el deseo,  
Digno del noble adalid,  
Tan galán en el paseo  
Como feroz en la lid.

Por él Aliatár daría.  
Para lucirse en el coso  
No sólo su yegua pía,  
Que es un animal brioso,  
Sino también su alcaidía.

Lleva pretal de cadena  
De malla los paramentos,  
Su ferrado casco suena,  
Bebe los helados vientos  
Y ellos rizan su melena.

De una labor peregrina

Viste el gallardo jinete  
Delicada jacerina  
Y un airón sobre el almete  
Con plumas gualdas se inclina.

Tiene la lanza enristrada,  
Lanza de filos certeros,  
Porque teme una celada,  
Pues los moros son arteros  
Y la noche va enlutada.

Junto a Ocaña, hermosa villa,  
Dio la cita en un vergel  
Al Rey noble de Castilla  
La Zaida, que es hija fiel  
Del rey moro de Sevilla.

Es muy garrida la mora,  
Con los labios de coral,  
De una tez que se colora,  
De alto seno virginal  
Que si suspira enamora.

Rodea sus sienas bellas  
Un almaizar turquí  
Sembrado todo de estrellas  
Y en cada estrella un rubí  
Que da brillo en medio de ellas.

Delicado faldellín  
Se desprende hasta su pie  
Prisionero de un chapín  
Que guarnecido se ve  
De perlas de Comorín.

La marlota es de brocado  
Con galana pedrería  
Y el apretador leonado  
De costosa arjentería  
Cada extremo recamado.

Con Rodrigo de Vivar  
Llega el Monarca dichoso  
Al encantado lugar  
Y con ademán brioso  
Descabalgan a la par.

Y mientras al tronco atados  
Con rienda corta y segura  
Los corceles regalados  
Muerden la corteza dura  
De dos sauces inclinados,

Conducidos de un doncel  
Al retrete de la dama  
Cruzan el ancho vergel  
El Rey que en amor se inflama  
Y el Cid que le sigue fiel.

Zayda recibe a su amado:  
Sus ojos en tal momento  
Viendo al Rey tan fatigado,  
Llenos de agradecimiento  
Con rubor se han humillado.

El retrete los jazmines  
Respiraba y los amores,  
Edén de los serafines  
Con hermosos miradores  
A los plácidos jardines.

Tiene marfiles labrados,  
Alcatifas, otomanas,  
Pebeteros delicados,  
Sedas, muselinas, granas,  
Ámbar, perlas y brocados.

¡Cuánto amor allí escuchó  
La noche que se acababa!  
¡Cuántos suspiros llevó  
La brisa que refrescaba  
Y en las rosas los dejó...!



Al despedirse dijera  
Don Alfonso al Cid. -«Catad  
»Que Zayda es muy hechicera,  
»Yo la hago reina en verdad  
»Como ser mi esposa quiera.»

Rodrigo le respondió:  
-«¿Qué han de decir los prelados?  
»Si Zayda mora nació  
»Non podéis ser ayuntados  
»Ca la ley lo prohibió.»

Repuso el Rey: -«Lo veremos;  
»Todo lo puede el amor:  
»Cristiana la tornaremos  
»Y se llamará Leonor...;  
»Pero es tarde, cabalguemos.»

△▽

### **Ceremonial caballeresco**

De este modo habla el Cid  
Con Ordoño, que desea  
Ser armado caballero  
Y acabar grandes empresas:

△▽

«Veladas serán las armas  
»Por vos una noche entera,  
»Que a tan noble profesión  
»Da principio estar de vela:

»Velaréis en lugar santo,  
Porque la mayor defensa  
De cristianos caballeros  
Son las armas de la iglesia:

»Colgaréis en un altar  
»Todo el arnés con sus piezas,  
»A saber: el bacinete  
»Con guardapapo y babera,

»Los fuertes espaldarones,  
»Los bracerales y hombreras  
»Junto con los pancerales  
»Y grebones de las piernas,

»Sin que os olvidéis, doncel,  
»Ni de los corvales de ellas  
»Ni de la bruñida espada,  
»Ni de la dorada espuela.

»Brillando la hermosa luz  
»Al templo el obispo venga  
»Con calonjes y arciprestes  
»Vestidos de ricas sedas;

»Ca debe dar bendición  
»A las armaduras vuestras,  
»Decir misa, comulgarvos  
»Y después de esta hacienda

»Con el su santo misal  
»Daros en última oferta  
»Retorno de bendiciones  
»Que son celestiales prendas.

»En seguida a mí me toca  
»Fablaros de esta manera:  
»Doncel, escuchad qué cosa  
»La caballería sea.

»La caballería dice  
»Lustre, honor, lauro, nobleza;  
»Home noble no hace tuerto  
»Ni de burlas, ni de veras.

»Jurad cumplir y guardar  
»Estos votos y promesas:  
»Que amaredes al gran Dios  
»Que nos cría y nos conserva,

»Que su ley no negaredes  
»Y que moriréis en ella,  
»Que a vuestro rey serviréis  
»Y al que en pos derecho tenga,

»Que non llevaredes sueldo,  
»Sin pedirle la licencia,  
»De otro rey ni de home rico  
»De otra bandería o secta:

»Que cuando fallado fuereis  
»En las lides y en las bregas  
»Antes que fuyades vos  
»Fincaréis muerto en la tierra;

»Que seades el amparo  
»De las viudas y doncellas  
»Y de injustas demasías  
»Las venguéis a viva fuerza;

»Que en los vuestos razonares  
»Non mostredes la soberbia  
»Porque ser bien mesurados  
»Es cosa que mejor sienta:

»Que a sacerdotes y ancianos  
»Les catedes reverencia,  
»Que a nadie retéis a tuerto,  
»Que eso villanía fuera.

»Otrosí: que en las tres Pascuas  
»Comulguéis en las iglesias  
»Confesando los pecados  
»Con propósito de enmienda.

»Vos lo juraréis cumplir  
»Sin faltar coma ni letra,  
»Yo vos vestiré las armas  
»Ya bendecidas y nuevas

»Y al darvos la pescozada

»Después de la espada puesta  
»Vos, a guisa de vengarvos,  
»Contra mí tiraréis de ella.»

De este modo fabló el Cid  
Con Ordoño, que desea  
Ser armado caballero  
Y acabar grandes empresas.

△▽

### **Leyenda del Cid**

Non oléis a almizcle...

Por esposas han pedido  
Los Infantes de Carrión  
Las buenas hijas del Cid  
Que es el gran batallador.

△▽

En Valencia, en aquel templo  
Que al principio se llamó  
«María de las Virtudes»  
Y es de San Esteban hoy,

De Gerónimo el obispo  
Recibieron bendición  
Con don Diego y don Fernando  
Doña Elvira y doña Sol.

Tuvo pláticas frecuentes  
El Cid y en sus yernos vio  
Con costumbres amenguadas  
Insufrible presunción.

Pasados dos años fueron  
Cuando el rey Búcar llegó  
Con mil fustas por la mar  
Tremolando su pendón:

Que su hermano fue vencido

Y si del cristiano huyó  
Con más pausa le mataron  
Los puñales del dolor:

Ha jurado por Mahoma  
Guerra y esterminio atroz  
Contra el suelo de las flores  
Y Rui Diaz su Señor.

Con la nueva de la flota,  
Con ricos hombres de pro  
Hubo consejo el buen Cid  
Cómo haberse en tal sazón

Y en su escaño de marfil,  
De riquísima labor,  
Que fue de Juñes Rey Moro,  
Muy tranquilo se adurmió.

En la misma sala estaban  
Los infantes de Carrión  
Y con juego de ajedrez  
Se entretenían los dos;

Cuando de improviso vieron  
Delante de sí un león  
Que por descuido del guarda  
De su jaula se soltó.

Los que el juego presenciaban  
Con impávido valor  
Luego embrazaron sus mantos  
Y del Cid en derredor

Sendas espadas sacaron  
Que la fiera respetó,  
Deslumbrada por encanto  
De su súbito fulgor.

Turbáronse los infantes;  
Don Diego se colocó

Bajo el escaño del Cid  
Con un pánico terror:

Por los largos corredores  
Fernando se fue veloz  
Y al corral de las basuras  
Confuso asaz se arrojó.

Dispertóse con los gritos  
Y bulla el Campeador  
Y viendo ante sí la fiera  
Diole una terrible voz:

Del cerro de su pescuezo  
Prontamente la tomó  
Y encerrada se la deja  
De la jaula en la prisión.

Al punto a Fernán González  
A su presencia llamó  
Y le dijo: Recobraos,  
Non saltéis otra vez, no:

Procurad tener, mi yerno,  
Más fuego en el corazón;  
Non fuyáis, que aquesta vez

Non oléis a almizcle vos. △

## **A más moros, más ganancia**

II

De todo bastecimiento △▽  
Valencia se proveyó,  
Juntamente sus castillos  
Que Játiva y Chelva son

Con Peñáguila y Paterna  
Y Murviedro, que es mejor

Por sus aguerridas huestes  
Y elevada situación.

En la llanura de Cuarte  
Sus Reales asentó  
El moro Búcar, sus tiendas  
Y su regio pabellón.

A la torre del alcázar  
A Jimena el Cid subió,  
La que viendo tantas tiendas  
De tal lujo y tal valor,

Tantos corceles de guerra,  
Tanto ginete y peón,  
Abatida en su flaqueza  
Daba indicios de temor;

Hasta que esforzóla el Cid  
Y en esta guisa le habló:  
Cuantos más moros veáis,  
Más ganancia tengo yo.

Contra la chusma de Agar,  
Brillando el primer albor,  
Puesto el rendaje a Babieca  
El noble Cid cabalgó

Y en las impuras mesnadas  
Puso tanta confusión,  
Hizo brillar su tizona  
Y tan gran rebato dio,

Que doce mil fueron muertos  
Y se vieron en prisión  
Diez y siete Reyes moros;  
Solo Búcar se salvó.

Después de tan fausta empresa,  
Los infantes de Carrión  
Que hubieron coraje al Cid,

Puez juzgaron que amaño

Por mengua y oprobio suyos  
Aquel paso del león,  
Partieron con sus mujeres  
Y ciegos en su furor

Las azotaron vilmente  
Con bárbara indignación  
En los Robledos de Torpes,  
(Nombre que el desmán dictó).

Por pena del desacato  
Diéronse a confiscación  
Los bienes de los infantes  
Y don Alonso mandó

Que el conde de Portugal  
Y el de Tolosa, en unión  
Con los grandes de Castilla,  
Castigasen tal baldón.

Por ende se hizo el cantar  
Que en este modo empezó:  
«Tres Cortes hace el buen Rey»,  
«Todas tres a una sazón.»

△▽

## **Vencedor después de muerto**

### III

Un lustro gozara el Cid  
De sus lauros el honor,  
Ocupando su vejez  
En servir y orar a Dios:

△▽

Entonces le fueron nuevas  
De la grande expedición  
De treinta y seis Reyes moros  
Que el Rey Búcar preparó.



Estuvo el Cid muchos días  
Entendiendo en oración  
Y en visitar los altares  
Con muchísimo fervor:

Calenturas le postraron  
Y en ellas solo tomó  
Mirra con agua rosada  
Y un bálsamo que por don

Le remitiera el Soldán  
Cuando el bélico rumor  
De sus hechos y proezas  
Por Egipto se esparció.

Consolado con los gustos  
De una angélica visión  
Cumplió el plazo de sus días  
Y en su palacio espiró.

No se hizo llanto alguno  
Ni triste demostración  
Porque lo ignorase el moro  
Que a la ciudad cerco dio.

Guardias y velas le hacían  
Como vivo a su Señor  
Los caballeros cristianos  
En su cámara y salón.

Pasados seis días fueron  
Y cuando el alba rayó  
Salieron los de Valencia  
Con sus haces en unión.

Iba el cuerpo del buen Cid  
Con tal arte que admiró:  
Muy religado a la silla  
Encima de su trotón:

Con papeles plateados

La armadura se fingió;  
Iba enhiesto, ojos abiertos,  
Llevaba lanza y guión.

Con la bandera del Cid  
Pero Bermúdez llevó  
La primer haz esforzada  
Y de ella marchan en pos

Acémilas con fardaje  
Y un magnífico escuadrón  
De quinientos caballeros,  
Todos de fama y valor:

Seguía doña Jimena  
Que adolorida lloró,  
Con guerreros de alto nombre  
Que eran la nata y la flor.

El cuerpo del noble Cid  
La postrer haz resguardó  
Y a su lado iba el obispo  
Como buen padre y pastor.

Por la puerta de Roceros  
Salieron y cual turbión  
Dieron contra la morisma  
Y un gran triunfo se logró:

Pasaron luego a Castilla,  
Llevando con devoción  
A San Pedro de Cardeña  
El cuerpo del Campeador.

Del cual se dijo esta vez  
Con muchísima razón  
Que venció después de muerto,  
Vivo y muerto vencedor.

## Fernández Ruiz de Castro

I

△▽

«Dímelo todo, Fortún,  
»No me ocultes mi baldón,  
»Pues me anuncia el corazón  
»Que algo me callas aún.

«Siempre fiel te conocí;  
»Yo te premiaré el afán  
»Con el tostado alazán  
»Que tanto te gusta: di.»

-«En vuestra ausencia, señor,  
»De noche me puse en vela,  
»Vigilante centinela  
»De pechos al corredor.

»Iba la noche a su fin  
»Y pude reconocer  
»Que bajaba una mujer  
»De la cámara al jardín.

»Salió un hombre de un laurel  
»Y se encontraron los dos...»  
-«Dime pronto, vive Dios,  
»Quién es ella, quién es él.

-«Desconocidos me son;  
»Mas vuestro furor me acosa...  
»Tal vez fuera vuestra esposa,  
»Pues vislumbré su pellón.»

-«¡Oh, cielos! ¡Estefanía  
»Pudo hacer tal maleficio!  
»¡Mancharse con feo vicio  
»La que llamo esposa mía!

»¡Hija del Emperador,  
»Mancillar con torpe llama  
»Los timbres de tanta fama,  
»Los timbres de tanto honor!

»¡Ah, Fortún! Yo fui indiscreto:  
»De árbol malo, malas ramas;  
»Yo conozco que tú me amas,  
»Te confiaré un secreto.

»Doña Sancha fue tan bella  
»Que Alonso, que es nuestro rey,  
»Sin respetos a la ley  
»Quiso ayuntarse con ella.

»De doña Sancha el hermano  
»Que llamaban don Martín  
»Se opuso con recto fin  
»A un amor que era liviano:

»Mas Sancha, que se indignó  
»Por la oposición que hacía,  
»Comiendo con él un día  
»Diole yerbas, lo mató.

»Se entregó al Rey con tal mancha;  
»Al Rey le apuntaba el bozo  
»Y con el furor de mozo  
»Disfrutó de doña Sancha.

»De esta unión nació en mal día  
»La que, para mi tormento,  
»Me cupo a mí en casamiento  
»Que se llama Estefanía.

»¡Ah, Fortún! Yo fui indiscreto:  
»De árbol malo, malas ramas;  
»Mas supuesto que tú me amas  
»Guárdame bien el secreto.

»Voy a fingir un viaje,  
»Mas seré tan buen testigo  
»Que me esconderé contigo  
»Del jardín en un paraje.

»Y cuando se hallen los dos  
»Prodigándose ternezas  
»Salgo yo de las malezas  
»Y los mato, vive Dios.

»¿Qué te parece mi plan?  
»¿Debemos llevarlo a cabo?»  
-«Señor, yo soy vuestro esclavo.»  
-«Te regalo el alazán.»

Así, nacido en mal astro,  
Por retirado sendero  
Hablabá con su escudero  
Don Fernán Ruiz de Castro.

## II

Sombrías las noches son,  
Sombríos los duros celos,  
Unas y otros llevan velos  
Del más fúnebre crespón.

No es ajeno de reproches,  
Es locura de locuras  
Andar un celoso a oscuras  
Dando sombras a las noches;

Que en la oscuridad y horror  
Poner juntas sombras tantas  
Es aventurar las plantas  
En el caos del error.

Envueltos en su gabán  
Tras los mirtos y la hiedra  
Que en torno de un sauce medra  
Callan Fortún y Fernán.

Inmóbles los dos así  
Van reprimiendo su aliento,  
Como si pudiese el viento  
Declarar que están allí.

Desde aquel paraje oculto  
Como fieras en cubil  
Con la astucia más sutil  
Sobre el muro ven un bulto:

Y es un apuesto doncel,  
Doncel que el muro ha salvado  
Y al jardín se ha descolgado  
Por el tronco de un laurel.

No tarda en aparecer  
Otro bulto más allá:  
Cercano a la puerta está  
Y ese bulto es de mujer.

Sin que su unión se dilate,  
Los dos bultos por detrás  
Forman un bulto no más  
Junto al aromoso arriate.

-«¡Fortún! -exclamó el de Castro-  
»Velos allí: vamos ya,  
»Que mi sangre hirviendo está;  
»Vamos sin perder el rastro.

»No hay duda, es Estefanía:  
»Yo distinguí su pellote:  
»Mi puñal será su azote;  
»Mueran a mi furia impía.»

Dice y como tigre hambriento  
Con ayuno de dos días,  
Que de las matas bravías  
Cuando salta, hiende el viento,

Que a sus presas ataraza,  
Bebe sangre en sus enojos  
Y hechos brasas ambos ojos  
Hiere, rasga, despedaza:

Se arroja al punto Fernán

Con el puñal matador  
Que refleja su furor  
Sobre el nocturno galán.

En sus entrañas con brío  
Hundió el acero inclemente,  
Que entró en sus entrañas frío  
Y de ellas salió caliente.

Dos veces brilló desnudo,  
Que a las tres perdió el fulgor  
Porque de rojo color  
Vestirlo la sangre pudo;

Y con las ansias mortales  
Buscó el alma una salida  
Que la halló bien prevenida  
Por tres puertas casi iguales.

Murió en verde lozanía,  
Que a la muerte no hay quien calme:  
No pudo decir ¡Dios, valme!  
Y en la lengua lo tenía.

Mas la mujer, triste, incierta  
Con el susto de tal caso,  
Fuese huyendo a largo paso  
Salvando jardín y puerta.

Jadeando por demás  
Subía los escalones  
Y se perdió en los salones  
Sin volver la vista atrás.

Fortún fue en su seguimiento  
Para cumplir su venganza;  
Dirigióse sin tardanza  
De su esposa al aposento.

Su primer sueño dormía  
Con un tierno infante al lado,

Sin zozobra ni cuidado,  
La inocente Estefanía.

Mas de nada le sirvió  
Contra bárbaros furores  
Tener un ángel de amores,  
Que el ángel también durmió.

¡Infeliz! ¡Nítida estrella  
Y en tan mal hora dormida!  
¡Que no ves al homicida  
Ni él te puede mirar bella

Para detener su brazo  
Y cambiar sus sinrazones,  
Hecho esclavo en tus prisiones,  
En un ósculo y abrazo!

¡Infeliz! ¡fuerza es sucumbas...!  
¡Clavado tu hermoso pecho,  
Desde el sueño de tu lecho  
Vas al sueño de las tumbas!

De la noche en el capuz  
Se oculta tal atentado;  
Mas, hecho tan mal recado,  
Fernán es quien pide luz:

Y la luz vino a alumbrar  
La escena de graves duelos:  
Los errores de los celos,  
La injuria de sospechar,

La muerte injusta y mal dada,  
El sueño de un serafín  
Y por complemento y fin  
La maldad de una criada.

Sobre un tálamo de cedro  
Con soberbia colgadura  
Yace yerta la hermosura



Y a su lado el niño Pedro.

Duerme el ángel inocente,  
Todo de jazmín nevado,  
Pero que está salpicado  
Con la púrpura reciente

Que destila la honda herida  
De aquel cariñoso seno  
Que, al estar de vida lleno,  
Vivió para darle vida.

Cabe el lecho, en un rincón,  
Una mujer malhadada  
Llora y gime, arrebuja  
De su dueña en el pellón.

Confiesa su demasía,  
Sus citas y travesura  
De tomar la vestidura  
De la pobre Estefanía.

Tan desastrado suceso  
Llora Fernán imprudente,  
Se da golpes en la frente,  
Parece perder el seso.

Por la cámara vagaba  
Con el pie desacertado,  
Con el cabello mesado  
Y a las veces exclamaba:

-«Sombrías las noches son,  
»Sombríos los duros celos;  
»Unas y otros llevan velos  
»Del más fúnebre crespón.

»No es ajeno de reproches,  
»Es locura de locuras  
»Andar un celoso a oscuras  
»Dando sombras a las noches.

»Que en la oscuridad y horror  
»Poner juntas sombras tantas  
»Es aventurar las plantas  
»En el caos del error.»

### III

Una sogá lleva al cuello  
Y por vestido un sayal,  
Y en las manos el puñal  
Que a sus iras puso el sello.

De este modo se presenta  
Fernán al Emperador,  
Llena el alma de dolor  
Y el cuerpo lleno de afrenta.

-«Señor -dijo-, fui casado  
»Con vuestra hija Estefanía,  
»Dueña de tanta valía  
»Cuanto yo necio y menguado:

»En su lecho y en reposo  
»Torpemente la maté  
»Por los celos que tomé:  
»Yo me doy por alevoso.»

Y luego fue refiriendo  
De aquel caso la extrañeza  
Y Alonso lloró gran pieza  
De esta suerte respondiendo:

-«Por bueno os doy el de Castro;  
»Mas llenáis mi corazón  
»De luto y desolación,  
»Que habéis nacido en mal astro.

»Perezca en las llamas luego  
»La que causó tanto llanto,  
»La que vistió ajeno manto,  
»La que en vos prendió ese fuego.

»Yo os doy por bueno y leal,  
»Que siempre lo fuisteis vos;  
»Quiera perdonaros Dios,  
»Ya que no habéis culpa, el mal.»

#### IV

De entonces al matador  
Negra sombra perseguía:  
La sombra de Estefanía,  
De ensangrentado color.

Por la tierra y por los mares  
Esa fantasma cruel  
No se separaba de él,  
Pegada a los calcañares:

Que allí siempre la tenía,  
Pues tras sí la vislumbraba  
Queda, cuando quedo estaba,  
Corriendo, cuando corría.

Sin poder sufrirla más,  
Se volvía, por sentir  
Si dejaba de seguir,  
Mas siempre le iba detrás.

Probaba tirarse al suelo  
Por ver si la estrujaría,  
Mas la sombra se tenía  
Sobre su faz como un velo:

Que en el lecho y en la mesa  
Y en la lid le acompañó  
Y cuando Fernán murió  
Se hundió con él en la huesa.

## El abad Duncanio

Ved cómo perdió su alma.

Mientras el siglo trece concluía  
Y sus alas ya lánguidas movía,  
En Liebenthál, que yace en la Silesia,  
Escombros se veían de una iglesia.  
La cruz ya no existía en su fachada  
De pardusco color, desmoronada,  
Y sus piedras saltaban con estruendo  
El tránsito a las gentes obstruyendo:  
De noche ni el pastor, ni el caminante  
Guiaban a este sitio el paso errante,  
Pues sentían pavor almas medrosas  
No sé por qué señales prodigiosas.  
Nosotros a contar vamos su historia  
Que antiguo cronicón dejó en memoria.

△▽

En el año de mil ciento y cincuenta  
Con ocho más, por completar la cuenta,  
Muy santamente en Liebenthál moraba  
Un abad que Duncanio se llamaba.  
Con tal fervor y celo dirigía  
Los súbditos o monjes que tenía,  
Que era la imagen de un pastor perfecto:  
Consolador, veraz, sincero y recto,  
Pronto a sacrificarse sin dar quejas  
Por el rebaño fiel de sus ovejas.  
Venían a su iglesia los devotos  
A rendir sus ofrendas y sus votos,  
A consultar sus dudas y sus males,  
A implorar los auxilios celestiales  
Y a recibir su bendición sagrada  
Con aquella humildad que a Dios agrada.  
De San Florencio honraban juntamente  
Las reliquias, guardadas ricamente  
En una caja de luciente plata  
Do sus primores el cincel retrata.  
Era tan grande, en fin, la concurrencia  
Que, por público bien y conveniencia,  
Fue preciso alzar tiendas y cabañas

Do gentes de regiones muy extrañas  
Descansasen de larga romería  
Alrededor del templo y abadía.

En una tarde de diciembre frío,  
Silbando el viento con sonoro brío,  
Después de los oficios, ya cansado  
Del trabajo apostólico y sagrado,  
El abad a su celda caminaba  
Para gozar la dulce paz que amaba,  
Cuando en la nave solitaria y triste  
Vio un peregrino que de negro viste.  
Este hombre negro que causaba espanto  
No quería salir del templo santo  
Por más que los conversos que asistían  
Arrancarle del sitio pretendían.  
Pretestaba tener un gran secreto  
Que fiar al Abad, varón discreto;  
Mas como demostraba el peregrino  
Ser un vasallo mísero y mezquino,  
Y abrazó una columna de la nave,  
Los conversos le hacían fuerza grave  
Y todos los esfuerzos fueron vanos  
Para desenganchar sus duras manos.  
Viendo tenacidad tan atrevida  
Y aquella resistencia desmedida,  
Dijo el Abad que libre le dejasen  
Y al instante a su celda le llevasen.

Luego que allí llegó, dijo el prelado  
Revistiendo su faz de un dulce agrado:  
-«Hablarme habéis pedido, hermano mío,  
¿Por qué no habéis usado el medio pío  
De santa confesión para escucharme  
Y todo vuestro afán comunicarme,  
Como suelen hacer los peregrinos  
Que se llegan aquí por mil caminos?»  
El hombre negro respondió al momento:  
-«Yo como hermano tuyo no me cuento:  
Yo nunca me confieso, y hago alarde,  
Nunca me dejo ver sino de tarde.»

-«Si es así -respondió Duncanio triste-,  
La piedad de mi Dios ya no te asiste:  
Te compadezco yo, no te maldigo;  
No te deseo mal, pero te digo  
Que delante de Dios no existe cosa  
Más indigna, más sucia y asquerosa  
Que un pecador que sigue impenitente  
Alzando altivo su execrable frente.»  
-«Yo no sé -le repuso el peregrino-,  
No puedo comprender y no adivino  
Lo que quieren decir las voces tales  
De bendecir y maldecir los males.  
Una palabra sé que es más hermosa,  
Reina de todas, grande, prodigiosa,  
Y es *poder* (posse). Si es de tu contento  
Te la puedo enseñar en un momento.»  
-«¿Y qué queréis decirme tan conciso?»  
-«Escucha, pues, Abad. ¿Será preciso  
Para que tú me entiendas claramente  
Que yo abandone el hábito aparente  
Y esta forma ridícula y humana?  
¿Que me muestre con pompa soberana  
Tal cual soy en mi reino y fortaleza,  
Con corona de rey en la cabeza,  
Alas en las espaldas anchurosas  
Y tridente en las manos vigorosas?»  
-«¿Qué me queréis decir con cosas tales?»  
-«Mira y contempla, pues, estas señales.»

.....  
En lugar del mendigo y peregrino  
Con su bordón y traje de camino,  
Vio el Abad ante sí con gran espanto  
Al príncipe del reino del quebranto,  
Al infernal espíritu de abismo  
Comparable en horror sólo a sí mismo.  
Su primer movimiento de impaciencia  
Fue apartar a Satán de su presencia  
Con un signo de cruz; la furia impía  
Deteniéndole el brazo le decía:  
-«¡Pobre Abad! ¿Qué has sacado hasta el presente  
De tu vida reclusa y penitente?

¿Y de domar tu carne contra el vicio  
Con tanto ayuno, privación, cilicio?  
¿De rogar a tu Dios, que es tan ingrato  
Que anhela sólo que te des mal rato?  
¿De tanto como niegas y te inclinas?  
¿De dar sangre a feroces disciplinas?  
¿Te ha servido, infeliz, lo que yo cuento  
De hacer algún milagro, algún portento?  
Muy al revés ha sido, temerario:  
Yo, que soy de tu culto el más contrario,  
Ha meses que en tu celda me mantengo  
Y bajo de tu cama abrigo tengo;  
Yo te inspiro continuas tentaciones,  
Deseos, apetitos, sugerencias;  
Interrumpo tu paz de noche y día  
Y retrato en tu ardiente fantasía  
Mujeres lindas y festivas danzas  
Que son cebo de dulces esperanzas.  
Eso en suma, Duncanio, te ha valido  
Tu fervor grande por tu Dios querido.  
Agora yo, por quien no has hecho nada,  
Te ofrezco facultad ilimitada  
De trastornar el curso y ligereza,  
Orden y fin de la naturaleza.  
Si me obedeces, a tu voz temida  
El mundo dará horrenda sacudida,  
Se abrirán las más hondas catacumbas,  
Los muertos hablarán desde sus tumbas,  
Se eclipsará la luz del firmamento,  
La luna vestirá color sangriento,  
Producirá sin fin la madre tierra  
Frutos de paz o chispas de la guerra  
Y el mar, las tempestades y los vientos  
Sumisos estarán a tus acentos.  
Más aún: los magnates y los reyes  
Recibirán tus órdenes y leyes,  
De un dulce amor infundirás las llamas  
Dentro del corazón de nobles damas  
Y los más orgullosos palaciegos  
De tu privanza se valdrán con ruegos.  
En los encuentros y famosas lides

Victorioso serás como un Alcides  
Y tu caballo con feroz dominio  
Do quier sembrará muerte y esterminio;  
Y no quiero interés, con él no cuento  
Para recompensar mi ofrecimiento.  
Creer no quieras que te pido el alma  
Como debido galardón y palma;  
Quiero sacarte de tan triste estado,  
Darte lugar sublime y elevado,  
Porque conozco en ti más grande aliento  
Que para regir frailes de un convento.»

Duncanio estaba atónito y pasmado  
Sin saber qué decir en tal cuidado.  
-«Toma -dijo Satán-, no estés inquieto,  
Toma este libro y usa su secreto:  
Tiene una virtud mágica que brilla;  
Deja ya tu sayal y tu capilla,  
Deja tristezas y fervor profundo  
Y conoce las glorias de este mundo.»  
Huyó el domonio al punto y el prelado  
Halló a sus pies un libro colorado.

¿Qué volumen sería aquel tan malo,  
Dado por el Infierno de regalo?  
Sin duda que aquel libro provendría  
De diabólica y negra librería.  
En sus páginas rojas e inflamadas  
Se verían blasfemias retratadas,  
Sarcasmos contra Dios, contra sus santos,  
Sortilegios y cifras con encantos.  
Estas ideas el Abad formaba  
Y de sus pies el libro retiraba:  
Mas poco a poco su pavor perdiendo  
Lo levantó del suelo y fue leyendo.  
Todos los caracteres se alumbraron,  
Todos como relámpagos brillaron  
Y así como Duncanio pronunciaba  
Sílabas de una magia que ignoraba  
Mil figuras fantásticas y extrañas,  
Formas desconocidas y alimañas



De su celda en los ámbitos bullían  
Y en la lisa pared aparecían  
Castillos encantados y armaduras,  
Y pajes, y soldados, y hermosuras,  
Combates y palacios de oro fino  
Y otras cosas que dijo el peregrino.

Unos genios después aparecieron  
Delante del Abad que le dijeron:  
-«Ordénanos, Duncanio, cuanto quieras;  
Prontos estamos todos. ¿A qué esperas?  
Con la menor señal o movimiento  
Indícanos no más tu ordenamiento  
Y verás cosas grandes, inauditas,  
Que historiador ninguno dejó escritas.»

El prelado, algún tanto satisfecho,  
Se dijo para sí: «Vamos al hecho.  
Una vez que del alma no aventuro  
La salud eternal y estoy seguro,  
Valgámonos del libro misterioso  
Para gloria del Todopoderoso;  
A Luzbel con sus armas persigamos  
Siendo buenas las cosas que ordenamos  
Y el padre de mentira y de pecado  
Vencido sea por el que es tentado.»

Luego que pensó así, con grande arrojo  
Abrió de par en par el libro rojo  
Y vuelto a los fantasmas y visiones  
Pronunció de tal modo sus razones:  
-«Espíritu de grandes edificios  
Que fabricando rindes tus servicios:  
En nombre del demonio que es tu dueño  
Ven a prestarme un pronto desempeño.»  
-«Aquí estoy -respondió un acento fiero-.  
Tus órdenes, Duncanio, sólo espero.»  
-«Acabe tu vigor y tu energía  
La imperfecta pared de la abadía  
Que no se concluyó, cual yo anhelaba,  
Porque nuestro dinero escaseaba.»

Se oyó al punto un estrépito sonoro  
De demonios cantando en grave coro  
Y todos levantaron raudo vuelo  
A trabajar con el mayor desvelo.  
El edificio apareció acabado,  
Muy sólido, vistoso y adornado  
De columnas de mármol y primores  
De ojivas con sus vidrios de colores,  
Y en la pared esta inscripción estaba  
Que con letras de adorno resaltaba:  
*De Duncanio a la voz omnipotente  
Se acabó este edificio sorprendente.*

La fama de tan célebre portento  
Corrió por toda Europa en un momento.  
Cual río caudaloso que avasalla  
Sin respetar obstáculos ni valla.  
Aclamado el Abad por hombre santo  
Se complacía y recreaba tanto,  
Que en su pecho nacieron vanidades  
Que dieron al través con sus bondades.  
Se llenó de soberbia y de locura,  
Principio que los males apresura  
Y si no le alababan con frecuencia  
Perdía de repente la paciencia.  
Por el contrario, si una dama altiva  
Con una esplendorosa comitiva  
O paladines nobles y afamados  
Con séquito de pajes y criados  
Venían a ofrecerle su respeto,  
Mostrábase muy plácido y discreto  
Y todos su sentidos y potencias  
Se bañaban en ámbar y esencias.  
Sin embargo, no osó ni por antojo  
Tocar alguna vez el libro rojo,  
Libro todo de magia, libro malo  
Que le envió el Infierno por regalo  
En el año de mil ciento y cincuenta  
Con ocho más, por completar la cuenta.

Brilló una luz en que un señor vecino,  
Por aumentar su rango y su destino  
O porque en tanta paz no halló provecho  
O por tener mal humorado el pecho,  
Pidió su casco y su trotón lozano,  
Armó de lanza su robusta mano,  
Llamó sus tropas y tenaz y terco  
A Liebenthál se vino a poner cerco.  
Según costumbre entonces practicada  
Tomó el Abad Duncanio su celada,  
Vistió una lucidísima armadura,  
Convocó sus mesnadas con premura  
Y se puso, exhortando a sus vasallos,  
Al frente de peones y caballos.  
Hicieron los sitiados su salida  
Y a pesar de su fuerte arremetida,  
Huían en desorden rechazados  
Sin oír a sus jefes esforzados,  
Cuando el Abad de su corcel se baja  
Y a todo fugitivo el paso ataja,  
Y haciendo de su espada noble alarde,  
«¡Muerte -gritó- al follón, muerte al cobarde!»  
Al choque se volvieron todos de una  
Y también fue contraria la fortuna.  
Acordóse el Abad desesperado  
Del poder de su libro colorado,  
Lo sacó de su seno y en voz alta  
Leyó una página sin falta.  
Con súbito pavor el enemigo  
En tierra inmóvil vino a dar consigo  
Y cual víctima triste y desgraciada  
De los de Liebenthál sufrió la espada.  
De Duncanio el milagro es conocido  
Y en carro de victoria es conducido  
A la ciudad, que le idolatra tanto:  
Es proclamado vencedor y santo.  
Fácil es conocer que en tal momento  
Llegó a ser el señor más opulento  
De todo aquel país que dominaba;  
La noble jerarquía le admiraba,  
Príncipes y magnates y señores

De su amistad buscaban los favores.  
Se rodeó de un lujo cortesano,  
A todos sus fervores dio de mano  
Y sin poner un dique a sus deseos  
Buscaba las delicias y recreos.  
No curó de homilías ni sermones,  
Corrió tras su apetito y sus pasiones  
Y cuando algún obstáculo veía  
Al libro colorado recurría.

Hora por hora sin perder camino.  
Quince años después que el peregrino  
Se había presentado en la abadía  
Con el rojo presente que traía,  
El Abad en su celda reposaba  
Y mil proyectos de ambición formaba,  
Cuando a un leve rumor se puso alerta,  
Pues oyó que llamaban a su puerta.  
-«¿Quién es? -gritó aturdido y asustado  
Y fuele respondido: -«Abrid, prelado.»  
-«¿Quién sois vos, que me habláis altivo y fiero?»  
-«La deuda de mi libro cobrar quiero.»  
-«¿Deuda del libro rojo? ¿En qué sentido?»  
-«Sí, Duncanio, tu plazo es ya cumplido;  
Sígueme, que llegó tu postrer día:  
Ya te debo contar por presa mía.»

Uñas descomunales le clavaba  
El peregrino negro y le arrastraba.  
El Abad se plañía en tal manera:  
-«Presa tuya no soy; espera, espera:  
Ningún pacto firmé con mi enemigo,  
Que el cielo bien lo sabe y es testigo.»  
-«Es verdad que no hay firma ni contrato;  
Mas, merced a mi libro y su aparato,  
Sin temor de peligro ni de males  
Te has tragado pecados capitales,  
Te has metido en el fango de placeres,  
Ciego con la pasión de las mujeres;  
Has manchado tu mano con venganza  
Y con sangre la punta de tu lanza

Y en la soberbia y vanidad me igualas,  
Aunque te falten mis terribles alas.  
Vamos a los infiernos.» Dicho y hecho:  
Clavándole las uñas en el pecho  
Se lo llevó como una paja leve  
Que al impulso del céfiro se mueve,  
Cayó fuego del cielo en la abadía  
Que con llama voraz la consumía:  
Hacinados quedaron sus escombros  
Sirviendo de pavores y de asombros  
Y demonios nocturnos se notaban  
Que en torno se mecían y bailaban.

△▽

## **Blanca de Borbón**

Y era blanca y rubia y de buen donaire y de buen seso.

*(Crónica del rey D. Pedro.)*

### I

Muy ronco silbaba el viento  
Contra torre gigantesca,  
Cual si todo el ornamento  
De su labor arabesca  
Diese voces de tormento.

△▽

Que si en plácida armonía  
Sus arpas eolias suena  
Céfiro de la alegría,  
Canta el aquilón su pena  
Que es el son de la agonía.

Es el soplo del invierno,  
Es el silbo del traidor,  
Voz del padecer eterno,  
La rabia del desamor  
Y el gemido del infierno.

Mas si sobre el cornisón  
Do nacen yerbas perdidas,

Callando su indignación  
Pliega el viento alas dormidas  
Que de escarcha y nieve son,

Óyese este triste acento  
De mujer allí encerrada,  
Como el ¡ay! de abatimiento  
Del náufrago en mar salada  
Que anuncia el postrer momento.

## II

El tálamo sin amor  
Es un lecho de cuidados  
Donde sufren su dolor  
Dos que fueron ayuntados  
Por un siervo del Señor.

En tan dura situación  
Vierten sobre su cadena  
Lágrimas con profusión;  
Mas son lágrimas de pena,  
No de mutua compasión.

Sin amor, son desventuras  
Los festines y conciertos  
Y luto las colgaduras  
Y sudario de los muertos  
Las nupciales vestiduras:

Es pésame el parabién  
Y hay un gusano traidor  
Que punza como el desdén  
Escondido en cada flor  
Que ciñe la fresca sien.

Vio la luz que al alba brilla  
Dos coronas en mi frente:  
De himeneo y de Castilla,  
Una de piedras de oriente,  
Otra del amor, sencilla.

Eran en extremo bellas;  
Un sol contempló las dos  
Y otro sol me vio sin ellas,  
Que fue voluntad de Dios  
O rigor de las estrellas

Tuve una rival dichosa:  
(Mucho alaban su embeleso);  
Tal vez la hizo más hermosa  
Del rey suspirado beso  
Que no mereció su esposa.

Con ser padres de la grey  
Mal, los preladados, fallasteis;  
Que contra la santa ley  
Nuestros lazos anulasteis  
Por un vil temor al rey.

Porque no debe el temor  
Del palaciego venal  
Buscar asilo interior  
Bajo el rico pectoral  
De un obispo, de un pastor.

Si tuerce amor desreglado  
Regio cetro alguna vez,  
Jamás ministro sagrado  
Por pasión o timidez  
Tuerza el báculo dorado.

Esto se oyó del lamento,  
Pues cansado de dormir  
Sus alas agitó el viento  
Que sordo empezó a mugir.

Después nada se escuchaba,  
Pues fue muerta en su prisión  
La hermosura que lloraba,  
Que era Blanca de Borbón.



## Enrique III

### I

#### EL GABÁN



A Burgos la de las torres,  
La de ayunques y martillos,  
Cuyas fraguas encendidas  
Son resuellos del abismo,  
Fatigado de la caza  
Dirige el corcel altivo  
Don Enrique de Castilla  
Triste asaz y dolorido  
Que los grandes de su corte  
Con galas y con anillos  
Mal enristrarán la lanza  
Contra moros granadinos.  
Entregados están todos  
A las zambras y amoríos  
Y más aptos a danzar  
Que a vencer al enemigo.  
A músicas avezados  
Y de púrpura vestidos  
Respiran en el placer  
Frescas auras del cariño.  
Bajo sus dorados techos  
Todo es profusión y brillo:  
Cruzan pajes y hermosuras,  
Suenan arpas, suenan himnos;  
Y mientras parte el pechero  
Negro pan para sus hijos  
Y no puede darles pan  
Siempre que oye sus gemidos,  
En un festejo de amor  
Por vanidad o capricho  
La dote de una princesa  
Gasta el infanzón que es rico.  
Enrique en tan tristes penas  
Cavalgaba sumergido  
Sin hallar solaz al duelo



Y en tanto llegó al castillo.  
Después de un reposo leve  
Sentarse a la mesa quiso:  
Presentóse el dispensero  
Y al Rey de Castilla dijo:  
-«Perdonad; no hay qué comer,  
Porque en vuestro domicilio  
Ni hay blanca para comprar  
Ni recado prevenido.»  
Fingió no alterarse el Rey,  
Y puestos los ojos vivos  
En el pomo de la espada  
Parecía entretenido.  
De este modo cubre el mar  
Con espuma sus vajíos,  
Su fuego el volcán con nieve,  
Su flecha el amor con mimos.  
-«Bien -le respondió el Monarca-;  
Pobre cetro me ha cabido:  
Id, empeñad mi gabán  
Y cumplid con vuestro oficio.»

## II

### EL CONVITE

En magníficos salones  
De damascos guarnecidos,  
Sobre alfombras matizadas  
Con primores exquisitos,  
Marchan nobles y señores,  
Paladines y homes-ricos  
Cubiertos de grana y seda  
Con honrosos distintivos:  
Mil bujías a la vez  
Despiden hermoso brillo  
Y reflejan en el oro  
De las galas y vestidos.  
En un ambiente de rosa  
Que no inflaman los suspiros,  
Revolaban los placeres  
Mofándose del hastío.  
Presidía a los magnates

De Toledo el arzobispo  
Poco humilde por pastor,  
Como cortesano, fino.  
Los manjares suculentos,  
Blanco pan en canastillos  
Y el aroma y el vigor  
De los potenciosos vinos  
Desterraban la tristeza  
De aquel encantado sitio  
Donde las fugaces horas  
Deslizaban en olvido.  
Disfrazado entre los pajes  
Entró el Rey, vio el regocijo  
Y los cánticos de amor  
Sonaron en sus oídos.  
Acordóse del gabán,  
Fuese, y entre dientes dijo:  
«Yo convertiré en dolores  
Vuestros gozos desmedidos.»

### III

#### EL VERDUGO

Cuando tiende la mañana  
Sus cabellos con anillos  
En que los diamantes son  
Leves gotas de rocío  
Llama el Rey a los señores  
A la sala del castillo,  
Pues finge que está doliente  
Y que hablarles es preciso.  
Congregados los magnates  
Entra Enrique en aquel sitio  
Y desnudando el acero  
Preguntaba al arzobispo:  
-«¿Cuántos reyes poderosos  
Habéis en Castilla visto?»  
-«Tres, señor: a vuestro abuelo,  
A vuestro padre, a vos mismo.»  
-«Pues yo -replicó el Monarca-  
Joven soy y he conocido  
Tantos reyes cuantos grandes

Estoy viendo al lado mío;  
Pero caerán las cañas  
A impulso del viento altivo  
Que locuaces y sonoras  
Las hicieron más benigno.»  
A una seña del Monarca  
Soldados apercebidos,  
Verdugo, tajo y cuchilla  
Viéronse entrar de improviso.  
Horrorizados los grandes  
Imploraron con gemidos  
El perdón y la clemencia...  
-«Os perdono -el Rey les dijo-;  
Pero entregaréis al punto  
Fortalezas y castillos  
Que habéis usurpado a Nos  
Con engaños y artificios.»

△▽

## **Las tranzaderas**

### Romance

A Madrid da diversión  
El rey don Juan y contento  
Con la festiva ocasión  
De tomar el regimiento  
De Castilla y de León.

△▽

Concede cargos y empleos,  
Regala exquisitos dones,  
Tiene justas y torneos,  
Cabalgadas y paseos,  
Músicas y colaciones.

Del palenque en los confines  
Se anuncia y se preconiza  
Al son de rancos clarines  
La noble y heroica liza  
Que tendrán los paladines.

Bajo dosel, rico puesto

Guarnido de ricos paños  
Ocupa el rey, que es dispuesto  
Y en la flor de verdes años,  
Blanco, rubio y de buen gesto.

De ámbar lleva rica cuera  
Sobre jubón carmesí  
Y un manto que reverbera  
La luz del sol hechicera  
Con esmeralda y rubí.

Déjase ver ataviado  
Cercano a la regia silla  
López de Avalos, llamado  
Por su natural agrado  
Buen condestable en Castilla.

Por ser también allegados  
Vense allí con su señor  
Caballeros muy honrados  
Y el almirante mayor  
Con los cuatro adelantados.

Mas don Álvaro de Luna,  
Cabalgador y bracero,  
Cuya privanza y fortuna  
Siendo novel caballero  
No iguala persona alguna,

No sigue al Rey cual solía;  
No por perder su favor,  
Sino que por alegría  
Quiso ser mantenedor  
De la justa de este día.

Es de ver aquel estrado  
Con graciosos miradores  
Do la reina se ha sentado  
Sobre paños de brocado  
Para respirar amores.

Y son tantos los diamantes  
Puestos en su crencha blonda  
Y en sus vestidos joyantes,  
Cuantos dieron siglos antes  
Los mineros de Golconda.

La cercan muchas doncellas  
De noble alcornia nacidas  
Que son en extremo bellas,  
Bien tocadas, bien prendidas,  
Bien amadas todas ellas.

Hablan en voz de secreto  
Del que mantiene la justa,  
Pues en todo es tan perfeto  
Que a todas las damas gusta  
Por gracioso y por discreto.

Es cortés, bien razonado  
Y aunque no alto de persona,  
Bien apuesto y ajustado;  
Y, como su rey, blasona  
De docto en decir rimado.

Montero de tal manera,  
Que de su astucia sutil  
Nunca se ha visto la fiera  
Ni segura en la carrera,  
Ni segura en el cubil.

Sobre un alazán brioso  
Que luce sus escarceos  
Muéstrase en el ancho coso  
Para calmar los deseos  
Del concurso numeroso.

Baten los helados vientos  
Su plumaje azul turquí,  
Tan nobles son sus intentos  
Como ricos muestra aquí  
Yelmo, escudo y paramentos.

Por joya de su adorada  
Lleva lindas tranzaderas  
De oro y seda delicada,  
Que pueden ser las primeras  
Por su labor extremada.

Por la espalda airosa y suelta  
Con amor las ha ceñido  
Y cual talismán querido  
Por encima de la vuelta  
Del escudo muy febrido.

Mide el palenque al momento,  
Se alza la visera dura,  
Detiene el corcel violento  
Y a don Juan hace medida  
Y a la reina acatamiento.

Álzanse por más favor  
Sin poderse contener  
Para mirarle mejor  
Y para corresponder  
La reina y damas de honor.

Mas como él siempre persiga  
Con miradas lisonjeras  
A Inés de Torres su amiga,  
Ya no hay dueña que no diga  
Que ella dio las tranzaderas.

En un tordo muy ligero  
De hermosa cerviz y vela,  
Cabalga un aventurero  
Gran justador y puntero  
Por la dilatada tela.

Es Juan Álvarez de Osorio,  
Rival en tiernos amores  
Del de Luna y es notorio  
Que, aunque de ilustre abolorio,

Sufre desdén y rigores.

Los ministriles sonaron  
Y los dos que competían  
La carrera prepararon,  
Que sed de venganza habían,  
Pues ambos a Inés amaron.

El encuentro fue muy rudo:  
Los dos quebraron su lanza  
Contra el enemigo escudo  
Dejando en el trance crudo  
Muy dudosa la pujanza.

Al choque volvieron de una:  
Dio Osorio tan bajo el bote,  
Por ser mala su fortuna,  
Que el hierro raspó el quijote  
De don Álvaro de Luna.

Don Álvaro, más mañero,  
Lo encontró por la bavera;  
Respingó el tordo ligero  
Y alzóse de tal manera,  
Que dio en tierra el caballero.

Sobre el de Luna al momento  
Vierten rosas y jazmín  
Las hermosas con contento,  
Porque trajo tan buen tiento  
Y anduvo buen paladín.

El Rey, en tanta alegría,  
Diole una ropa chapada  
Que treinta marcos tenía  
De preciosa orfebrería,  
Toda en martas aforrada.

La Reina, que se admiró  
De su esfuerzo y buen talante,  
Con placer le regaló

De sus dedos un diamante  
Que en mil doblas se estimó.

Quien mira el rostro de Inés,  
Que su amada dicha toca,  
Conoce cuán feliz es,  
Pero la fortuna loca  
Quita, da, pone al revés.

Logra entrar a la sazón  
En la liza que le espera  
Un apuesto campeón:  
Gonzalo de Cuadros era  
El muy garrido infanzón,

Que al ver al mantenedor  
Tan grande en el valimiento,  
Tan sublime en el favor,  
Así fabló en bajo acento  
Puesto freno a su furor:

-«Tú tendrás lo que no esperas...  
»Luna llena, menguarás...  
»Y antes de dar dos carreras  
»Con tu sangre mojarás  
»Las hermosas tranzaderas.

»Tú no cesas de preciarte  
»Con arrogancia indiscreta  
»De noble, sin acordarte  
»De la humilde y baja parte  
»De tu madre la Cañeta.»

Fue la carrera muy lista:  
Don Álvaro no encontró;  
Mas del yelmo por la vista  
Gonzalo Cuadros le dio  
Bote tal, que Dios le asista.

El roquete de la lanza  
Abrió la vista, encontróle



En la frente y con pujanza  
Todo el casco quebrantóle  
Por la parte que le alcanza.

Tanta sangre le salía  
Que daba grima mirallo:  
Las sobrevivistas teñía,  
Tranzaderas y caballo:  
Que a caballo se tenía.

Del alazán lo bajaron  
Los pajes con gran premura,  
Del yelmo lo despojaron  
Y en andas se lo llevaron  
Para facerle la cura.

Causaba luto el gemido  
De las dueñas y doncellas:  
Con un eco dolorido  
Le plañían todas ellas  
Viéndole tan mal ferido.

Por la herida en parte tal  
Que ha padecido el de Luna  
Juró Inés llorando el mal,  
No comer cabeza alguna  
De ave, pez u otro animal.

Se alzó el Rey entristecido  
Y dijo a los de su lado:  
-«Las fiestas han concluido:  
»No hay nada que me dé agrado

»Si está enfermo mi valido.»

△

## Isaura

Cómo entra amor en el alma  
Es verdad que no se sabe,

Pero ello es que él tiene llave  
Para abrir el corazón;  
Y una palabra, un suspiro,  
Dicha, o exhalado apenas,  
Son a veces las cadenas  
Con que ata nuestra razón.

ZORRILLA

△▽

Armida la encantadora,  
Cuando en una nube vaga  
Al guerrero arrebató  
Cuyo amor la desvelaba  
Dejándolo en las florestas  
De las islas Fortunadas  
Do gozase de las rosas  
Líquido rocío y ámbar,  
Tan bella no aparecía  
Como la inocente Isaura  
Cuando quince primaveras  
Eran tipo de sus gracias.  
Del ósculo de su madre  
La privó la muerte avara  
Y en esta memoria triste  
Fija siempre tiene el alma:  
Así su corola inclina  
El opio de la Tebaida  
Y vierte en el suelo gotas  
Soporíferas y amargas.  
¿Será que el amor travieso  
De su sueño la distraiga?  
¿Penetrar podrá el rapaz  
El castillo que la guarda?  
¿Burlar a una dueña esquiva  
Que do quiera la acompaña  
Sin que su monjil y tocas  
Hielen sus lucientes alas?  
¿Penetrar por los rastrillos  
Y saltar fosos y vallas  
Sin que escuche el centinela  
Sonar flechas en su aljaba?  
Era el tiempo en que los hombres  
Corrían a las batallas  
A trabar un rudo encuentro

Por su Dios y por su dama.  
La voz del honor seguían  
Sirviéndoles sus amadas  
Los cascos y los escudos  
Y la ponderosa lanza.  
Sobre rápidos corceles  
Las riendas de oro flotaban,  
Las lizas de los torneos  
Se abrían a la esperanza  
Y los motes y divisas,  
Los arreos y las armas  
Eran el hermoso asunto  
De los ecos de la fama.  
El conde Ildebrán, el padre  
De la bella mencionada,  
Tenía por norte y ley  
La caballerescas usanza.  
Se batía con valor  
Y muy diestro cabalgaba  
Jinete en entrambas sillas,  
Rico en armadura y galas.  
Seis leguas solía hacer  
Por ver la risueña cara  
De Matilde, dulce imán  
De sus venturosas ansias.  
Por besar de esa señora  
La mano bruñida y blanca,  
Por reclinar en sus brazos  
Su cabeza ya cansada  
No temía el caballero  
Los peligros y distancias,  
Que por eso amor se pinta  
Con plumas que al viento igualan.  
Una lección de alfabeto  
Su querida le enseñaba  
Y después, dando a su voz  
Inflexiones siempre blandas,  
Un párrafo le leía  
De la obligación sagrada  
Que tienen los adalides  
Con el dios de las armadas,

Con su natural país  
Y con las hermosas que aman,  
Dándole mil documentos  
Con que el honor se amuralla.  
Apreciando estos favores  
Cual no merecida gracia  
El Conde a su fortaleza  
Su corcel encaminaba,  
Viéndose obligado a veces  
A trabar peleas bravas  
Contra algunos malandrines  
Que ofendían con palabras  
La vejez de un sacerdote  
Sin respeto a tales canas,  
Sin respeto al ministerio  
Que a los ángeles le iguala:  
O contra un raptor osado  
Que doncellas arrebatara  
O que ofende el pundonor  
De dueñas bien educadas:  
O contra un rústico torpe  
Que a pronunciar se adelanta  
El nombre de su Matilde  
Sin respeto y sin templanza.

Apenas en su castillo  
Ponía Ildebrán la planta  
Al retrete se subía  
De la cariñosa Isaura;  
Si algún adalid vecino  
Durante su ausencia larga  
Se mostró en hostilidad  
Solícito preguntaba:  
Si atacó la fortaleza  
O si meditó emboscadas  
O si al honor de su hija  
Se pusieron asechanzas.  
Tranquilo sobre estos puntos,  
De doña Sol, dueña y aya  
De la tímida doncella,  
Cautamente se informaba  
Si su alumna en sus estudios

Adquiría más ventajas;  
Si era dócil y virtuosa  
Sin deslices y sin faltas.  
Doña Sol con aire docto  
Minuciosa cuenta daba  
Y hacía que repitiese  
Su alumna lecciones sabias  
Y preceptos de virtud,  
Devociones y plegarias,  
Que las aprendió de coro  
Y era grato el escucharlas.  
El Conde salía luego  
A recorrer sus murallas,  
A poner sus centinelas  
En erguidas atalayas  
Y mandando alzar el puente  
Y rezando con voz baja  
Devociones a mil santos,  
Se hundía en su muelle cama.

Cuando había caballeros  
Hubo también trovadores,  
Errantes cual los primeros,  
Que cantaban sus amores,

Pedían el hospedaje  
En palacios y jardines  
Por descansar del viaje  
Desde remotos confines

Y la virgen hechicera  
Contemplaba entusiasmada  
O su larga cabellera  
O el arpa toda dorada.

Al eco y a la dulzura  
De aquel armonioso son  
Filtraba en el corazón  
La imagen de la ventura

Y el alma se adormecía

Y al placer no se negaba  
Y era un dios el que cantaba  
Y una diosa la que oía;

Y el discípulo de Homero  
Se llevaba al retirarse  
Memorias de amor sincero,  
Favores de que acordarse

O a lo menos una flor  
Que dijese al manso viento:  
«Yo con mi dicho olor  
Indico agradecimiento.»

Dice el viejo pergamino  
Que yo leo con afán  
Que al castillo de Ildebrán  
Arribó un Bardo divino

Que, obsequiado por el dueño  
Con festines y con dones,  
Entonó tiernas canciones  
Con agradecido empeño;

Que Isaura se complacía  
En sus trovas dulcemente  
Y todas las aprendía  
Y entre todas la siguiente:

#### TROVA

-Madre mía, soy ingrata.  
¿Me diréis si un desdén mata  
Como rayo vengador?  
¿Si es tan recio ese cuidado  
Que un mancebo desdeñado  
Se puede morir de amor?  
-Hija mía: si Dios quiere  
Morirá; mas nadie muere  
De ese mal que sepa yo.

-Madre mía, en bosque umbroso

Me dijo un doncel hermoso:  
«Tú me hieres con rigor,  
Tus gracias son seductoras,  
Mas yo lloro y tú no lloras,  
Yo me moriré de amor.»  
-Hija mía, ése pondera.  
¡Ah! No temas que se muera  
De ese mal; no temas, no.

-Madre mía, él está triste;  
Solo en este mundo existe  
Mustio ya como una flor:  
¿Quién sabe si por castigo  
Tendré el mismo mal conmigo  
Y me moriré de amor?  
-Hija mía, escucha, espera:  
Si ves que su fe es sincera  
Cásate con él, por Dios.

El último verso había  
Conmovido a la hermosura  
Y el alma lo retenía  
Como prenda de ventura,

Que a veces suele el sonido  
De una sentida canción  
Penetrando en el oído  
Descender al corazón.

¿De quién es la voz sonora  
Que inspira tan dulce afán?  
Nos basta saber agora  
Que el cantor se llama Isván,

Que es joven amable y bello,  
Que inspira violenta llama,  
Que el oro de su cabello  
Por sus hombros se derrama.

Que es lánguido su mirar  
Y el párpado soñoliento

Sigue el compás breve o lento  
Y sube o baja al cantar;

Que nunca lo pudo ver  
Y nunca pudo escucharle  
Sin temblor una mujer  
Y un hombre sin envidiarle

Y, en fin, que cuando partió  
Tan ligero como el aura  
Un corazón se llevó  
Y era el corazón de Isaura.

Con sus escarchadas alas  
Pasó el tiempo que no es tardo  
Y olvidáronse del Bardo  
El Conde y la dueña Sol;  
Mas no se olvidó la bella,  
Que en el alma lo tenía  
Al morir la luz del día  
Y al mostrarse su arrebol.

De noche su imagen pura  
Revolaba par del lecho  
Cubriendo su blanco pecho  
Con magnífico cendal  
Cuyos pliegues, ondulantes  
Como nieve desprendida,  
Besaban de la dormida  
El mullido cabezal.

Al roce de aquella gasa  
La niña en su afán incierta  
Sacaba de la cubierta  
Brazos y seno gentil  
Y dejaba ver dos globos  
Que a distancia igual subidos  
Eran blancos y bruñidos  
Como el índico marfil.

Más abajo entre la holanda



Asomaba un pie nevado  
Tan pequeño y torneado  
Que era difícil juzgar  
Cómo sostener pudiera  
La base tan reducida  
A una virgen tan crecida  
Al ponerse a caminar.

Entre sueños murmuraba:  
«Ven, oh gloria de mis penas,  
Que es mi cama de azucenas  
Y te guardo yo un placer.»  
Mas la imagen como el humo  
Sus contornos deshacía  
Y en vagas olas huía  
Sin quererse detener.

No así huyera el cantor triste  
Que suspira sin remedio  
Y pensando está algún medio  
De aliviar su corazón,  
De ver la dorada estrella  
Que con su luciente llama  
En su horizonte derrama  
Las dichas que gratas son.

Sabe que es de vista escasa  
Doña Sol: sabe por dónde,  
Cómo y cuándo marcha el Conde  
A buscar su dulce imán  
Y por hablillas del vulgo  
Conoce sin perder tilde  
Los amores de Matilde,  
Que a vela y a remo van.

Transfigúrase en villano  
Con muy prudente consejo,  
Remedando en todo a un viejo  
En porte y en languidez;  
De frutas lleva un canasto  
Y a más en su seno mete

Un papel, que es un billete  
Que ha de entregar a su vez.

Estando el señor ausente  
Se introduce en el castillo  
Armado del canastillo  
Que se brinda al paladar:  
Todo sale a maravilla:  
Isaura en el mismo instante  
Reconoce a Isván su amante  
Bajo el traje irregular.

La dueña no advierte nada,  
Mas según costumbre antigua  
Refunfuña la estantigua,  
Que es de ingrata condición:  
Quiso Dios que al ver las frutas  
Se calmaron sus enojos  
Comiéndose con los ojos  
La bendita provisión.

¡Oh imperiosa golosina!  
¡Tentación almibarada!  
Tu ley no respeta nada,  
Dominas a la mujer:  
¿Dó hallaremos una vieja  
Cuya descarnada boca  
Cuando un dulce en ella toca  
No sonría con placer?

«¡Ricas peras! exclamaba:  
Muy hermosas a fe mía;  
Serán como la ambrosía  
Y más dulces que la miel:  
¿Quién me negará por necio  
Que desluce esa manzana  
La viveza de la grana  
Y las tintas del clavel?

¡Ah, buen viejo! mi amo el Conde  
Vive sin gusto... es seguro...

La doctrina de Epicuro  
No hace mella en tal señor.  
De los dones de Pomona  
Descuidado está por cierto:  
Cerezas tiene en el huerto  
De malísimo sabor.»  
-«Tomad, dice el disfrazado,  
Que os las rindo muy de veras.»  
La vieja tomaba peras  
Con mucha jovialidad;  
La joven tomó el billete,  
Diciendo después ufana:  
«Me guardaré esta manzana,  
Porque me gusta, en verdad.»

Doña Sol dijo al villano:  
-«¿Qué se os debe por la fruta?»  
-«En materia diminuta,  
Nada, nada, respondió;  
Es un don de mi cosecha  
Rústico, pobre y sencillo:  
Si queréis el canastillo  
También os lo ofrezco yo.»

Dióle el aya unas monedas,  
Mas la virgen adorada  
Le regaló una mirada  
Que tan dulce le será  
Como la del primer ángel  
Del sueño y de los amores  
Sobre las primeras flores  
Que nacer hizo Jehová.

Por fin se retira el hombre...  
La dueña busca un armario  
En un puesto solitario  
Do pone la provisión,  
Se cala los anteojos  
Y solícita y atenta  
Peras y manzanas cuenta  
Con grata satisfacción.

En tanto el billete amado  
Que ya por abrir se afana  
De pechos a una ventana  
Isaura leyendo está:  
Tan tierno es su contenido  
Que la exalta y embelesa  
Y con mágica sorpresa  
Besos mil y mil le da.

¡Qué ternura! ¡Qué cariño!  
¡Qué sentidas expresiones!  
¡Y qué fuerza en las razones!  
¡Qué aromado está el papel!  
Quien escribe tales cosas,  
Quien así pinta su llama  
No hay duda que adora y ama  
Noble, comedido y fiel.

Una cita se le pide:  
¡Gran Dios! ¡si supiese el conde  
Los secretos que ella esconde!  
Tiembra toda la infeliz:  
En una mazmorra oscura  
Y sobre la tierra fría  
Sin mirar la luz del día  
Pagaría su deslíz.

Su padre el amor le pinta  
Como un mar de escollos lleno,  
Como un pérfido veneno  
Que destroza el corazón,  
Como un áspid enconado  
Que pica con inclemencia  
Y acibara la existencia  
Y perturba la razón.

Matilde también por cartas  
La inculca, porque se asombre,  
Que los halagos del hombre  
Son los lloros del caimán;

Que hay mancebos libertinos  
Que buscan en las mujeres  
La espuma de los placeres  
Y las dejan y se van.

Mas ¡ah! cuando el alma siente  
De un volcán la ardiente pira,  
Cuando el corazón suspira  
Y es verdad la edad también  
¿Qué fuerza tendrá un consejo  
Que de sabio forma alarde,  
Cuando siempre llega tarde  
O tarde y nunca más bien?

Húndese en el mar la luz  
Y vuelve a nacer la aurora,  
Pasa un día y otro día  
Y vuelan las negras sombras  
Sin que tenga el trovador  
En sus penas y congojas  
Vislumbres de una esperanza,  
Noticias de la que adora.  
Por milicia el amor tengo  
Aunque son sus guerras otras,  
Diferentes sus ardidés,  
Sus hazañas y sus glorias.  
Se rinde para vencer,  
Halaga cuando provoca,  
Rechazado no desiste,  
Con rogar halla victoria  
Y son de tal condición  
Sus retos y lides todas  
Que el vencedor y el vencido  
Los mismos laureles logran.

Mas, en cambio, tiene afanes  
Y vigiliás y zozobras  
Y lo roen las sospechas  
Y los celos lo devoran  
Y quien busca en él quietud  
Alienta esperanzas locas,

Que es océano profundo  
Que da turbulentas ondas.

Declinaba ya la tarde  
Plegando su tren de rosa  
Como virgen que descíñe  
Los vestidos de su boda  
Cuando Isván, junto al castillo  
Repasando sus memorias,  
Gozaba el amable aliento  
De las auras bulliciosas.  
Miraba la fortaleza  
Gigante de antiguas formas,  
Cárcel que en su seno esconde  
Su tesoro y se lo roba.  
Lleva consigo un billete  
Y abismado reflexiona  
Cómo lo podrá poner  
En manos de su señora.  
La primera vez la suerte  
A su plan rindió coronas,  
Mas dos veces no es prudencia  
Poner un ardid por obra,  
Que si su barquilla débil  
Un duro peñasco topa  
Dejar puede en escarmiento  
Sus remos y tablas rotas.

Escuchando a sus espaldas  
Confusión y voces broncas  
Vuelve el rostro y ve una lucha  
Que le deja el alma absorta.  
Contra tres bandidos fieros  
El conde defensa toma  
Y esgrime su aguda espada  
Que es un rayo de Belona.  
Cual león que ve pacer  
De gacelas leve tropa  
Erizando su melena  
Y abriendo terrible boca  
Sus labios que están sedientos

Lame con la lengua roja,  
Como que ya paladea  
La sangre que aún no brota  
Y ruge y se lanza luego,  
Hiere, divide y destroza,  
Así el conde a los ladrones  
Con gran ímpetu se arroja.  
Huyeron los foragidos  
Maltratados y en derrota  
Sufriendo unas cuchilladas  
Que pasaban de la ropa  
Y al acercarse el cantor  
Vio que el conde se incomoda  
Porque mientras en la lid  
Con ardiente afán se engolfa,  
La carta se le perdió  
De Matilde su señora  
Para Isaura, en la que inculca  
Máximas de moral doctas.  
En el campo de batalla  
Entre unas malezas toscas  
El Bardo encontró la carta,  
Y como no se le ignora  
Que el Conde leer no sabe,  
Escondérsela le importa  
Y en vez de la de Matilde  
La entrega la suya propia.  
Ildebrán le da las gracias  
Y así que algo se recobra  
Del furor y la inquietud  
De aquella refriega odiosa  
Cabalga con noble brío,  
Riendas al corcel afloja,  
Pasa el puente y los umbrales  
De su fortaleza toca.  
Se alivia de la armadura,  
Deja el casco y las manoplas  
Y la malla guarnecida  
De las aceradas hojas  
Y llamando a su hija bella  
Que acude a sus voces pronta,

Del cantor le da el billete  
Sin saber que se equivoca.  
«Recibe (dijo) esa carta  
Que es una preciosa joya  
Y acata la diestra mano  
Que tales renglones forma:  
Haz lo que se dice en ella  
Sin perder tilde ni coma,  
Que es tu padre quien lo manda  
Y con su mandato sobra.»

Abriendo el billete Isaura  
Duda y se conmueve y nota  
Que la carta es de su amante,  
Que contiene lindas trovas  
Y que exige muy de veras  
Una cita perentoria  
En aquella misma noche  
Cuando avance más sus horas,  
Dándole cumplido aviso  
Del modo con que mañosa  
Procurar debe a su amante  
Cumplimiento de sus glorias.  
Mas, ¿cómo por mensajero  
A su mismo padre toma?...  
¿Qué misterio aquí se oculta?  
¿Quién entiende tales cosas?  
¿Qué ha de hacer? Su corazón  
Por la cita sólo aboga  
Y dan peso aquellas voces  
Que vienen a su memoria:  
«Recibe esta carta, Isaura,  
Que es una preciosa joya  
Y acata la diestra mano  
Que tales renglones forma:  
Haz lo que se dice en ella  
Sin perder tilde ni coma,  
Que es tu padre quien lo manda  
Y con su mandato sobra.»

Avanzada, noche, vas



Desprendiendo de tu manto  
Sueños de gracioso encanto  
Que pronto nos robarás

Y andas demasiado clara,  
Luna, que en tu cielo subes  
Sin una gasa de nubes  
Que cubra tu limpia cara.

Si supieras, astro hermoso,  
Que ofende tu claridad.  
No lucieras en verdad  
Con rayo tan poderoso,

Sino que, como Vestal  
Que ni ríe ni se alegra,  
Cubrieras con ropa negra  
Tu figura angelical.

Son críticos los instantes  
Y más que tu luz que asombra  
Apetecen dos amantes  
Soledad, misterio y sombra.

Acuérdate, desdeñosa,  
Si es que tienes corazón,  
De la gruta de Endimión  
Y del lecho en que reposa

Y dejando el cielo a oscuras  
Bájate a mostrarle, ingrata,  
Tu seno de limpia plata  
Todo henchido de ternuras.

La campana del castillo  
Da las doce lentamente,  
Tiembla el corazón sencillo  
De la doncella inocente.

Y aquel prolongado son  
En las auras, de improviso

Resuena en su corazón  
Como una señal y aviso.

Duerme el conde sin afán  
En las horas tan tranquilas,  
De doña Sol las pupilas  
Cerradas también están:

Buenos sueños les asistan  
En el lecho bien mullido:  
Centinelas hay, más distan  
Del lugar que se ha escogido.

En el patio dos alanos,  
Fieros como dos leones  
De desiertos africanos,  
Ladran con interrupciones;

Mas aunque su voz no calla,  
Nunca pueden penetrar  
El lado de la muralla  
Por donde se puede entrar

De Isaura en la habitación  
Sin tener sus duros dientes  
Y sus garras inclementes  
Que rasgan sin compasión.

La noche está muy serena,  
Reina paz en la campiña,  
Mas tiembla la pobre niña  
Que asoma por una almena:

Aunque está el apartamiento  
De Ildebrán de allí distante,  
Palidece su semblante,  
Se hiela su atrevimiento:

Teme sin duda ninguna  
Ser vista y se desespera  
Y se ofende por la luna

Que tanto brilló en la esfera.

Mas ya ve que por consuelo  
Alguno de los querubes  
Tendió sobre el astro un velo  
De muy apiñadas nubes:

Tímido su pie resbala,  
Esfuézase y en seguida  
Colgando dejó la escala  
Que llevaba prevenida

Atándola de tal suerte  
Que estar bien segura pudo,  
Pues para tenerla fuerte  
Tres veces apretó el ñudo.

Oprimido tiene el pecho,  
Retírase a su morada  
Que dista muy corto trecho,  
Deja la puerta entornada

Y al resplandor vacilante  
De una lámpara que brilla,  
Dobla en tierra la rodilla  
Y alza al cielo su semblante.

De la torrecilla al pie  
Lleno el pecho de esperanza  
El fiel trovador avanza  
Y a un rayo de claridad  
Ve que descendió la escala,  
Mas ¡ay! toda se despliega,  
Pero a su mano no llega  
Porque es corta en realidad.

Su dolor crece de punto  
Pues no hay árbol do empinarse  
Ni grieta donde apoyarse  
En el liso paredón  
Y en vano pretendería

Hombre de más estatura  
Asir la cuerda segura  
Por el primer escalón.

Además aquellas nubes  
Que a la luna se acercaban  
Su luz de eclipsar acaban  
Y el cielo llenando van,  
Ensanchan sus negros flancos  
Y recientan con el trueno  
Las preñeces de su seno  
Que son todas de volcán.

Gruesas gotas se desprenden  
Y el aire con viva llama  
Cada punto más se inflama,  
Como si un genio traidor  
Dando fuego a muchas minas  
Y máquinas infernales,  
Asustase a los mortales  
Por permiso del Señor.

Despertando con los truenos  
Sale el conde de su abrigo,  
Pues teme que su enemigo  
Que mora en su vecindad  
Y es el conde don Gofredo,  
Para sorprenderle salga  
Y con astucia se valga  
De la recia tempestad.

Teme que sus centinelas  
Con la tormenta maldita  
Se encierren en su garita  
Y que se duerman tal vez,  
Toma su lanzón pesado  
Y acude a rondar el fuerte  
Por si algún descuido advierte  
Que ofenda su rigidez.

El primer punto dó acude,

La muralla que visita,  
Es donde se da la cita,  
Punto que eligió el amor:  
De un relámpago al destello  
Un ¡ay! de sorpresa exhala  
Porque ve puesta una escala  
Que es causa de su estupor.

Quiso dar la voz de alarma,  
Pero la escala a su alcance  
Revela de amor un lance  
Vista su fragilidad;  
No es propia de ardid de guerra,  
Por lo tanto en torno mira  
Y esperando se retira  
Metido en la oscuridad.

Bien pronto salió de duda,  
Pues amor irresistible  
Se ríe de lo imposible  
Conociendo su poder;  
Como base de sus plantas  
Piedras el cantor poniendo  
Por la escala va subiendo  
En busca de su placer.

¿Qué escena no vio el castillo?  
Isván en su feble asiento  
Balancea con el viento  
Que muge como Satán:  
Con los ojos encendidos  
Como líbica pantera  
Con duro lanzón le espera  
Recatándose Ildebrán.

Este cuando el Bardo salta  
Con ímpetu a herirle viene,  
Mas su brazo se detiene,  
Se suspende su furor;  
Quiere ver hasta qué extremo  
Cómplice su Isaura sea

Y a dónde va y qué desea  
El intrépido amator.

Le sigue hasta el aposento  
De la virgen, vacilante  
Y allí muestra su semblante  
Terrible, feroz y audaz;  
Como flor que se desmaya  
Sin rocío de ventura  
Languidece la hermosura  
Nublando su triste faz.

Isván contempla y medita  
Del conde la dura ofensa  
Y en vez de buscar defensa,  
Y en vez de mirar por sí,  
Sacando el acero oculto  
Sin formar ni leve queja  
Del conde a los pies lo deja  
Quedándose inerme allí.

En este apurado instante  
Se oye el grito de la guerra  
Que las bóvedas aterra  
De aquel castillo feudal;  
Da sus golpes la campana;  
«A las armas con presteza  
Que atacan la fortaleza»,  
Dice una voz funeral.

La muralla está asaltada,  
Vuela el conde denodado,  
Isván se arma y a su lado  
Se muestra en la ruda lid  
Como un furibundo Aquiles  
O el Héctor de los troyanos  
Y anima a los veteranos  
Cual si fuese su adalid.

Dos veces al conde salva,  
Dos veces librarle pudo

Poniéndole por escudo  
Su espada y su pecho fiel;  
Mas no acierta en noche oscura  
Conocer al enemigo  
Que de su valor testigo  
Sufre pérdida cruel.

Huyen los asaltadores,  
Mas rindiendo sus aceros  
Se quedan dos prisioneros,  
Y ¿quién lo dijera? ¡ay Dios!  
¡Que Gofredo el animoso,  
Su padre dulce y querido,  
Por su espada fue vencido  
Y era el uno de los dos!

En efecto, Isván, doncel  
De aire noble y mirar ledo,  
Era el hijo de Gofredo  
Enemigo de Ildebrán  
Que, por su pasión a Isaura  
De trovador disfrazado,  
Dejó al padre idolatrado  
Sumergido en triste afán.

A la vista se presenta  
Un cuadro que exigiría  
El brío y la valentía  
Del divino Rafael  
O las tintas de Murillo  
Y su numen soberano  
O la idea del Albano  
Y el magnífico pincel.

Tres guerreros se contemplan:  
Gofredo vencido y preso,  
Ildebrán, que quedó ileso  
Por el ínclito valor  
Del mancebo temerario  
Que de noche escaló el muro  
Del castillo mal seguro,

Con agravio de su honor,

Isván, que mirando el rostro  
De su padre idolatrado  
De su victoria afrentado  
Viene a postrarse a sus pies  
Y contempla con sus gracias  
Esta singular pintura  
Isaura, cuya hermosura  
Llora y gime por los tres.

Ildebrán enternecido  
A Gofredo da los brazos  
Y estrecha con él los brazos  
De una naciente amistad,  
Promete al cantor la mano  
De su Isaura que gemía  
Y ya despuntaba el día  
Serenos y sin tempestad.

¡Musa! Yo del himeneo  
Las glorias cantar quisiera,  
Mas me pierdo en esa esfera  
Y es preciso enmudecer:  
Diré sólo que Matilde  
Concurrió al festín de amores,  
Que hubo cantos, vinos, flores,  
Fuegos, zambras y placer.

△▽

### **Felipe II y el Confesor**

Tribunal para el perdón  
Tiene la Iglesia en su ley  
Que no admite distinción  
De villano ni de rey  
Pues todos iguales son.

△▽

En contrito desconsuelo  
Es el hombre allí un gusano  
Que se arrastra por el suelo,



Tiende el ministro su mano  
Y un ángel firma en el cielo.

Allí son las oraciones  
Las que tienen prez y honor;  
No hay alcuernas ni blasones,  
Pues no distingue el Señor  
De pecheros o infanzones.

Fe pura y los labios fieles  
Es lo que ama un Dios desnudo;  
De nada sirven laureles,  
Corona sobre el escudo  
Y grifos en los cuarteles.

Como humilde pecador  
Felipe viene a llorar  
A los pies del confesor;  
Como siervo ha de rogar  
El que siempre fue señor.

Al sayal tosco se humilla  
Cetro y púrpura real,  
Que donde tiene su silla  
El ministro celestial  
El rey dobla la rodilla.

«Mal aconsejado andáis,  
»Dice el ministro, en ceder  
»Al amor que respiráis,  
»¡Oh rey!, por esa mujer  
»Si católico os llamáis.

»Un nombre supuesto os guía  
»Al infierno y a su llama,  
»Lloraréis vuestra alegría  
»Cuando sepáis que esa dama  
»Se llama Sara, es judía.

»Si se envilece un menguado  
»De la más ínfima grey

»De una hebrea enamorado...,  
»Si tal atentara un rey...  
»¿Quién absuelve su pecado?

»Cabeza que está proscrita  
»Por los eternos rigores  
»¿Qué insensato solicita  
»Ceñirla de gayas flores  
»Cuando el cielo las marchita?

»¡O cielo santo! perdona,  
»Dijo el rey; fue error humano,  
»Porque si alguno blasona  
»Más que yo de buen cristiano  
»He de darle mi corona.

»Os lo juro, yo ignoré  
»Su bastarda villanía;  
»Cuantas veces la miré  
»No vi a Sara, vi a María  
»De la santa cruz al pie.

»Vila cual ángel de Edén  
»Que cuando diadema de oro  
»Me fatigase la sien,  
»La tomara por decoro  
»Y la ciñera también.

»Humillando mi esplendor  
»Su virtud no vi humillada  
»Y sabed, el confesor,  
»Que es tan pura su mirada  
»Como el cáliz de una flor.

«La habéis delatado a Nos;  
»Quien la condena es la ley,  
»Quien ha de juzgarnos, Dios:  
»A Felipe como rey,  
»Como sacerdote a vos.

»¿Con que exige mi conciencia

»Que ella muera, olvide yo?  
»¡Cielos, qué cruel sentencia!»  
Y el ministro respondió:  
-«Esa es, rey, tu penitencia.»

Confuso el rey se retira,  
Pues si le dan el perdón  
Piden la condenación  
De aquella por quien suspira.

Puesto está en grave tormento,  
Resignado en lo exterior  
Y afligido en lo interior  
Al dejar el sacramento.  
Ama Felipe, mas ve  
Que el cetro que está en su mano  
Obedece al Vaticano  
Y éste grita: «auto de fe».

Mas no puede en su dolor  
Templo y ministro dejar  
Sin decir en el altar:  
Yo no fui su delator.»

△▽

## **Felipe IV y el duque de Medina de las Torres**

I

Muy metido en el embozo  
Cruza un galán una calle  
Cuando tan negra es la noche  
Que sus estrellas no salen:  
El ala de su sombrero  
Sobre la gorguera cae  
Y las ondulantes plumas  
Viento y lluvia a la par baten:  
Tiénese bajo un balcón,  
Un pito de plata tañe  
Y otro corresponde adentro  
Mientras una reja se abre.

△▽

Rica en gracias y atavío  
Poco tarde en presentarse  
La hermosa que ha de causar  
Sus glorias o sus pesares.  
Pone en los cruzados hierros  
Manos con preciosos guantes  
Y el faldellín de tuan  
Agitaron auras suaves.  
En pláticas de placer  
Se engolfan los dos amantes,  
Dulces favores suplican,  
Lloran desdén, juran paces  
Y comparan sus amores  
Con muy ingeniosas frases  
Ella al rayo del estío  
Que seca la flor del valle,  
Y él a la encendida llama  
Que despiden los volcanes,  
Que le abrasa el corazón  
De cuyas cenizas nace.  
Así de su fiel cariño  
Quiso hacer hermoso alarde  
Cuando vio un hombre tras sí  
Puesto en acción de escucharle.  
Tiró luego del estoque  
Y ardiendo en enojos graves  
Al desconocido inmóvil  
Dirigió razones tales:

-«Tras cobarde sois traidor:  
»¡Malhaya tal felonía  
»Si os pagan por ser espía  
»Que escucháis cita de amor!  
»Mañero sois en andar,  
»Que si os llegara a sentir  
»Sería vuestro avanzar  
»Precipitarse a morir.

»¿A quién buscáis? ¿qué queréis?  
»¿Quién sois, villano? decid:  
»Mas no importa que no habléis,

»Sacad la espada y reñid.»

El incógnito animoso  
Del embozo se deshace  
Y antes que los dos riñesen  
Así quiso contestarle:

-«Quien soy yo saber queréis:  
»Quizá os pese ¡vive Dios!;  
»Ya que no me conocéis  
»Sabed que soy más que vos.  
»Yo recuerdo que en palacio  
»No ostentáis tanta bravura,  
»Que soléis hablar despacio,  
»Que os portáis con más mesura;  
»Que a nadie llamáis villano  
»Y que nunca os viera allí  
»Con el estoque en la mano,  
»Mas con el sombrero, sí.  
»¡Duque!, ya podéis reñir,  
»Que nada importa mi nombre,  
»Pues solo presumo de hombre  
»Para vencer o morir.»

A la voz del rey Felipe,  
Voz de truenos y huracanes,  
El de Medina a sus pies  
Rendido de hinojos cae:  
De su triste corazón  
Roncos los suspiros salen  
Y el monarca de Castilla  
Fue prosiguiendo al alzarle:

-«Duque, del reino saldréis  
»Pues conviene a mi persona  
»Y es forzoso que olvidéis  
»A María Calderona.  
»De su hermosura liviana  
»Mi pecho prendado fue;  
»Pero yo os juro a mi fe  
»Que se ha de acordar mañana

»Y en el rincón de un convento  
»Sola quedará con Dios  
»Para llorar su tormento  
»La que quiso amar a dos.»  
Dijo el rey y a poco rato  
Queda en soledad la calle:  
Ni se escucha voz alguna,  
Ni en la reja se ve a nadie.

△▽

## María Calderona

### II

Las trenzas sin alheñar,  
Pálido y triste el semblante,  
Con dos lágrimas hermosas  
En los ojos celestiales,  
Bajo de artesón dorado,  
Sentada en el almadrague  
De un escaño de marfil  
Gime una mujer sus males.

△▽

«¡Ay de aquellas noches, dice,  
»En que el rey me presentasteis  
»Con secreto misterioso,  
»Conde-Duque de Olivares!  
»Porque amor y majestad  
»Mal pudieron hermanarse  
»Sobrando de humilde en él  
»Lo que en ella de arrogante:  
»Porque ofenden al cariño  
»Condiciones desiguales  
»Y los abrazos de un rey  
»Oprimen aun cuando halaguen;  
»Pues las penas de servirle  
»Con las dudas de agradarle,  
»Los temores de ofenderle  
»Cuando toda ofensa es grande,  
»Los respetos de atención  
»Y atención de vasallaje  
»Son grillos en complacerle  
»Y obstáculos en amarle.»

Así dijo y de sus ojos  
Las dos lágrimas errantes  
Al perderse en las mejillas  
Sobre el blanco seno caen.  
Inmóvil parece allí  
Niobe de los pesares  
A quien quitan los dolores  
Fuerzas para lamentarse  
Y en tan abatido estado  
Seguiría si no entrase  
De improviso un hombre adusto,  
Ministro de los altares.

-«El gran Felipe, señora,  
»Nunca tolera el desmán  
»De la que infiel y traidora  
»Tiene citas a un galán.  
»La majestad no se inclina  
»(Pues fuera menos valer)  
»A estimar a una mujer  
»Manceba del de Medina.  
»Dama infiel a los amores  
»Del monarca de Castilla  
»Tema todos los rigores  
»Del dogal y la cuchilla.»

-«No os atañe, prelado, a vos  
»Hablar de amor ni desdén:  
»O no habléis, o hablar de Dios,  
»Que lo demás no está bien.  
»En un tiempo con decoro  
»Tuvo la iglesia en su altar  
»Cruz de leño, obispos de oro  
»Fieles en decir y obrar:  
»Mas en tiempos desgraciados  
»Pierde la Iglesia el tesoro  
»Si al tener las cruces de oro  
»Son de leño los prelados.  
»Vos de la cristiana grey  
»Sois guía, sois conductor;

»Dejad la venganza al rey  
»Mientras os cumple mejor  
»Predicar con santo intento  
»De las ofensas perdón  
»Y tras de la absolución  
»Dar el pan del Sacramento.»

-«Por compadecer a vos  
»Mal cumpliera con mi ley  
»Desobedeciendo al rey  
»Que ocupa el lugar de Dios.  
»Mucho siento ¡vive el cielo!  
»Vuestro desliz y aflicción  
»Y antes de daros el velo  
»Yo os daré la absolución.  
»Tosco sayal vestiréis  
»Y del claustro en las moradas  
»Vuestra culpa lloraréis  
»Entre vírgenes sagradas.»

-«¿Monja yo...? ¿Quién dio tal ley...?  
«¿Yo en un claustro retirado...?  
-«Monja por fuerza o de grado.»  
-«¿Quién puede mandarlo?»  
-El rey.»

Dijo el prelado y al punto  
De aquella mansión se parte.  
Va murmurando en voz baja,  
Practica la puerta y sale  
Y sin recoger el vuelo  
De sus hábitos talares  
Con las delicadas sedas  
La larga escalera barre.  
Pero al cabo de tres días  
Presentóse al rey, a darle  
Los cabellos de la hermosa

Puestos en un azafate.





# Orientales

△▽

## Los amores de Semíramis

Los dioses han lamido las heridas de Ara: este príncipe  
ha resucitado y todos mis de seos están colmados.

MOISÉS DE KHOREN.

### I

Ara tiene los miembros gigantes  
De aquel Háig de hermosa cabellera,  
Jefe de tribu errante en la ribera  
De Araxes cristalino  
Que, codicioso de halagar las flores,  
Como fría y sonora catarata  
De una cóncava gruta se desata  
Con cauce serpentino.

△▽

Ara descende de la altiva raza  
Que al ver lucir la matinal estrella  
Quiso alzar torre y escalar con ella  
El claro firmamento;  
Pero de sus recónditas prisiones  
Libres los euros de Jehová volaron  
Y como leve arista derribaron  
El frágil monumento.

Larga es la cabellera del mancebo  
Sobre la hermosa espalda desprendida  
Y más larga la cuerda retorcida  
Del arco fuerte y duro;  
Silban sus flechas con airado vuelo  
Y taladran, si cumple su amenaza,  
Con punta triangular una coraza  
Del temple más seguro.

¿Qué diré de su rostro? a sus deidades  
Las madres de Arakad incienso dieron  
Cuando para sus hijas les pidieron  
Ojos como los de Ara:  
Niñas de seis abriles entonaron  
Con argentino coro el sacro ruego

Junto al altar del misterioso fuego  
Que dio una luz más clara.

Al río en Eriván entre las ovas  
Tributarias le son cuarenta fuentes  
Y cuarenta doncellas inocentes  
Lloran en desconsuelo  
Prendadas del caudillo más hermoso;  
Sus lágrimas imitan al rocío  
Si sobre flor azul, trémulo y frío,  
Tomó el color del cielo.

¿Al tártaro corcel de qué le sirve  
La indomable inquietud, que se parece  
Al delirio de amor, si nace y crece  
Con duras privaciones?  
¿Ser de raza escogida? ¿ser de fuego?  
¿Igualar en su curso al leve viento?  
¿Dejar atrás del mismo pensamiento  
Las vagas emociones?

Aunque jamás sintiera el acicate,  
Tras largo curso, de su espuma lleno,  
Dirigido por Ara cede al freno  
Sin montaraz locura;  
Mejor jinete no cruzó el desierto  
Ni fue detrás del ciervo fugitivo  
Por las quebradas de Ararat altivo  
Do eterna nieve dura.

Su lanza por su peso ponderoso  
Con un sulco tenaz se hunde en la arena,  
Su punta es lengua de cerasta, llena  
De funeral veneno;  
Ninguno de otra tribu de guerreros  
Con arma igual en belicoso campo  
Pudo mirar su fulminante lampo  
Con ademán sereno.

¿Dó al príncipe de Armenia encontraremos?  
Heredó de su padre la osadía,

Subió al solio de hermosa pedrería  
Con cetro soberano  
Cuando al sueño profundo de la muerte,  
Que jamás hermocean las visiones  
Del dulce amor, en ricos almohadones  
Cedió el feliz anciano.

Llevó el padre a la tumba los recuerdos  
De bélicos laureles y victorias;  
Buscaremos al hijo entre las glorias  
De súbita pelea  
Dó se tiñe entre miembros palpitantes  
Que dividió una vez cortante acero  
Lívido casco de corcel ligero  
Con sangre que aún humea.

## II

De Nínive en los mágicos pensiles  
No suenan ya las arpas cual solían  
Cuando en pos del crepúsculo venían  
Las horas del encanto;  
Languidecen en largos arriates  
Faltas de humor vivifico las flores  
Y enferma está Semíramis de amores  
Con dolorido llanto.

Penada y sin solaz ¿por qué suspira  
Al sacar sus doncellas arcas de oro  
Que contienen balsámico tesoro  
De aromas abundantes?  
Todas temen hablarla, la más pura  
Virgen de Asiria se estremece y llora  
Cuando ciñe a su pálida señora  
De perlas y diamantes.

A la esposa de Nino encantadora  
Contestaron los regios mensajeros:  
-«Ara sigue a los gamos más ligeros  
«Con nítidos arpones;  
»Su corazón es duro como el pico  
»Que afila el voraz cuervo en una peña;

»Vuestro trono, beldad, amor desdeña  
»Y lágrimas y dones.»

El desprecio es ponzoña viperina,  
Áspid que vuelve con calor del seno  
De su frío sopor y da un veneno  
De muerte y cruda pena;  
Prontos están los rechinantes carros,  
Los corceles de guerra y duras lanzas;  
Llegó el día fatal de las venganzas:  
Semíramis lo ordena.

El descendiente de Thorgóm altivo  
Que no cedió al amor ni al blando ruego  
Oye el bélico grito y toma luego  
Su casco y su coraza:  
Las dos huestes ocupan la llanura;  
Si el león de la Libia ruge fiero  
Es suelto el pardo, de mirar severo  
Y ruge y despedaza.

¿Son dos torrentes que acreció la nieve  
Que chocan entre sí, hierven, se agitan  
Y entre peñascos duros precipitan  
Raudal más turbulento?  
Confúndense las armas y adalides;  
Ara rompe, atropella, hiere, avanza  
Y describe la punta de su lanza  
Un círculo sangriento.

¡Infeliz! ¡el espíritu del llanto  
Alas prestó a la flecha envenenada  
Que del robusto nervio desatada  
Surtió del arco asirio...!  
En su pecho con ímpetu se esconde  
Y hace salir con sangre de las venas  
El último sollozo de las penas  
Tras rápido martirio.

¿Dónde descansará el jefe esforzado?  
¿Coronarán el túmulo del muerto

Tres piedras amarillas del desierto  
Sin pompa duradera?  
Semíramis le amó, sufrió desdenes,  
Quiso estrechar con él los dulces lazos,  
Triste le abrió los amorosos brazos  
Por tumba lastimera.

Ella gime sin fin; sus magos llama,  
Roba negados besos y suspira,  
Recurre a los encantos y delira  
Con súbitos furores;  
Dice en su frenesí: «Ya las deidades  
»Propicias a mis votos se han mostrado:  
»Ara vive, su herida se ha cerrado,  
»Gocemos los amores.»

△▽

## La muerte de Alí

I

¡Quién fuera, sultana linda  
Aquel árbol tan sombrío  
Que cubre tu baño frío  
Con sus ramas...!  
¡Di si quieres que lo sea,  
Que aunque es imposible cosa  
Me basta saber, hermosa,  
Cuánto me amas!

△▽

Quien como glorioso Emir,  
Perla rica de Estambul,  
Navegase el mar azul  
A tu lado,  
Señor de una nave llena  
De sedas y pedrería,  
En tu seno al fin del día  
Reclinado!

¡Al son de su leve canto  
Con un paso firme y cierto

Quien guiase en el desierto  
Tu camella!  
¡Dejase la caravana  
De sus amigos mejores  
Por hablar sólo de amores  
Con tal bella!

¡Quién tuviera para ti  
Minas de diamante duro,  
Zafiros de color puro  
Celestial,  
Piel de manchado tigre,  
Mil ciudades, mil honores  
Y mil negros pescadores  
De coral!

¡De Delhí las maravillas,  
De los reyes el tesoro,  
Trípodes de nácar y oro  
Rutilantes  
Con las frutas que se crían  
De Damasco en los confines  
Y purpúreos palanquines  
Y elefantes!

¡Quién marchara a los combates,  
Gloria de la primavera,  
Con un beso que le diera  
Tu beldad!  
De las cortas azagayas  
A los tiros agarenos  
Murieron los nazarenos  
Sin piedad.

Fugitivo por las sirtes,  
Buscando de airados mares  
Entre brumas de pesares  
Largo giro,  
¡Quién tuviera en favor suyo  
En medio del onda inquieta  
Como súplica al Profeta

Tu suspiro!

¡Quién en lóbrega mazmorra,  
Reina de las azucenas,  
Al son de duras cadenas  
Del dolor  
Pudiera cantar tu nombre,  
Sin tener más luz ni gloria  
Que la plácida memoria  
De tu amor!

¡Quién fuera, sultana linda,  
Aquel árbol tan sombrío  
Que cubre tu baño frío  
Con sus ramas...!  
¡Di si quieres que lo sea,  
Que aunque es imposible cosa  
Me basta saber, hermosa,  
Cuánto me amas!

## II

Envuelto en verde caftán  
De este modo Alí se expresa,  
Poniendo su blanca mano  
Del serrallo en una reja:

Enamorado está el moro  
De una circasiana bella  
Cuyos labios de coral  
Si cautivan, embelesan.

Dentro del harén se oían  
En alegre zambra y fiesta  
Arpas de ébano y marfil  
Con voz de doradas cuerdas

Y de címbalos sonoros  
Al son blando, las bellezas  
Danzaban con gran primor  
Sobre alfombras de oro y seda.

A las unas doró el sol,  
Otras son de blanca cera,  
Otras hijas de la noche  
Y como sus sombras negras:

Pero en sus vivaces ojos  
Su delirio el amor muestra  
Y de su pie en las mudanzas  
Quiso retratar sus guerras.

¡Ah! la voz del tierno Alí  
No fue feliz por modesta  
Ni se perdió entre las rosas  
Que secretos no revelan:

Un espíritu traidor  
Que por los jardines vuela  
Con alas de ave nocturna,  
Con graznidos que son quejas

Al sultán de las armadas  
Refirió sin perder letra  
De la trova del amor  
Los conceptos y ternezas.

Cuando se retira Alí  
De noche en la oscura niebla  
Sombras ve que le amenazan  
Y con puñales le cercan.

-«Toma, le dice una voz,  
»Toma este cordón de seda:  
»Míralo, que es tu dogal;  
»Por Alá maldito seas.»

### III

Sobre la puerta ojiva del Oriente  
Del gran serrallo, en Estambul hermosa,  
La cabeza de Alí vio el sol naciente  
Separada del tronco y horrorosa.



Al eunuco de Chipre que adornaba  
Los búcaros de nácar con las flores  
Llorando tiernamente preguntaba  
La sultana infeliz de los amores:

-«¿Ha muerto el triste Alí?»

-«Murió, señora;

»Su memoria olvidad, su suerte impía.»

-«¡Eunuco vil! ¿olvida la que adora...

»Si eso pudiera ser, eso sería.»

△▽

## La Sultana

### I

¡Quién tendrá dichas mayores  
Que privar en los amores  
Por bonita,  
Dormir en lecho de grana  
Y llamarse la sultana  
Favorita!

△▽

¡Respirar en el calor  
Entre jazmines en flor  
Aura leda,  
Mecerse medio dormida  
Sobre hamaca entretejida  
De oro y seda!

Tener juventud graciosa.  
Seno puro, tez de rosa,  
Pie de armiño  
Y ojos vivos de gacela  
Cuando el dardo la desvela  
Del cariño!

¡Una mesa de ambrosía,  
Unos baños de agua fría  
Con olores  
Donde el ámbar se ha mezclado  
Con el jugo destilado

De mil flores!

¡En los delirios de amor  
Tener un emperador  
Por galán,  
Recibir tiernos abrazos  
Y reclinarse en los brazos  
Del sultán!

¡De mil desamadas bellas  
Ser vista, pasando entre ellas  
Como aurora,  
Como hurí del embeleso  
Regalada con un beso  
Del que adora!

¡Contemplar la nave turca  
Cuando levemente surca  
La mar honda,  
Para dos regios amantes  
Cargada con los diamantes  
De Golconda!

¡En competencia vencer  
A la más linda mujer  
De Occidente,  
A la airosa granadina  
Que tañe la bandolina  
Dulcemente!

¡No temer cuando enamoran  
Las que su cántico entonan  
Bengalés  
Ni a las que con mil primores  
Danzan sin ajar las flores  
Con sus pies!

¡Sobresalir entre todas  
Las de Corinto y de Rodas  
Con victoria!  
¡A las blancas y morenas

Y judías y agarenas  
Quitar gloria!

¡Tener nombre de divina  
En Estambul y en Medina  
La sagrada!  
¡Del harén bella señora  
Y la perla de Basora  
Ser llamada!

¡Quién tendrá dichas mayores  
Que privar en los amores  
Por bonita.  
Dormir en lecho de grana  
Y llamarse la sultana  
Favorita!

## II

La sultana esto decía  
Recreada de aura leda  
Y entre tanto se mecía  
Sobre hamaca de oro y seda.

En la red que amor labró  
Parecía su cendal  
Azucena que voló  
De su tallo virginal.

Y el olor de frescas flores  
En la cuna del jardín  
Regaló un sueño de amores  
Al aéreo serafín.

Otra hermosa allí se vía  
Sin meterse en red dorada  
Que cantando repetía  
Esta trova enamorada:

## III

¡Quien naciera en región pura  
Dó la cándida hermosura

No es comprada:  
Donde el hombre por placer  
Sólo tiene una mujer  
Adorada!

Una mujer que le amó  
Porque en su pecho sintió  
Frenesí  
Y en delirio de amor fiel  
Dijo al tímido doncel:  
«Te amo, sí.»

¡País de un cielo mejor  
Donde el sincero amador  
Siempre fino  
Al lado de su tesoro  
Canta y bebe en taza de oro  
Dulce vino!

Aquí goza la belleza  
Un halago de tibieza  
Solo un día;  
Flor de un sol y sin fortuna  
Que tiene junto a la cuna  
Tumba fría.

¡Quién naciera en región pura,  
Dó la cándida hermosura  
No es comprada:  
Donde el hombre por placer  
Tiene sólo una mujer  
Adorada!

#### IV

Pasan los serenos días  
Y en sus alas vagarosas  
Llévanse las alegrías  
Como deshojadas rosas.

¡Ah! ¿Qué tiene la Sultana  
Que no baja a los jardines

A coger por la mañana  
Tulipanes y jazmines?

¿Qué disgustos ha tenido  
Esa perla de Basora...?  
-La dio al mar de eterno olvido  
Su señor; ya no la adora.

△▽

## **El infiel**

### **I**

Él huye, mas se lleva su tesoro:  
Sobre la hermosa crin de su peceño  
Ondea un blanco velo orlado de oro,  
Fugaz como el placer de un breve sueño.

△▽

Así sobre una losa funeraria  
Desata alguna vez nevado broche  
Azucena que nace solitaria,  
Mecida con las auras de la noche.

Que la tumba de mármol donde llora  
Párpado de mujer tiene sus flores  
Y también el infiel tiene una mora  
Por consuelo feliz de sus dolores.

Leila es bella si ríe y si suspira:  
Es la flor de los Alpes que ama el frío,  
Mariposa fugaz de Cachemira,  
Gloria del sol, amada del rocío.

Leila dijo al infiel: -«Tú mirar quieres  
»El rostro de tu amada descubierta...  
»¿Sabes dónde son libres las mujeres?  
»¿Conoces el camino del desierto?

»Mudo es el arenal; allí no suena  
»El casco del corcel; dispón su freno;  
»Acaricien mis manos su melena;  
»Llévame donde quieras, nazareno.»

Con tierna voz le respondió su amante:  
-«Tus pupilas de amor, hurí del cielo,  
»Retratarán mañana mi semblante;  
»Libre es la soledad, allí no hay velo.

»Dejemos por las hórridas arenas  
»El fértil suelo y la ciudad del fuerte  
»Que llamáis Setiniáh, la hermosa Atenas;  
»Dura es la esclavitud como la muerte.»

Cede la luz al declinar el día;  
Las apiñadas nubes el sol dora:  
Del crepúsculo débil la agonía  
¿Qué tiene de divino que enamora?

¿Por qué más puros son arroyo y fuente?  
¿Por qué más libre se enajena el alma?  
¿Qué singular placer el pecho siente...?  
Es que hay horas de amor y el afán calma.

Él es... Huye con Leila cariñosa;  
La mano del Infiel ciñe su seno:  
Doble sufre la carga por preciosa  
El fogoso corcel que tasca el freno.

Bruñido como el ébano, no ignora  
Que cumple unos misterios de ternura;  
Quiere poner en salvo a su señora:  
Ama también la gloria y se apresura.

¿Quién los podrá seguir? Más torpe y lento  
Es el vuelo que el águila levanta;  
No igualará su curso el pensamiento  
Del inspirado vate cuando canta.

¿Quién los podrá seguir en su carrera?  
Su juramento es fiel, su amor es fuerte;  
El árido desierto los espera  
Y la noche es más negra que la muerte.

## II

¿Qué tiene Hassan? Sombríos los pesares  
Nublan su faz, que sobre el pecho inclina;  
Su voz es el sonido de los mares  
Que azotan tu peñasco, Salamina.

¿Acaso en su otomana recostado,  
Turbadas las delicias de su sueño,  
Al ángel Azrael miró a su lado  
Con negras alas y con torvo ceño?

¿Acaso en el harén de sus mujeres  
Apuraba su dicha en ocio inerte  
Y en la dulce embriaguez de sus placeres  
Recibió de Estambul firmán de muerte?

¿Acaso de su velo descuidada  
Su generosa hermana, Lobna bella,  
Abandonó su torre retirada,  
Mostró su faz y enamoró con ella?

¿Qué tiene el triste Hassan? Cien hermosuras  
Embellecen su harén; una es la que ama,  
Que en vez de ser sensible a sus ternuras  
Huyó con un infiel: Leila se llama.

△▽

### **El harén**

Rodeada de jardines  
Bella es la región de rosa  
Do reposa  
Sobre pérsico tapiz  
El Sultán rico de gomas  
Y de aromas,  
Dones de Arabia feliz.

△▽

Con el opio de Tebaida  
Se adormece y sueña fuentes  
Transparentes  
En las grutas de cristal,

Sueña cielos de rubíes  
Con huríes  
De juventud inmortal.

Y al volver de aquellos sueños  
De armonías y de estrellas  
Ve a sus bellas  
Que esperan por un favor  
Y premio de la hermosura  
La dulzura  
Del primer beso de amor.

Criaturas inocentes,  
Gayas flores que atavía  
Sol de un día  
Que dan dolor y solaz:  
Solaz por ser frescas flores  
Y dolores  
Por su existencia fugaz.

Ninfas con oro y con perlas,  
Con la sonrisa en el labio  
Y el agravio  
Clavado en el corazón,  
Que en mujer que tiene celos  
Luto y duelos  
Las perlas nítidas son.

Si agitan sus blancos velos  
Las huríes de Mahoma  
Blando aroma  
Muda el jardín en Edén,  
Cual si transitase ufana  
Caravana  
Con almizcle de Kothén.

¡Bello es ver adusto moro  
Dueño de un vergel cerrado  
Y acatado  
Como el único señor,  
Servido de mil doncellas



Hadas bellas  
Del oriente y del amor!

¡Y aquella trémula sombra  
Del plátano en el estío  
Y el desvío  
De una hermosa del harén  
Que a las solitarias flores  
Los dolores  
Va contando de un desdén!

¡Y el rayo de tibia luna  
Que ilumina las caricias  
Y delicias  
De una griega y su señor,  
Mientras tras la celosía  
Los espía  
Ninfa que envidió el favor!

¡Y aquel oro y esmeraldas  
De ajorcas y de collares  
Y millares  
De esclavos para el sultán  
Que abanicán blandamente  
La su frente  
Con las plumas del faisán!

¡Y aquellas pipas muy largas  
Con sus tubos muy dorados,  
Los brocados,  
Joyas y aromas sin fin  
Y mil aves enjauladas  
En labradas  
Maderas de Comorín!

Ver cual mueven leves plantas  
Al son de las bandolinas  
Bailarinas  
Diestras en vario primor  
Que de sus faldas graciosas  
Vierten rosas

Sobre el dueño de su amor!

Allí las griegas suspiran,  
Allí las del India moran,  
Las que adoran  
A Brama como gran ser;  
Otras del Cairo escogidas  
Y nacidas  
Para el canto y el placer.

Las persianas cuyos ojos  
Tienen el azul del cielo,  
Las del suelo  
De Mingrelia y de Khatay;  
Doncellas muy sonrosadas  
Y preciadas  
De Azáb y de Yémen hay.

Las más niñas, cuyos años  
No turbaron los amores,  
Cogen flores  
Y escuchan al ruiseñor,  
Que otras viven de privanza  
O esperanza  
Y ellas viven del candor.

Bello es un harén de oriente  
Con tan lindos serafines  
En jardines  
Consagrados al placer;  
Sólo es triste a la memoria  
Que en tal gloria  
Sea esclava la mujer.

△▽

### **La Odalisca**

¿De qué sirve a mi belleza  
La riqueza  
Pompa, honor y majestad  
Si en poder de adusto moro

△▽

Gimo y lloro  
Por la dulce libertad?

Luenga barba y torvo ceño  
Tiene el dueño  
Que con oro me compró  
Y al ver la fatal gumía  
Que ceñía  
De sus besos temblé yo.

¡Oh, bien hayan los cristianos,  
Más humanos,  
Que veneran una cruz  
Y dan a sus nazarenas  
Por cadenas  
Auras libres, clara luz!

Ellas al festín de amores  
Llevan flores,  
Sin velo se dejan ver  
Y en cálices cristalinos  
Beben vinos  
Que aconsejan el placer.

Tienen zambras con orquestas  
Y a sus fiestas  
Ricas en adornos van  
Con el seno delicado  
Mal guardado  
De los ojos del galán.

Más valiera ser cristiana  
Que sultana  
Con pena en el corazón,  
Con un eunuco atezado  
Siempre al lado,  
Como negra maldición,

Dime, mar, que me aseguras  
Brisas puras,  
Perlas y coral también

Si hay linfa en tu extensión larga  
    Más amarga  
Que mi lloro en el harén.

Dime, selva, si una esposa  
    Cariñosa  
Tiene el dulce rruiseñor  
¿Por qué para sus placeres  
    Cien mujeres  
Tiene y guarda mi señor?

Decid, libres mariposas,  
    Que entre rosas  
Vagáis al amanecer  
¿Por qué bajo llave dura  
    Sin ventura  
Gime esclava la mujer?

Dime, flor, siempre besada  
    Y halagada  
Del céfiro encantador  
¿Por qué he de pasar un día  
    De agonía  
Sin un beso del amor?

Yo era niña y a mis solas  
    En las olas  
Mis delicias encontré;  
De la espuma que avanzaba  
    Retiraba  
Con temor nevado pie.

Del mar el sordo murmullo  
    Fue mi arrullo  
Y el aura me adormeció:  
¡Triste la que duerme y sueña  
    Sobre peña  
Que la espuma salpicó!

De la playa que cercaron  
    Me robaron

Los piratas de la mar:  
¡Ay de la que en dura peña  
Duerme y sueña  
Si es cautiva al despertar!

Crudos son con las mujeres  
Esos seres  
Que adoran el interés  
Y tendidos sobre un leño,  
Toman sueño  
Con abismos a sus pies.

Conducida en su galera,  
Prisionera  
Fui cruzando el mar azul;  
Mucho lloré, sordos fueron,  
Me vendieron  
Al sultán en Estambúl.

Él me llamó hurí de aroma  
Que Mahoma  
Destinaba a su vergel;  
De Alá gloria y alegría,  
Luz del día,  
Paloma constante y fiel.

Vi en un murallado suelo  
Como un cielo  
De hermosuras de jazmín  
Cubiertas de ricas sedas;  
Auras ledas  
Disfrutaban del jardín.

Unas padecían celos  
Y desvelos,  
Lograban otras favor;  
Quien por un desdén gemía,  
Quien vivía  
Sin un goce del amor.

Mil esclavas me sirvieron

Y pusieron  
Rico alfareme en mi sien;  
Pero yo siempre lloraba  
Y exclamaba  
Con voz triste en el harén:

¿De qué sirve a mi belleza  
La riqueza,  
Pompa, honor y majestad  
Si en poder de adusto moro  
Gimo y lloro  
Mi perdida libertad?

△▽  
△▽

## **Fakma y Acmét**

### I

Las bodas de los hijos del desierto  
Libres son como bodas de las aves  
Que, unidas por amor, dan el concierto  
De sus gorjeos dulces y suaves.

△▽

Libres sobre los nardos olorosos  
Se casan los insectos zumbadores,  
El cóndor en los Andes cavernosos  
Y de Febo a la luz plantas y flores.

Los himnos del festín han resonado:  
Fakma se desposó y Acmét la adora:  
Mirad su fresca sien que han coronado  
Ricas perlas del golfo de Basora.

Fakma es bella cual nube que camina  
Pintada por auroras boreales  
Y en el mar adormido se reclina  
Para mirarse bien en sus cristales:

De una tribu enemiga muy guerrera  
Dio su fe al adalid que la servía  
Y al huir de sus lares, la siguiera  
Maldición paternal que así decía:

«¡Que la sombra de tu cuerpo  
»Nunca cubra mis umbrales!  
»¡Que la luz que te ilumina  
»Veas de color de sangre!

»¡Que si mía te dijeres,  
»Mil espectros se levanten  
»De las tumbas, que te digan:  
»Adúltera fue tu madre.»

«¡Que si al tálamo te llegas,  
»Junto al tálamo desmayes  
»Y esperando el primer beso  
»Te sorprendan mis puñales!

»¡Que las penas te atosiguen!  
»¡Que mi maldición arrastres,  
»Sierpe venenosa y dura  
»Que has crecido en mis rosales!»

## II

¡Los himnos del festín han resonado...!  
Oíd esas cadencias seductoras  
Que recrean con eco prolongado  
Y apagan la voz triste de las horas.

¡Armonía feliz...! ¡Tu origen fuera  
Cuando el primer mortal entre jardines  
Dio un beso a su dichosa compañera  
Cantando los aliados serafines!

Fakma se engalanó con blancas flores  
Que llevan en su sien las desposadas  
Y quemó junto al tálamo de amores  
Los aromas en urnas cinceladas.

Mas ¿quién turba tan plácidos conciertos...?  
¿Es la voz del león que hambriento aterra...?  
¿Es la voz del chacal entre los muertos?  
Es la voz de una tribu, es voz de guerra.

Acmét deja la mano de la hermosa  
Que besaba en delirios de esperanza:  
Se estremece su frente desdeñosa  
Y olvidado el placer, toma la lanza.

«¡Desposada! si tus flores  
»Mis ausencias marchitaren  
»Yo te ceñiré al volver  
»Los laureles del combate.»

-«¡Acmét...! Adiós...: estas puertas  
»Que se cierran con mis ayes  
»Se abrirán a los placeres  
»Cuando vencedor tornares.

»Si pereces, quiera el cielo  
»Que tu espíritu me llame  
»Y en las tumbas celebremos  
»Unas bodas eternas:

»Allí te pondré mis flores  
»Abrazando tu cadáver,  
»Que si tú me las ceñiste  
»No es mucho que te las guarde.»

### III

Acmét a sus valientes acaudilla  
Y enrojece la gasa en los turbantes  
La sangre que derrama su cuchilla...  
¡Ruda es la lid en ánimos constantes!

Mas del padre de Fakma los guerreros  
Son más que tus arenas, mar bravío,  
Solo resiste Acmét a sus aceros,  
Mordieron los demás el polvo frío.

Sobre su corcel árabe encorvado  
Da la muerte y la busca, mas no la halla,  
Que el indómito bruto desbocado  
Lo sacó del lugar de la batalla.



Vuela al punto a su hermosa. ¿El hado crudo  
Templará su dolor con dicha cierta...?  
Llegó por fin y del puñal agudo  
Con el pomo tenaz llamó a la puerta.

-«¡Desposada de mi vida!  
»Flor de mis vergeles, abre,  
»Que si tardas en abrir  
»Te apresuras en matarme.»

-«¿Cómo te he de abrir mis puertas  
»Si no te conozco...? ¿Sabes  
»Cuál ha sido en el desierto  
»La suerte de los combates?»

-«Fatal, adorada mía,  
»Salió vencedor tu padre:  
»Solo yo tu esposo vivo,  
»De los míos ya no hay nadie.»

-«Mientes, áspid venenoso,  
»Mientes, traidor y cobarde;  
»Mi esposo murió en la lid,  
»Que mi esposo morir sabe:

«Del choque jamás huyó,  
»Que algo más su acero vale:  
»Dó los suyos perecieron  
»Mi querido esposo yace.

»Voy a celebrar con él  
»Nuestras bodas sepulcrales...  
»Pero tú, extranjero vil,  
»Huye mi umbral, no me llames.»

#### IV

La puerta cedió por fin  
A los golpes del amante  
Que vio a Fakma por el suelo  
Revolcándose en su sangre.



### **La favorita del sultán**

Marcha, despiadada y cruda,  
Pues me quemas con tus besos  
Al lucir casi desnuda  
Tantas gracias y embelesos.



Sol que en el cenit me abrasas  
Sin una nube en tu cielo,  
Yo te pondré dobles gasas  
Y no te veré sin velo:

Sobre un lecho encubertado  
Te he de hacer cubrir de flores  
Y verás vergel cerrado  
Dó se oculten mis amores.

¡Judía, que por fortuna  
De mi mar eres sirena,  
Como tú no vi ninguna  
Ni cristiana ni agarena!

Tú te ríes y te alegras  
Cuando en mí los bríos faltan  
Mientras tus pupilas negras  
Ebrias de placer te saltan.

¿Quién ha de romper tus lazos?  
Enamoras, avasallas  
Y un día de tus abrazos  
Rinde más que cien batallas.

¡Deja tu delirio ciego...!  
Mientras en tu seno hermoso  
Me adormeces con el ruego,  
Mientras cantas y reposo

Febles sufren mil soldados  
La ignomia en sus derrotas

Y en los mares agitados  
Pierdo mis avaras flotas.

Pierdo a Egipto y sus llanuras  
Dó las auras regaladas  
Mecen las espigas puras  
En las cañas encorvadas,

Dó las moles eternas  
Donde el orgullo está escrito  
Se alzan en los arenales  
Con la esfinge de granito

Cuyo párpado despierto  
Jamás una vez cerraron  
Ni los vientos del desierto  
Ni los siglos que pasaron.

Tú me encantas y consientes  
Que amenacen mis dos mares  
Las águilas de dos frentes  
De los ambiciosos Czares.

¡Guay que el autócrata un día  
No venga a tomar mi harén  
Y por ser esclava mía  
Conmigo mueras también!

No desnudes, por mi amor,  
Ese tu seno hechicero  
Y deja que tu señor  
Vaya a desnudar su acero.

Que tiña en sangre su filo,  
Que levante en sus furores  
Pirámides junto al Nilo  
De cabezas de traidores.

Mas ¡ah...! ¡mis votos fallidos  
Dejarás con ilusiones,  
Rémora de los sentidos,

Imán de los corazones!

Porque el más adusto moro  
Que a las lides se partiera  
Puesto a contemplar tu lloro  
Riendas al corcel volviera.

Yo caricias he probado  
De unas hermosas de nieve  
Cuyo beso regalado  
Con gran emoción conmueve;

Pero tu beso, sultana,  
Dulce beso humedecido  
De esos tus labios de grana  
Me enloquece, me ha perdido.

Desprecio, pues, mis riquezas  
Y cual vanos oropeles  
Mis títulos y grandezas,  
Mis tropas y mis bajeles.

Mis palacios no deseo  
Con dilatados confines,  
Ni mis casas de recreo  
Con estanques y jardines;

Ni del Arabia dichosa  
Los más exquisitos dones,  
Ni frescos baños de rosa,  
Ni púrpuras, ni bridones;

Ni el nombre que se me da  
De señor de mar y tierra,  
De sombra augusta de Alá,  
Príncipe de paz y guerra.

Desprecio las dignidades  
De mis bélicas proezas  
Y mis pueblos y ciudades  
Con torres y fortalezas

Y haré decir al diván  
Que no tengo más estados  
Que mi pipa, mi ataghán  
Y tus ojos adorados.

△▽

## **Zora la tártara**

### I

Si cantáis himnos de flores  
¿Por qué no cantáis a Zora,  
La querida del pirata  
De las africanas costas?

△▽

La tártara es tan garrida  
Como las perlas de Akoja;  
Como el sol en los diamantes  
Brilla el amor en sus formas.

De púrpura de Helesponto  
Cinta delicada y corta,  
Si el silencio la selló,  
Viene a ser su linda boca

Y abultados levemente  
Tiene los labios de rosa,  
Como de los mutuos besos  
Conviene a las dulces glorias.

De una perfección oval  
Es su cara encantadora  
Que tiene una languidez,  
Tiene un imán, una cosa

Que conmueve el corazón  
Tocando sus fibras hondas  
Y que el labio no la explica,  
Pero el ánima la goza.

Son tan largos los cabellos

Que si desatados flotan  
Sobre el cuerpo de jazmín,  
Lo embellecen y lo adornan;

Porque la naturaleza  
Se los diera como joya,  
Como velo de placeres  
Para el lecho de las bodas.

¡Sus ojos...! ¡ah...! se reflejan  
En ellos las dichas todas  
Y son para los creyentes  
Paraíso de Mahoma.

Del trono de Salomón  
Con las perlas se corona,  
De la reina de Sabá  
Puede superar la pompa

Y es su talle tan flexible  
Como rama que se dobla  
Del fresco rosal de Irém  
En los valles del aroma.

En los palacios de Orán  
Tal es la risueña esposa  
De Assém, el feroz pirata  
De las africanas costas.

## II

Los vientos con gran furor  
Baten las hinchadas lonas;  
Son las cuerdas cuando silban  
Fibras de metal sonoras:

Hierve el mar, de hirviente lava  
Son sus encontradas olas  
Y en montañas que se estrellan  
Asaltan la firme proa.

-«¡Muy bien! exclamó el pirata;

»Ya no hay vista más hermosa  
»Que una atmósfera de fuego  
»Y una tempestad tras otra.

»¡Vengan truenos! ¡vengan rayos!  
»Que si el cielo se desploma,  
»Si los mares nos sepultan  
»Ni me pesa, ni me enoja.

»Los relámpagos brillaron  
»Sobre vuestras frentes torvas:  
»Hombres de hierro...! entonad  
»Vuestros cánticos ahora.

»Cantad, que el león de Orán  
»Vio una presa muy famosa:  
»Sí...; mirad por dó señala  
»Mi cuchilla vengadora.

»¿Qué es lo que acabáis de ver,  
»Hijos de Omar, entre sombras?»  
-»Un navío que naufraga»:  
Gritaron mil voces roncadas.

-«Escuchad, volvió a decir,  
»Las señales no dudosas  
»De que pierde la esperanza,  
»Porque su agonía toca.

»¡Sangre...! ¡muerte! ¡destrucción!  
»Abordarlo es lo que importa;  
»¡Mueran todos degollados!  
»¡Viva Assém y viva Zora

»Porque mi amada es muy bella  
»Y entre muchas ella sola  
»Puede ablandar con sus ojos  
»Este corazón de roca.

»Yo le di de los dos mundos  
»Las riquezas, las estofas,

»Las esencias del Arabia,  
»Los diamantes de Golconda.

»Porque es fiel: que si una vez  
»La pudiese hallar traidora  
»Con su sangre lavaría  
»Mi baldón y su deshonra.»

Dijo y requirió el puñal  
Del cinto con las pistolas  
Arrojando infausta luz  
Sus pupilas horrorosas.

Su velero bergantín  
Se arrojó con furia loca  
Sobre el náufrago navío  
Como flecha voladora.

Se oyó un grito: -«Dios es Dios,  
»Su profeta fue Mahoma,  
»Mueran todos los cristianos,  
»Vima Assén y viva Zora.»

### III

La tártara sobre un lecho  
Que las púrpuras adornan  
Del áloes y el jazmín  
Los gratos olores goza.

De la suerte del pirata  
No se muestra cuidadosa:  
La pasión del africano  
Muy grosera se le antoja.

Y aunque son de flor sus grillos  
Y de flor son sus esposas  
Maldice su esclavitud,  
La maldice y después llora.

Mas venga la tiranía  
Del señor que la aprisiona



Reclinándose en los brazos  
De un esclavo a quien adora.

La bella quiere a Taléb,  
Hecho esclavo entre las ondas  
Del golfo fatal de Ormuz  
Que han cruzado avaras flotas.

¡Ay...! ¡qué lenta va la noche!  
¡Qué pesadas son sus horas...!  
Taléb tarda y sin dormir  
En vano le espera Zora.

De repente en sus jardines  
Resonaron voces sordas  
Y bajo de las palmeras  
Vio la luz de cien antorchas.

Cayó en tierra desmayada,  
Retornó al lucir la aurora,  
Pero vio al feroz Assém  
Que le dijo: -«Ingrata, toma,

»Toma el último regalo  
»Con el cual mi amor te dota,  
»No puedes ver un tesoro  
»Más digno de nuestras bodas.»

Y arrojó sobre su falda  
Una cabeza espantosa...:  
La cabeza de Taléb

Con la cual manchó sus ropas.

△

### **La hermosa Halewa**

El prudente Almanzor, Emir glorioso,  
El Cordobés imperio dirigía;  
Hixén su rey en el harén dichoso  
Los blandos sueños del placer dormía.

△▽

Cisnes de oro purísimo, labrados  
Sobre conchas de pórvido en las fuentes,  
En medio de jardines regalados  
Derramaban las linfas transparentes.

Los limpios baños de marmóreas pilas  
Dó el agua pura mil esencias toma  
Cercaban lirios y agrupadas lilas  
De tintas bellas y profuso aroma.

Damascos y alcatifas tunecinas  
Del palacio adornaban los salones,  
Perlas en colgaduras purpurinas,  
Perlas en recamados almohadones.

Olores del Arabia respiraban  
Lechos de blanda pluma en los retretes  
Y las fuentes de plata reflejaban  
Del alcázar los altos minarettes.

Del regio templo celebrada diosa,  
Halewa fue en su plácida fortuna  
Ídolo del monarca por hermosa  
Tierna como una lágrima en la cuna.

Feliz si de un esclavo que sabía  
Enamorar con trova cariñosa  
Mas amor no aprendiera que armonía  
Al son del arpa dulce y sonora.

Iba el docto mancebo modulando  
Los ayes del amor en vario tono,  
La bella favorita suspirando  
Hizo el primer desprecio al regio trono.

Un día...: nunca el sol su rayo activo  
Lanzó con más ardor, ni más hermoso  
Fue el pensil y la sombra del olivo,  
Para gozar del celestial reposo

Sediento del halago y del cariño,  
Buscaba Hixén los suspirados lazos  
Y cual sus juegos inocente niño,  
Apetecía el rey tiernos abrazos.

¡Infeliz! ¡ah! repara aquella rosa  
Que el roedor insecto ha deshojado,  
No muevas, no, la planta vagarosa;  
La tumba del dolor está a tu lado.

Vio en la gruta que al fin de los andenes  
Se cubre con la hiedra trepadora,  
Dormir con frescas rosas en las sienes  
La inconstante beldad que el pecho adora.

Vio dormido al esclavo...: frescas flores  
Coronaban su sien...: su labio impuro  
En sueños murmuraba sus amores  
Y el desliz de otro labio más perjuro.

El arpa sobre el césped olvidada  
Con el viento sus fibras conmovía  
Y de su docto dueño enamorada  
Parece que lloraba su agonía.

Ruge el león y silba la serpiente  
Por ofendido amor, la mujer llora  
Y el hombre con la sangre delincuente  
Lava el torpe baldón que le desdora .

Suspira Hixén; su corazón desgarrado  
Una furia infernal; su mano lleva  
Al puño de la corva cimitarra  
Y abre los ojos la infeliz Halewa.

Los abre para ver el golpe airado  
Contra el siervo que amaba su belleza,  
El lívido cadáver a su lado  
Y fuera de los hombros la cabeza.

Sangre vio en su vestido y en su velo,

Que en sangre se tiñó la gruta y senda  
Al rodar la cabeza por el suelo  
En temblor frío y convulsión horrenda.

A lóbrega mazmorra es arrastrada  
Por seis esclavos negros...: ¡ah...! su lloro  
De aljófaro puro y tímida mirada  
No pueden doblegar a esquivo moro.

La nueva luz del nebuloso día  
Vio en la punta de un palo en los jardines.  
La cabeza del siervo horrenda y fría  
Y con gotas de sangre los jazmines.

△▽

### **Romance morisco**

#### I

Tiene el Darro arenas de oro,  
Las tiene el Jenil de plata,  
No hay otro Jeneralife  
Ni tampoco hay otra Alhambra.  
Festejos y diversiones  
Para que luzcan sus gracias  
Quiere dar a las hermosas  
El Rey Chico de Granada:  
Vanegas y Almoradíes  
Con Gomeles y con Mazas  
Al son de mil instrumentos  
En la vega juegan cañas:  
También en Torre Bermeja  
Y en el Albaicín hay zambra,  
Dulce escuela del amor  
Dó se aprende la esperanza.  
En palacios y jardines  
Que mil flores embalsaman  
Hay músicas y cantares  
Y toros en Bibarrambla.  
Adornados miradores  
Ocuparon en la plaza  
El rey con sus caballeros

△▽

Y la reina con sus damas.  
Con marlota de brocado  
De labores muy galanas  
En oro y en pedrería  
Se dejó ver la sultana:  
En el jazmín de su frente  
Pura rosa se desmaya  
Y tiene en medio un rubí  
Que de noche es una llama.  
A su lado también brillan  
La hermosísima Daraxa,  
La Fátima, Sarracina  
Y Xarifa y Alboraya:  
En sus trajes y en sus plumas  
Azules, verdes o blancas  
El estado diferente  
De su tierno amor retratan.  
Distraído estaba el rey  
Y un traidor Zegrí se avanza  
Que en secretas conferencias  
En tales términos le habla:  
-«Guarde Alá vuestro poder  
»Y así tomaréis venganza  
»De villanos y cobardes  
»Que son de mestiza casta;  
»Los Abencerrajes, digo,  
»Pues el que a su rey no acata,  
»Aunque de elevada cuna,  
»Ya bastardea y se infama:  
»Con su torpe alevosía  
»La vida y reino os quitaran  
»Si Gomeles y Zegríes  
»No os tuviesen por monarca.  
»Cuando en la frondosa vega  
»Puesta cruz roja en la adarga  
»Rodrigo Tellez Girón  
»Maestre de Calatrava  
»Con un aguerrido moro  
»Sabéis que escaramuzaba...  
(»Aquí se turba el concepto  
»Y el dolor mi voz embarga),

»Me entré por Jeneralife  
»Y vi que en la calle larga  
»De frondosos arrayanes,  
»En horas muy poco cautas  
»La reina y Albin Hamad  
»Al pie de un rosal andaban  
»En amores descompuestos  
»Y caricias desmandadas.  
»Tras breve espacio miré  
»Dirigirse la sultana  
»A la fuente del laurel  
»Dó esperando están sus damas.  
»Al adúltero y traidor  
»Conocéis: hoy de la fama  
»Buscará las recompensas  
»Al blandir agudas lanzas.  
»Contemplad, pues, sus divisas,  
»Ellas su ambición declaran...  
»Mas del tálamo ultrajado  
»Con qué borraréis la mancha?»  
-«Con sangre: respondió el rey,  
Con sangre el baldón se lava.»  
Sonaron los añafiles  
Y al Zegrí volvió la espalda.

## II

Ídolo de las hermosas  
Que sus ojos en él clavan,  
Robando los corazones  
Corrió Albin Hamad la plaza,  
Con gran brío y gentileza  
Monta el moro yegua baya  
Que tiene los cabos negros,  
Tan veloz como gallarda:  
El freno y las estriberas  
Son de muy bruñida plata,  
De mucho precio el rendaje,  
De oro y seda la gualdrapa;  
Lleva el jinete unas plumas  
Que son verdes y azuladas,  
La marlota y capellar

De finísima escarlata  
Y por divisa este mote:  
Mi pasión vuela muy alta,  
Mi amor soñó una ilusión  
Y real placer alcanza.  
Mirando la letra el rey  
Dijo airado estas palabras:  
-«Pronto bajarás el vuelo  
»Y te cortaré las alas.  
»No serán tus ilusiones  
»Ni reales ni soñadas  
»Ni sabrás para tu mal  
»Que aquel que a la tumba baja  
»Por soñar ofensas mías  
»Duerme allí sin soñar nada.»

Albin Hamad en el coso  
Luce con primor sus galas  
Y de mil diversos modos  
Es su letra interpretada.  
Para alancear un toro  
Pide licencia, la alcanza  
Y después de hacer medida  
Afírmase bien y aguarda.  
Prontamente le soltaron  
Un retinto de Jarama  
Que envistió como león  
Con los ojos hechos brasas:  
Besó el pretal de la yegua  
Y entonces con honda llaga  
Más abajo del testuz  
Le entró la temible lanza.  
Fue el bote de pronta muerte;  
Vacila, tiembla, desmaya,  
Con su mole da en el suelo,  
Tiende la cerviz y acaba.  
Un grito de aprobación  
De repente se levanta  
Como cierzo en remolino  
Que espeso pinar asalta.  
Las doncellas granadinas  
Sobre el vencedor derraman

Con bendiciones de amor  
Frescas rosas y guirnaldas.  
Unas dicen: -«Esa suerte  
»Tan hermosa y tan bizarra  
»La alcaidía de Cantoria  
»Tendrá por segura paga.»  
Otras: -«Ya tiene su mora  
»Prevenida rica manga  
»Con aljófares y perlas  
»Y rubíes y esmeraldas.»  
-«Mata bien»: le dijo al rey,  
Que no aplaudía y callaba,  
Un Abencerraje noble.  
Y el rey replicó: -«Me falta  
»Escuchar de vuestra boca  
»Si aquel que de una estocada  
»Mata al traidor, mata bien.»  
Y el otro dijo: -«Bien mata.»  
El rey dejó el mirador  
Preguntando a la sultana:  
-«¿Qué os parece del jinete  
Que aplaudió toda la plaza?»  
-«Que es galán»: dijo la reina,  
-«Galán, repuso el monarca,  
»Y galán con galanteo  
»De la que galán le llama.»

### III

Treinta armados caballeros  
Hay en la vistosa cuadra  
De lucidos azulejos  
Que de los leones llaman:  
Son Zegríes y Gomeles,  
Mañeros en urdir tramas  
Contra los Abencerrajes  
De más timbre y mayor fama:  
También está allí el verdugo  
Con cuchilla preparada  
Y los bárbaros esbirros  
Con cordeles y azagayas.  
Se presenta Albin Hamad,



Pues un paje de la Alhambra,  
Mensajero cauteloso,  
Le indica que el rey lo manda.  
Como tigres en acecho  
Que ocultan bravías plantas  
Se arrojan sus enemigos,  
Mientras los esbirros le atan  
Y de sus robustos hombros  
La cabeza es separada  
Por la mano del verdugo  
De alabastro en la gran taza.  
Allí murieron tras él  
Otros nobles de su casta,  
Caballeros de gran prez  
Muy ardidados en batallas.  
Si su sangre fue inocente  
Bien el tiempo lo declara  
Que del fino pavimento  
No pudo borrar las manchas.  
Este fue el primer origen  
De discordias y matanzas,  
Hasta que eclipsó la cruz  
Tus medias lunas, Granada.

△▽

### **El sueño dulce**

Ninguna como Rojana  
Por hermosa y hechicera,  
Sin ser madre, poseyera  
Los honores de sultana.

△▽

Que el rostro de esta mujer  
Con la fuerza de agradar  
Da la ley, tras anular  
Las leyes que dio el poder.

Tienen sus retretes frescos  
Marfil, coral, seda y grana,  
Paredes de porcelana  
Con dorados arabescos

Y hermosos perfumadores,  
Cuya vagarosa nube  
Da su olor y al oro sube  
Del techo de mil labores.

Cuando vierte noche fría  
Bálsamo y consolación  
Sobre el triste corazón  
Que el pesar mordió de día

Las esclavas que allí moran  
La quitan vestido y lazos  
Sosteniéndola en sus brazos  
Como un ídolo que adoran.

Y el tesoro de brillantes  
Que desciñen de su frente  
Vale una ciudad de Oriente  
Con cien torres arrogantes

O una flota engalanada  
De los mares maravilla,  
O el alcázar de Sevilla  
O la Alhambra de Granada.

Junto al bien mullido lecho  
La beldad de nieve y rosa  
Reclinó su faz hermosa  
Sobre su desnudo pecho.

Como el ave, cuya gala  
Son las plumas de color,  
Que para dormir mejor  
Pone el cuello bajo el ala.

Penetrando en este instante  
Por los vidrios transparentes  
Sin nubes impertinentes  
En el cándido semblante,

La luna serena y grata  
Dio de adoración ejemplo  
Y al ídolo de aquel templo  
Bañó con su luz de plata.

Con voz tierna que enamora,  
Voz que atrae con imán  
Como la lira de Ossián,  
Dijo a todas su señora:

«¿Me diréis, esclavas mías,  
Por mis días  
»De placer y de ilusión,  
»Cuándo más dulce, halagüeño  
»Viene el sueño  
»Y adormece el corazón?»

-«Para mí, dijo una griega,  
»Dulce llega  
»Después que oigo referir  
»Las historias de las hadas  
»Encerradas  
»En palacios de zafir

»Y aquellas virtudes raras  
»De sus varas  
»Que daban el bien y el mal,  
Sus encantos y sus vuelos  
»A los cielos  
»Desde grutas de cristal.»

-«Sueños que mi pecho adora,  
»Dijo Zora,  
»Me da el canto del bulbul  
»Cuando publicó su llama  
»Sobre rama  
»Que se mira en lago azul.»

-«Oiga yo, dijo Zaira,  
»Blanda lira,  
»La cual me adormece bien,

»Tras las danzas deliciosas  
»Entre rosas  
»En las fiestas del harén.»

-«¡Ah...! no...: contestó Rojana  
»La sultana:  
»Solo aquel sueño es mejor  
»Que viene con la memoria  
»De la gloria  
»Que nos dio el primer amor.

»Antes que al harén viniera  
»Prisionera  
»Fui querida de Ismael;  
»Amurat ora es mi dueño,  
»Mas mi sueño  
»Se hermosea con aquél.»

Calló y en el mismo instante  
Sobre la pérsica alfombra  
Se dibujó larga sombra  
Con barbas y con turbante.

-«¡Pérfida! una voz decía,  
»Tu boca te ha condenado;  
»Tu delito has confesado;  
»Jamás, jamás serás mía.

»Yo sé cuál sueño es mejor;  
»Te daré sueño de muerte,  
»Sueño largo..., y de esa suerte  
»No tendrás sueños de amor.

△▽

### **Zaide**

Nazarena por la fe  
Y por los blondos cabellos,  
Paraíso de las flores,  
Hurí de los ojos negros,  
Mal me temen los cristianos

△▽

Cuando soy tu prisionero,  
Cuando puede a los pies tuyos  
Ser mi verdugo un desprecio.  
Cruz de plata por joyel  
Guardaba tu hermoso seno,  
Sonreías a mi amor,  
Descuidabas de tu velo  
Y cuando a libar fue el labio  
Las delicias del contento  
Interpusiste la cruz  
Y ella recibió mi beso.  
Alá sabe y lo perdone  
Que los labios de su siervo  
Adoraron sin querer  
Esa insignia del Dios vuestro,  
Insignia que en los combates  
Cuando relució mi acero  
Cercana a la media luna  
Nunca pudo alzar del suelo.

Mas tú no quieres, bella y desdeñosa,  
En Granada lucir tus atractivos  
Y con una mirada cariñosa  
Comprar la libertad de cien cautivos.

No quieres respirar el blando ambiente  
De mis fragantes rosas y jazmines  
Ni que tus ricas joyas del Oriente  
Valgan más que la Alhambra y sus jardines.

Allí vieras mis plantas olorosas  
Abrir su puro cáliz al rocío  
Y en el harén cautivas mil hermosas  
Agostarse sedientas de amor mío.

Pues no quiero, cristiana, que lo ignores;  
Ya les dictó la ley su esquivo dueño;  
Sólo verán la luz de mis rigores,  
Sin un halago dormirán su sueño.

Pero si tú habitaras mis vergeles,

Libres entonces de cadenas de oro  
Las cediera al amor de otros donceles,  
No te afligieran con su infausto lloro.

Y más te juro: si a mi afán sincero  
Dieres en un suspiro una esperanza,  
Mira a tus pies mi vengador acero  
Y aprenderás lo que tu amor alcanza.

Ya no será fatal a tus altares,  
Ya no debes temer sus locas iras;  
Puede servir de adorno a tus hogares  
Es tuyo, nazarena, si suspiras.

Ven a Granada, ven, blanca paloma,  
Gloria del sol, origen de placeres,  
Lirio del valle, celestial aroma,  
Zaide será tu esclavo si lo quieres.

Brillarás con diamantes escogidos;  
Serán las perlas tu menor decoro,  
Las riquezas de Zaide tus vestidos,  
Su corazón, si lo amas, tu tesoro.

Al blando son de célica armonía  
Reclinarás tu sien entre mis brazos  
Y nunca brillará la luz del día  
Sin que bendiga yo tan dulces lazos.

Dirás, cristiana, a los tuyos  
Que ya es Zaide tu cautivo  
Y que pueden más tus ojos  
Que sus lanzas y su brío:  
Dirás que tienes mi alfanje  
Y que todo te lo rindo:  
Vida, corazón, amores  
Y palacios y castillos.  
Mas no callarás, hermosa,  
Que el postrado y el vencido  
Ha logrado más que todos,  
Pues se lleva tus suspiros.

△▽

## Oriental

### I

Del polvo que en la tumba está dormido  
No pueden saber nada los despiertos,  
No carece de arcanos ese olvido:  
Respetad los sepulcros de los muertos.

△▽

Si se esconden allí vuestros amores,  
Si allí una flor balsámica no asoma  
Llorad, que vuestro lloro dará flores  
Y, si después rogáis, tendrán aroma.

Si al polvo fe jurada es inconstante  
No crucéis del sepulcro los confines  
Con el traje de boda rozagante,  
Coronados con rosas de festines.

No sea que, al buscar los nuevos lazos,  
Tras la profanación más atrevida  
Halléis un esqueleto en vuestros brazos  
Que os hiele corazón, tálamo y vida.

¿Quién, pasado el tremendo parasismo  
Y el último estertor, tuvo la suerte  
De volver a esta luz desde el abismo  
Y contar un *después* que hay en la muerte?

Esos ríos que en perlas se desatan  
Y que corren al mar, que es su destino,  
Que en claro fondo de zafir retratan  
Larga sombra de errante peregrino

Llegan al lecho azul dejando flores,  
Mueren perdiendo el nombre con el suelo;  
Mas subirán al éter en vapores  
Y formarán el iris en el cielo.

Del polvo que en la tumba está dormido

No pueden saber nada los despiertos.  
No carece de arcanos ese olvido:  
Respetad los sepulcros de los muertos.

## II

-«¡Única flor del Oasis,  
(Decía Tanbé a su Laila),  
Y horizonte de mis glorias  
Con dos lunas siempre claras!

¡Rayo de sol que iluminas  
Una tienda solitaria!  
¡Y ave de ligeras plumas  
Que en mi boca bebes agua!

¿Quieres saber cómo estimo,  
Reina de mi amor, tus gracias?  
Como conocida sombra  
De la gigantesca palma

Que cría racimos de oro  
Con doseles de esmeralda,  
Que me sombreó la cuna  
Mientras aromosas auras

O los sueños me traían  
O los sueños me quitaban,  
Como la voz de mi madre  
Y el beso de mis hermanas.

¡Mírame, que eso es la vida!...  
Mas cuando de mí te apartas  
Es la muerte... deja un frío  
Que me hiela las entrañas.

Yo quisiera que mi frente  
Que el sol del desierto abrasa  
De la corona del mundo  
Bajo el cerco se ocultara,

Que cubriesen sus rubíes



Los surcos que el dolor labra,  
Que el brillo de sus diamantes  
Mintiese placer do hay ansias.

Quisiera tener un nombre  
Que tronase mi amenaza  
Sobre solios vacilantes  
A los pálidos monarcas

Y palacios de marfil  
Con torres de porcelana  
Do las reinas a tus pies  
Se postrasen como esclavas.

Yo entonces con mis tesoros  
Compraría en tu mirada  
Las glorias del Paraíso  
Que el Profeta me señala.

Pero yo he nacido pobre  
Y las perlas no se engastan  
Sino en oro del Ofir  
Que su mérito realza.

Los aromas estimados  
Que da nuestra común patria  
Los consumen los califas  
En urnas de limpia plata.

Se ponen las frescas flores  
En los búcaros de nácar;  
Los emires las deshojan  
Cuando de su olor se cansan.

¡Ay del que nació desnudo  
De fortunas y esperanzas  
Con altivos pensamientos  
Y rica de amor el alma!

Óyeme, sol de la tarde,  
Que a nubes de azul y grana

Bordas flores de topacios  
En las rutilantes franjas...

Me ha consumido tu amor:  
Siento ya que se adelantan  
Con la noche de la muerte  
Los sueños que no se acaban.

No seré... mas si en la tumba  
Con tu dulce voz me llamas  
Yo responderé a tus ecos,  
Que las tumbas también aman.»

### III

Ella tiene tez bruñida  
Como el mármol de Carrara  
Y en los labios la dulzura  
Y en el pensamiento llama.

La riqueza está en su seno  
Y el imán en sus palabras;  
Pero al contemplar sus ojos  
Y sombra de sus pestañas

Diríamos que el de Urbino  
La contornó tras soñarla,  
Que Murillo dio las tintas  
Y el original las hadas.

La fuente de espejo azul  
La entretiene y la retrata  
Y en el cristalino fondo  
Su risueña imagen nada.

La fuente refleja cosas  
Que nunca el pincel alcanza:  
Movimiento de dos globos  
Que un suspiro sube y baja,

Cabellos que por su peso  
Por el cuello se desmayan

Los grillos de perlas dejan  
Y las cárceles de gasa

Y unos ojos con tal fuego  
Que las linfas, por su causa,  
Si bullen es que se queman,  
Murmuran porque se abrasan.

Tanbé su cabeza inclina  
Sobre la virgínea falda  
Y en las suyas aprisiona  
Manos que a la seda igualan.

Busca la luz de unos astros  
Y en sus resplandores halla  
Un cielo tras otro cielo  
Que con nueva gloria pasa.

Sólo Dios puede medir  
El fuego de estas miradas  
Que con dulce magnetismo  
Dentro el corazón se lanzan.

Mas los labios del doncel  
Van perdiendo roja grana,  
Frío mármol son sus miembros,  
Su cabeza es más pesada.

De su pecho que es cenizas  
Última pavesa salta  
De un suspiro moribundo  
Que en los labios se le apaga.

Tres veces los tristes ojos  
Al cenit de su amor alza  
Y en el seno de la hermosa  
Con un beso rindió el alma.

Entonces entre las hierbas  
Reptil verdinegro arrastra  
Que, lanzándose en la fuente,

Su cristal sereno mancha.

Turbia, reflejar no puede  
Perlas, atavíos, galas  
Ni el oro de sus arenas  
Muestra con hermosa calma.

Mas de cuando en cuando forma  
Círculos que se dilatan  
Y son lágrimas de luto  
Que va derramando Laila.

#### IV

Con el dicitamo de olvida  
Cura el tiempo cuando pasa  
Las heridas que amor abre  
Con las flechas de su aljaba.

Hoy muere la flor de ayer;  
Si otra nueva engendra el alba  
Que brinde con nuevo aroma  
¿Quién se acordará mañana?

Ya la hermosa no suspira,  
Que en dulce pasión se inflama  
Rindiendo amorosos votos  
De himeneo ante las aras.

Con la pompa del festín  
En lucida caravana  
Cruzó el sitio de dolores  
Do Tanbé infeliz descansa.

Las rosas de sus mejillas  
De rojas las mudó en gualdas  
Cuando el temerario esposo  
La decía: -«Desposada,

»Veamos si las promesas  
De las tumbas salen vanas,  
Si los muertos tienen voz

Y de sus amores tratan.

»Quiero que la sombra invoques  
De aquel que en su edad temprana  
Marchitaron los incendios  
De los soles de tu cara.»

Resiste, mas él se enoja:  
Ya obedece la cuitada;  
Pero apenas de sus labios  
El nombre adorado salta

Cuando un pájaro terrible  
Vuela de vecinas ramas,  
Y, asustándose el camello  
Que guía la infeliz Laila,

Contra el mármol del sepulcro  
La estrenó con furia tanta  
Que allí pereció en sus bodas  
Y allí yace sepultada.

△

## **Jida y Kaled**

Historia maravillosa, dijo Mehdi Karab; merece escribirse con  
letras de oro.

### I

Porque nacieron libres son osados  
Los leones que lanzan ira y muertes:  
No os deslumbren los hierros por dorados;  
Borrad la esclavitud y seréis fuertes.

△▽

Las tribus de desiertos arenosos  
Llevan toda su patria en una tienda  
Que de nocivos rayos calurosos  
La generosa prole les defienda.

Que la patria es el suelo que se pisa  
Con pie que no embarazan las cadenas,  
Ya sea fresco Edén con flor y brisa,  
Ya páramo con tórridas arenas.

Sus vírgenes anhelan los amores  
Del que mostró en la lid mayor pujanza  
Y halagan sus corceles voladores  
Y sus hijos heredan una lanza.

Dos luceros tiene Jida  
Como dos azules gotas  
De las aguas de los mares  
Sobre el nácar de una concha,

Rostro en que su pensamiento  
Rayo inteligente arroja,  
Perfección en los contornos,  
Purpúrea y pequeña boca,

Pureza de lineamentos  
Y elegancia de las formas  
Y en una mirada tierna  
Retratada el alma toda.

Ni las venas ni nudillos  
En las manos se le notan  
Y el ampo de nieve pura  
Les puede servir de sombra.

Mas ¿quién en belleza tanta  
Puso un corazón de roca  
Que ama las sangrientas lides  
Sediento de las victorias?

Niña la llevó su padre  
Por las selvas espantosas  
Y, entretenido en la caza  
De las fieras que allí moran,

Componiéndole una cuna  
Con dosel de frescas hojas  
Al pie de fugaz arroyo  
La dejó dormida y sola.

Sale de vecina gruta  
La tigre más horrorosa  
Cuya piel con mil caprichos  
La naturaleza borda;

Sus garras van bien provistas  
De unas cimitarras corvas  
Y en el celo del amor  
Sus ojos mil chispas brotan.

Se acerca a la verde cuna  
Y envaina sus armas todas  
Halagando a la hermosura  
Con la vacilante cola.

Jida vuelve de su sueño;  
Sus manos de flor coloca  
Sobre la cerviz robusta  
De la fiera bienhechora;

Pende luego de su ubres  
Y la leche que atesoran  
Con tal abundancia bebe  
Que sus labios la rebosan.

Tres leones mató Záher  
Y al momento en busca torna  
De la prenda de su amor  
Que yace en florida alfombra

La vio que exprimía el pecho  
Bebiendo leche que brota  
De aquella feroz nodriza  
Que, a su vista, presurosa

Desliza por los juncarees  
Y por las quebradas hondas,  
Mientras él con la sorpresa  
Dice al viento tales cosas:

«¡Tribu de Beni-Assac! ¡tribu escogida!

Tú me viste exhalar gemido flébil  
Cuando me llamé padre y nació Jida...  
¿De qué sirve a tu gloria el sexo débil?

»Yo codiciaba darte un hijo mío  
Que siempre en el combate apareciese  
Do es más espeso el polvo, do hay más brío,  
Do la enemiga sangre más corriese.

»Así cerré mi vista al fruto aciago  
Inútil de la guerra al grave peso;  
Desnudo de esperanza fue mi halago  
Y mezclado con hiel el primer beso.

»Mi esposa me decía: -Su belleza  
Brilla como el sol puro y luminoso;  
Mas yo le respondía con tristeza:  
-Ponle corazón de hombre y soy dichoso.

»Mas ya cesan mis ansias y dolores;  
¡Tribu de Beni-Assac, dispón las lanzas!  
Quien de tigre mamó, bebió furores:  
¿Quién ha de poner dique a sus venganzas?

»Sin duda que escondió naturaleza  
Como por un error o antojo ciego,  
En seno virginal la fortaleza  
Y en la cárcel de flor alma de fuego.

»¡Fruto digno de mí! ¡gloria del hombre!  
¡Tú llenarás mis días de placeres!  
Yo te llamo Giodar; te doy un nombre  
Que no llevan las débiles mujeres.

»En traje de varón y replegados  
Los hermosos cabellos, lluvia de oro,  
Domarás los corceles esforzados  
Y tendrás una lanza por tesoro.»

Dijo y al levantarla de su lecho  
Con un beso selló su frente pura



Y destiló valor al hondo pecho  
Y realzó su cándida hermosura.

Jida se mudó en Giodar  
Y en niño la niña airosa  
Y la doncella en garzón  
Que al duro enemigo doma.

Ciñe damasquino alfanje  
De luciente y sutil hoja  
Cuyo puño de esmeraldas  
Un grueso rubí corona.

Malla de bruñido acero  
Sujeta sus blancas pomas  
Que, oprimidas duramente,  
Sufren y no desarrollan.

Nuevas os dará el desierto  
De su lanza vengadora  
Si entre piedras amarillas  
Miráis unas piedras rojas.

De las enemigas tribus  
Las doncellas y matronas,  
Sus amantes y sus hijos  
De Giodar cautivos lloran;

Y sobre el tapiz de Alepo  
Se desmayan y se agostan  
Como moribundas flores  
Que rústica mano corta.

Y los fuertes están tristes  
Fijando miradas torvas  
Sobre las profundas huellas  
Del corcel que Giodar monta

O, sentados a los pies  
De las palmas tembladoras  
Como estatuas del silencio,

Meditan pasadas glorias.

Las más lindas hermosuras  
Van repitiendo a sus solas:  
-«De caudillo tan ilustre  
¡Quién pudiera ser esposa!»-

Mas él por los arenales  
Vive, como las leonas,  
De la presa que arrebató  
Y ciego a la lid se arroja

Y a los árabes errantes  
Encarga con voz sonora:  
-«Dad saludes a mi tribu,  
Dadle paz con mi memoria.

»Pronto se verá mi madre  
Con rico botín y pompa  
De esclavas de hermosos ojos  
Que la llamen su señora.

»Ella teme por mi vida...  
¡Temor vano! Hay una copa  
Que al fin hemos de apurar  
Con las últimas congojas.

»¡Por últimas, son felices!...  
La fuente de amargas ondas  
Del morir he de beber:  
Pronto o tarde, nada importa.

»Dad saludes a mi tribu:  
Mi brazo no la abandona;  
Los tigres le están sumisos  
Y los reyes se le postran.»

## II

Hay otra noble tribu de guerreros  
Que idolatran las bélicas fatigas  
Y parten al combate los primeros

Dando un esquivo adiós a sus amigas.

Su caudillo es Kaled. Su pecho duro  
Rodeó la eficaz naturaleza  
De sólido metal con triple muro,  
Uniendo la hermosura y fortaleza.

En vivas ansias arde el garzón fuerte  
De estrechar con Giodar amigos lazos,  
De correr en la lid la misma suerte  
Y de mirar al héroe entre sus brazos.

Presentes de caballos atesora  
Y arneses, lanzas, flechas y puñales  
Guarnecidos de perlas de Basora  
Y tapices, estofas y cendales;

Y aplicando al bridón la dura espuela  
Seguido de escuadrón noble y brioso  
Salva los arenales, corre, vuela  
Y presenta a Giodar el don precioso.

Benigno lo recibe y agradece  
Y a Kaled, conocido por su fama,  
Tras un estrecho abrazo que le ofrece  
Con singular placer amigo llama.

Cual dos cedros del Líbano eminentes  
Que crecen a la par y en hondo suelo  
Enlazan sus raíces diferentes,  
Alzando igual ramaje al alto cielo

Unen los dos caudillos esforzados  
Inclinación, deseos y aficiones;  
Se parten las fatigas y cuidados  
Y estrechan generosos corazones.

Mas ¡ah!... ¡del ciego amor en vano intenta  
Defenderse el ardido en las batallas!  
Su agudo pasador más se ensangrienta  
Con los pechos que visten duras mallas.

Giodar siente su fuego: incierto gira  
Con incógnito peso sobre el alma;  
Tal vez vierte una lágrima y suspira;  
No sabe qué es amor, mas no halla calma.

De su madre en el seno cariñoso  
Suelta en fin de este modo su lamento:  
-«Si a Kaled no consigo por esposo  
Yo moriré al rigor de mi tormento.

»Yo desprecié la muerte y sus rigores  
Y la caza y la lid tuve por bienes;  
Mas yo temo morir sin sus amores:  
Sólo pueden matarme sus desdenes.»-

Ella con tales voces la consuela:  
-«Él es digno de ti: su faz hermosa  
Su corazón magnánimo revela  
Y su lanza su fuerza poderosa.

»Deja el traje falaz que desfigura;  
Como conviene al sexo te engalana  
Y encontrándote virgen bella y pura  
Esclavo de tu amor será mañana.»-

Giodar en la bella Jida  
Con el traje se transforma,  
Sentada sobre un diván  
En atmósfera de aromas.

En dorada profusión  
Sus largos cabellos flotan  
Y desnudo muestra el seno  
Do su trono amor coloca.

Su túnica delicada,  
Que flores de plata bordan,  
Con un chal por la cintura  
Levemente se aprisiona.

Y pasan sus blancos brazos  
Por mangas de verde ropa  
Que hasta el codo van abiertas  
Cayendo al descuido flojas.

Calzón lleva de mil pliegues  
Y finísimas ajorcas  
Que de los pies las gargantas  
Ciñen con prisión graciosa.

Así al lado de su madre  
Que de sus miradas goza  
De su amor la vista espera  
Culpando las tardas horas.

Kaled llega y al mirarla  
Queda con el alma absorta  
Dudando si es realidad  
O sus ojos se equivocan

Celestial aparición  
De una Fada se le antoja;  
Tal vez una Hurí la juzga  
Y calla porque lo ignora.

Mas la madre de la bella  
Su duda y silencio corta  
Diciendo: -«Ved si el cariño  
Pequeños prodigios obra.

»Jida nunca fue Giodar:  
Sed de empresas hazañosas  
Con el traje de varón  
La llevó do el valor choca;

»Pero vuestro amor su pecho  
Con tal inquietud acosa  
Que os revela los secretos  
De su sexo y de su historia.

»Poned fin a los afanes

Que su corazón devoran:  
Vos la hubisteis por amigo;  
Yo os la ofrezco por esposa.»

Turbado quedó Kaled,  
Mas respondió sin demora:  
-«Yo no pensé separarme  
De Giodar: mi fe me abona;

»Mas supuesto que es mujer  
Su amistad desprecio agora:  
Yo antepongo a las beldades  
De más mérito y más nota

»La sociedad de los fuertes  
Y la lid que ellos arrostran,  
Y la caza de elefantes  
A las más risueñas bodas.

»Mi tribu no tiene jefe;  
Sus hijos mi nombre invocan:  
Parto, pues... lazos de amores  
Afeminan, emponzoñan.»-

Dijo y, raudo como el viento  
Cuando el arenal azota,  
Voló sobre su corcel  
Que su negra crin tremola.

Jida quiere morir; penas extrañas  
Roban el blando sueño de sus ojos  
Y la seda sutil de sus pestañas  
Brilla con una lágrima de enojos.

¡Oh, flor de Beni-Assac! El amor ciego  
Es la tigre de manchas salpicada  
Cuya leche bebiste con sosiego  
Sobre tu verde cuna regalada.

Su veneno discurre por tus venas,  
Mas bebiste con él fiera pujanza:

Del abismo insondable de tus penas  
Te sacará el furor de la venganza.

-«Ya no quiero morir -exclama-; quiero  
Ver rendido a mis pies al orgulloso,  
Con cadena tenaz domar al fiero  
Y que sufra desdén el desdeñoso;

»Ver que implora piedad, ver que suspira,  
Mi volcán a su pecho trasladado  
Y que su corazón por mí respira  
Con duro torcedor atormentado.»-

Dice y, tomando el traje de beduino,  
Vela su linda faz de nieve y rosa,  
Deja todo su ornato peregrino,  
Recoge su madeja vagarosa

Y montando un trotón, bruto escogido  
Que el fuego que su pecho reconcentra  
Lanza en grumosa espuma convertido,  
La tribu de Kaled busca y encuentra.

Mirando al adalid cuando a su gente  
Adiestraba en la bélica fatiga  
Le retó con un ímpetu insolente  
A singular combate la enemiga.

El choque igual se muestra: su ardimiento  
Manifiestan los dos y esfuerzo apuran  
Sin herirse, sin ver el vencimiento,  
Por más que con ahínco lo procuran.

Dejan a nueva luz nueva pelea  
Y siempre igual el brío se mantiene,  
Sin que el más docto en armas entrevea  
Quién de los dos más fuerza y vigor tiene.

Mas Kaled, apurada su osadía,  
Dice al rival: -«En nombre de Dios fuerte,  
Que me digáis quién sois, quién os envía:

Vuestro brazo es el brazo de la muerte.

»Vuestro aliento es el sopro llameante  
Del simoún que abrasa fiero y hombre;  
Dejadme contemplar vuestro semblante;  
Decidme vuestra tribu y vuestro nombre.»-

Mostró entonces la virgen su faz pura  
Y exclamó: -«Yo soy Jida, despreciada  
De aquel que a los halagos de hermosura  
Prefiere caza y guerra denodada.

»Yo he venido a mostrar la fortaleza  
De la más ofendida entre mujeres:  
Mirad si sólo es buena la belleza  
Para afeminaciones y placeres.»-

Cubrió luego su nítido semblante,  
Dio riendas al corcel y dejó el campo  
Y a Kaled suspiroso y vacilante  
Perdiendo de su luz el vivo lampo.

El fuerte Kaled se aflige;  
Ya la caza le es odiosa:  
Libres vagan los chacales  
Y los tigres y las onzas.

El amor llena su pecho  
Y del alma no se borra  
La dulce adorada imagen  
De la virgen belicosa.

Cargado de ricos dones  
Y al frente de noble escolta  
La tribu de Beni-Assac  
Por norte a sus ansias toma.

Con Záher, padre de Jida  
Brevemente así razona:  
-«Yo moriré de tristezas  
Como flor que se deshoja,



»Como arroyo que se seca,  
Como fuente que se agota,  
Como la gacela herida  
De la flecha matadora,

»Si de Jida entre los brazos  
Mi pecho no desahoga  
Penas que de sangre son,  
Pues triste vivir acortan.»

-«Yo no tengo (dijo Záher)  
Hija alguna: rica joya  
Me dio Alá en un hijo mío  
Que Giodar las tribus nombran.

»Mas ya que sabéis secretos  
Que tanto a los dos nos tocan,  
Ya que vuestra lanza es fuerte  
Según en la lid denota,

»De Jida la mano os doy.  
El precio de su persona  
Serán mil camellos rojos  
Que carguen profusa copia

»De producciones del Yemen  
Y de esencias olorosas.»-  
Luego dio noticia a Jida  
De las prometidas bodas.

La doncella respondió:  
-«Las admito; soy su esposa  
Con tal que matar prometa  
Para el día de mis glorias

»Mil camellos escogidos  
De la tribu poderosa  
Beni-Amet, veinte leones  
Y en dura esclavitud ponga,

»Para que mi sierva sea,  
La doncella más graciosa  
De un príncipe de Kaíl,  
Que a mis pies derrame rosas.»-

Kaled el tratado admite  
Y peligro no perdona,  
Que el amor sabe allanar  
Cuanto su placer estorba.

El adalid mandando mil valientes  
De Beni-Amet la tribu hirió con ellos  
Y después de batallas diferentes  
Arrebató un botín de mil camellos.

Cautivó una doncella generosa  
Que puso entre cadenas y prisiones  
Y blandiendo cuchilla luminosa  
Mató en el arenal veinte leones.

Así las dulces bodas proyectadas  
Tuvieron su felice cumplimiento  
Y las lejanas tribus, asustadas,  
Soltaron de este modo el triste acento:

-«De las hondas cavernas protegidos  
No estaremos seguros ni encubiertos:  
El tigre y el león están unidos  
Y forman el terror de los desiertos.»-

△▽

## **Leyenda tártara**

### **I**

Teu-Man siempre halagado del destino  
De Tartaria el imperio se asegura  
Desde la extremidad del Ponto Euximo  
Al Oby, que al mar Caspio se apresura.

△▽

Sus palacios levantan a los vientos  
Sus cúpulas hermosas y doradas

Y llenan sus vistosos campamentos  
Tiendas de negras crines fabricadas.

Obtuvo de un enlace lisonjero  
Fruto dulce de amor en dos garzones:  
Mothé debió a la suerte ser primero,  
Con felices agüeros y visiones

Lo concibió su madre cariñosa  
Viendo en el éter límpido y sereno  
Brillar un claro sol de luz hermosa  
Que cayó del cenit sobre su seno

Y libre encaneció de los dolores  
Que acompañan al trance riguroso  
Y fuera de estación brotaron flores  
Que dieron un aroma delicioso.

Un ciervo de grandeza desmedida,  
Más blanco que los grumos de la espuma,  
Perdió su libertad y errante vida  
Pasado de un arpón que calza pluma.

Aves de extraños climas entonaron  
Cánticos deliciosos de alegría  
Y magos sabidores auguraron  
Toda felicidad al que nacía.

Los ojos del garzón afortunado  
Brillan como la llama cuando crece  
Y en su pecho el valor volcanizado  
La color del semblante le enrojece.

Son sus fibras robustas y aceradas,  
Como las del león de las arenas  
Que vive de sus presas codiciadas  
Y es de lava la sangre de sus venas.

Cuando mide la fuerza de sus brazos,  
Entre solaz pueril, con sus iguales,  
Los oprime y ahoga con abrazos:

Son sus manos argollas de metales.

De su temprana edad en los verdes  
Diez estíos le dio Naturaleza  
Cuando, a vista de tres embajadores,  
Quiso mostrar su brío y su destreza.

Tres veces armó el arco y otras tantas  
Hizo gemir el viento con tres flechas  
Y tres aves cayeron a sus plantas,  
Abierto el corazón con hondas brechas.

Cabalga en bridón tártaro sin silla,  
No se cala bruñido capacete;  
Componen su armadura su cuchilla,  
Lanza, coraza corta, sin almete.

Que ondean sus cabellos como un velo,  
A merced de las auras desprendidos,  
Libres como las águilas del cielo  
Que vuelan a las peñas de sus nidos.

Pero Teu-Man no aprecia la bravura  
Del doncel ni a su beso el rostro inclina  
Ni le halaga con plácida ternura  
Ni al trono del imperio le destina.

Ama sólo a Kin-Kan, hijo segundo,  
Feble como las hojas desprendidas,  
Que a llorar cual mujer vino a este mundo,  
No a fatigar trotón ni regir bridas.

Para dar a Mothé bárbara muerte  
Finge el padre negocios de un tratado  
Y hablóle blandamente de esta suerte,  
Mintiéndole lisonjas con agrado:

-«Con las tribus de Yent-chi paces quiero  
Y asentadas, te entrego mi corona:  
Tú debes ser el fausto mensajero;  
Tú sólo representas mi persona.

»Cumple, pues, mis mandatos, hijo mío;  
Tienes segura tregua y franco suelo:  
Nada te tocará sino el rocío  
Y la lluvia que caiga desde el cielo.»-

Así le dijo el pérfido y convida  
Con secreta misión al enemigo  
Para que corte en flor la hermosa vida  
Del que le ofrezca paz pidiendo abrigo.

Mothé toma su aljaba y pasadores  
Con las hieles de víbora teñidos  
Que dan un fin atroz con mil dolores  
Y entumecen los miembros afligidos.

Toma un corcel que juzgan engendrado  
En la estación feliz de primavera  
Por un soplo del céfiro aromado  
Bebido por la yegua en la pradera.

Y, al fulgor de la luna señalada,  
Parte y salva los vastos arenales,  
Como si conducido de una Fada  
Volase por regiones eternas.

Dormido sobre el bruto un breve instante,  
Soñó un espectro lívido, horroroso,  
Con sanguinosa cinta por turbante  
Y exclamó dando fin a su reposo:

-«Infausta es mi misión según mi sueño;  
Mi padre no me amó... ¡guay no me venda!  
Nunca pudo mirar sin grave ceño  
Mi sombra entre los pliegues de su tienda.

»La guerra es el cimiento del Estado:  
Ensanchemos los límites al mío;  
Venzamos con un hecho señalado  
La fuerza con que amaga el hado impío.

»No conozco la ley de mi contrario;  
Conozco de mi brazo la pujanza:  
Dichoso es en la liz el temerario;  
No quieren paz mi dardo ni mi lanza.»

Dijo, sacó una flecha y con su punta  
Tocó de su bridón la enhiesta vela  
Que, mostrando su fuerza toda junta,  
Más veloz avanzó que una gacela.

Ya distingue las tiendas enemigas  
Y abundantes camellos y ganados,  
Y el resplandor de lanzas y lorigas  
Hiere sus ojos negros y animados.

Ve una nube de polvo y al encuentro  
Le sale el jefe astuto y advertido  
Ocupando entre bravos noble centro,  
Sobre revuelto potro guarnecido.

Mothé detiene el suyo prontamente,  
Toma el arco letal, que va cediendo  
Sus elásticos cabos igualmente,  
Al nervio retorcido obedeciendo;

Y al adalid arroja una saeta  
Que, pasándole el pecho sin coraza,  
A muerte dolorosa le sujeta  
Y el hondo corazón le despedaza.

Luego a volver las riendas se apresura  
Y a un grito de su voz bien conocida  
Vuela su pisador por la llanura,  
Cual neblí tras la garza perseguida.

Es vano que le sigan con enojos  
Seis jinetes de esfuerzo prodigioso;  
Cual relámpago pasa por sus ojos,  
Apagado su rastro luminoso.

Teu-Man lo recibió sin alegría,

Las dudas del mancebo confirmando;  
Mas, por premiar su hazaña y osadía,  
Puso diez mil jinetes a su mando.

Un resplandor de gloria y de esperanza  
Baña la faz del bravo con tal nueva;  
Su corazón respira con holganza,  
Su mente como el águila se eleva.

Manda fabricar flechas silbadoras  
Y que agucen sus hierros herbolados,  
Y al frente de las huestes vencedoras  
Dictó esta sola ley a sus soldados:

-«Si alguno no flechare con presteza  
El blanco do mi flecha se encamine  
Pierda como rebelde su cabeza  
Y su cuerpo a los perros se destine.»-

Partió para la caza de leones  
Y al ver uno de fuerza desmedida  
Le disparó el mejor de sus arpones,  
Que por el cerro entró con honda herida.

Algunos de su séquito quedaron  
Sin disparar sus arcos y al momento  
Del tronco sus cabezas se apartaron  
Y el tronco dio a los buitres alimento.

Uno de sus caballos más hermosos  
Tomó también por blanco de sus tiros;  
Algunos no flecharon recelosos  
Y rindieron su vida con suspiros.

Furioso porque amor, entre pensiles  
De dormida quietud y de embelesos,  
Detenía sus bríos juveniles  
De una tártara hermosa con los besos

Convocó sus guerreros enojado  
Y disparó con ímpetu su vira

De la beldad al seno descuidado,  
Que fue de un tierno amor sangrienta pira.

Algunos sus saetas detuvieron,  
Que herirla no podían siendo heridos  
De la luz de sus ojos... Peciéron,  
Enamorados sí, no arrepentidos.

Contra un bridón hermoso y regalado,  
Peceño, de crin larga y raza fiera,  
De su padre Teu-Man muy estimado  
También quiso arrojar flecha ligera.

Ninguno le faltó: de pasadores  
Una funesta lluvia se desata  
Que, volando con plumas de colores,  
Al fogoso cuadrúpedo maltrata.

Una feroz sonrisa se ha pintado  
De Mothé silencioso en el semblante:  
Es león con ayuno prolongado  
Que la segura presa ve delante.

Pues presente le han hecho con su afrenta  
Del padre la pasada alevosía  
Furores y venganzas alimenta,  
Ve fieles a los suyos y confía.

En la caza de tigres y leopardos  
Halló al emperador entretenido;  
Lo traspasó con uno de sus dardos  
Que de mil y mil otros fue seguido.

Cayó Teu-Man al suelo, taladrado  
De una nube de puntas aceradas  
Y Mothé por señor fue saludado  
De todas las falanges esforzadas.

Subió del alto solio al hemisferio  
Do el poder altanero se sublima  
Y ensanchó de Tartaria el gran imperio



Por la parte oriental y opuesto clima.

De las tribus de Yent-chi embajadores  
Como don singular le demandaron  
Dos mujeres más lindas que las flores  
Que de Teu-Man los días aromaron.

Accedió a su demanda y les decía:  
-«¿De qué sirven las frescas hermosuras?  
Enervan el valor y la osadía;  
Grillos de esclavitud son sus ternuras.»-

Dieron segunda vez esta embajada:  
-«Entre vuestro dominio y el ajeno  
Hay cien leguas de tierra abandonada  
Y posesión pedimos del terreno.»-

Se irritó como el mar cuando destierra  
De su seno la paz y gritó airado:  
-«Preparad las cuchillas a la guerra;  
La guerra es fundamento del Estado.»-

Y sin dar a su esfuerzo tregua alguna,  
Mandando sus ejércitos más gruesos,  
De los Yent-chi borró nombre y fortuna,  
Pirámides alzando de sus huesos.

## II

En un solio de muelles almohadones  
Cuajado de costosa pedrería  
Y bordado de sierpes y dragones  
En oro, plata y perlas que el mar cría,

Se sienta entre sus nobles mandarines  
Han-Kao-zou, guerrero que domina  
Por todas sus regiones y confines  
Todo el celeste imperio de la China.

Una nube de pálida tristeza  
Cubre su faz y enluta su persona;  
Mas se anima la súbita fiereza

Y con un mago suyo así razona:

-«Dormido sobre un trono conquistado  
Me despierta el silbido de huracanes;  
El sueño huyó y el trono ha vacilado  
Y por sol me ilumino con volcanes.

»¿Ves el septentrión?... Voraces bríos  
De un incendio devoran mis ciudades  
Y rojos con la sangre de los míos  
Están todos los campos y heredades.

»¿Qué sierpe ha deslizado entre mis flores  
Con la nocturna sombra ocultamente,  
Que marchita sus plácidos verdores  
Con hálito feroz y pestilente?...

»¿Quién es ese chacal de hambrienta boca  
Que, mirando al león, sin que se asombre  
De sus uñas de acero, lo provoca  
Y lo reta a la lid?... Dime su nombre.»

-«Mothé se llama el jefe temerario  
Que las provincias fértiles agosta;  
Su ejército atrevido y sanguinario  
Se extiende como nube de langosta.

»El tártaro adalid tiene en su pecho  
De vivo pedernal un triple muro;  
A su ambición el mundo es muy estrecho  
Y en el mayor peligro está seguro.

»¡Infeliz aquel blanco que él acecha  
En torva lid al frente de su escuadra!  
Donde la vista pone va la flecha  
Que a las aves encuentra y las taladra.»

-«Se burla de los dardos más impíos  
Feroz rinoceronte bien armado  
Y el mar bebe las aguas de los ríos;  
Yo beberé la sangre del malvado.

»Yo pisaré la gloria de su raza  
Y si vivo en mis hierros le aseguro  
Le arrancaré con dientes de tenaza  
Pérfido corazón del pecho impuro.

»Y mientras yo buscare al enemigo  
Usa tú de tus artes más oscuras;  
Al campo te vendrás; vendrán contigo  
Esas seis peregrinas hermosuras

»Que doman el valor de los más bravos  
Con artes encantadas de tal suerte  
Que, besando sus pies febles esclavos,  
Con la miel de placer beben la muerte.

»Pues si faltan las armas de la tierra  
Con maléficas artes del infierno  
Al invasor haremos grande guerra  
Y su nombre tendrá baldón eterno.»-

Dijo, y rasgó su larga vestidura;  
Y, alzando cual escollo altiva frente,  
Pidió su duro casco y armadura  
Y ronca voz de marcha dio a su gente.

Más de trescientos mil son sus soldados:  
Unos con gruesas lanzas, caballeros,  
Otros de férreas mazas van armados,  
Otros son agilísimos flecheros.

Con el son de los carros rechinantes  
Mézclase el relinchar de los bridones;  
Brillan al sol cuchillas fulgurantes,  
Suenan en las aljabas los arpones.

Mothé finge su pronta retirada  
(Porque así la victoria se asegura);  
Llama con un ardid la hostil armada  
De Pétem a la vasta y gran llanura.

Han-Kao-zou la ocupa de repente  
Con todas sus falanges aguerridas,  
Sintiendo en sus entrañas sed ardiente  
De acuchillar las huestes perseguidas.

Mas cortado se ve sin esperanza:  
Cuatro valles al llano desembocan  
Y sin ellos salida no se alcanza,  
Pues los montes altísimos se tocan.

Y encuentra en cada valle y sus linderos,  
Sin dejar un resquicio a la salida,  
Cien mil caballos tártaros ligeros  
Con jinetes de lanza prevenida.

Los caballos del valle del oriente  
Más blancos todos son que nieve pura;  
Los que guardan el valle de occidente  
Más negros que la noche más oscura.

Los del norte son tordos regalados  
Que beben relinchando el aura fría  
Y son bayos los otros, colocados  
En el último valle, al mediodía.

¡Han-Kao-zou! ¡Romper en vano intentas!...  
Las ásperas gargantas, erizadas  
De picas matadoras y sangrientas,  
Dan muerte a tus cohortes esforzadas.

A la séptima luz la carestía  
Se siente en todo el campo de sitiados;  
Álzase en esqueleto el hambre impía  
Como espectro en sepulcros ahuecados.

Han-Kao-zou suspira; llama al mago  
Y le dice: -«No hay armas en la tierra  
Que puedan libertarnos del estrago;  
Marcha y con tus encantos haz la guerra.»-

Y parte sin demora el hechicero

Dando enseña de paz a brisas puras  
Y camina en silencio, compañero  
De seis incomparables hermosuras.

Conducido a la tienda resguardada  
De Mothé, prosternóse humildemente  
Y soltando su lengua almibarada  
Exclamó con afecto reverente:

-«Será el timbre mayor de tus honores  
Después de haber vencido a tus contrarios  
Que te rindan tributo emperadores  
Que no han sido de nadie tributarios.

»Feudo de más estima que estas bellas  
No encontró mi señor, que las amaba,  
En cuanto alumbra el sol y las estrellas  
Y al tálamo imperial las destinaba.

»Te las ofrece, pues, y sólo implora  
Que, mientras que te halagan a porfía,  
Des paso a sus soldados sin demora  
Por el valle que mira al mediodía.»

Mothé quedó suspenso, embelesado:  
Seis pupilas azules le ablandaban  
El corazón calloso y embotado  
Y otras seis todas negras fascinaban.

De hinojos las hermosas le pedían  
Que accediese a sus ruegos y a sus plantas  
Por escabel ebúrneo le ponían  
Los delicados senos y gargantas.

Accediendo por fin, mandó un legado  
Para que sus jinetes se apartasen  
Del valle al mediodía señalado,  
Por donde sus contrarios retirasen.

Partió el astuto mago presuroso  
Para dar fausta nueva de contento:

Todo el sitiado ejército medroso  
Se puso en diligente movimiento.

Ya el hijo de Teu-Man desfallecía,  
Prisionero de amor en su victoria  
Y entre los blandos ósculos perdía  
Fuerza, vigor y espíritus de gloria.

Mas mirando su lanza abandonada  
Y sobre el duro suelo el arco flojo  
Encendióse con rayos su mirada,  
Se encandeció su faz con grave enojo,

Quiso dejar su tienda y las sirenas  
Detuvieron sus iras con halago...  
Era lucha cruel de gozo y penas,  
De ternura y de furias en amago.

Contemplándose débil con manchilla  
Para vencerse a sí, vencido el mundo,  
Con el filo sutil de una cuchilla  
Se hirió la mano izquierda furibundo.

Como león que hieren cazadores  
Rugió viendo su sangre que corría  
Y escupiendo los ídolos de amores  
Las armas empuñó con osadía.

Con los suyos siguió a los fugitivos  
Y alcanzadas sus últimas legiones  
Perdieron la luz pura de los vivos  
Con los golpes de lanzas y de arpones.

Han-Kao-zou salvóse con el mago  
Y el hijo de Teu-Man, no satisfecho  
De la carnicería y del estrago,  
Dio esta ley a los suyos con despecho:

*Si alguno a Mothé viere en calma quieta  
Con alguna beldad entretenido  
Y a los dos no dirige su saeta,*

*Por aleve y traidor sea tenido.*

△

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

